

LA NACION

REVISTA SEMANAL

AÑO I

BUENOS AIRES 29 DE JUNIO DE 1930

NÚMERO 52

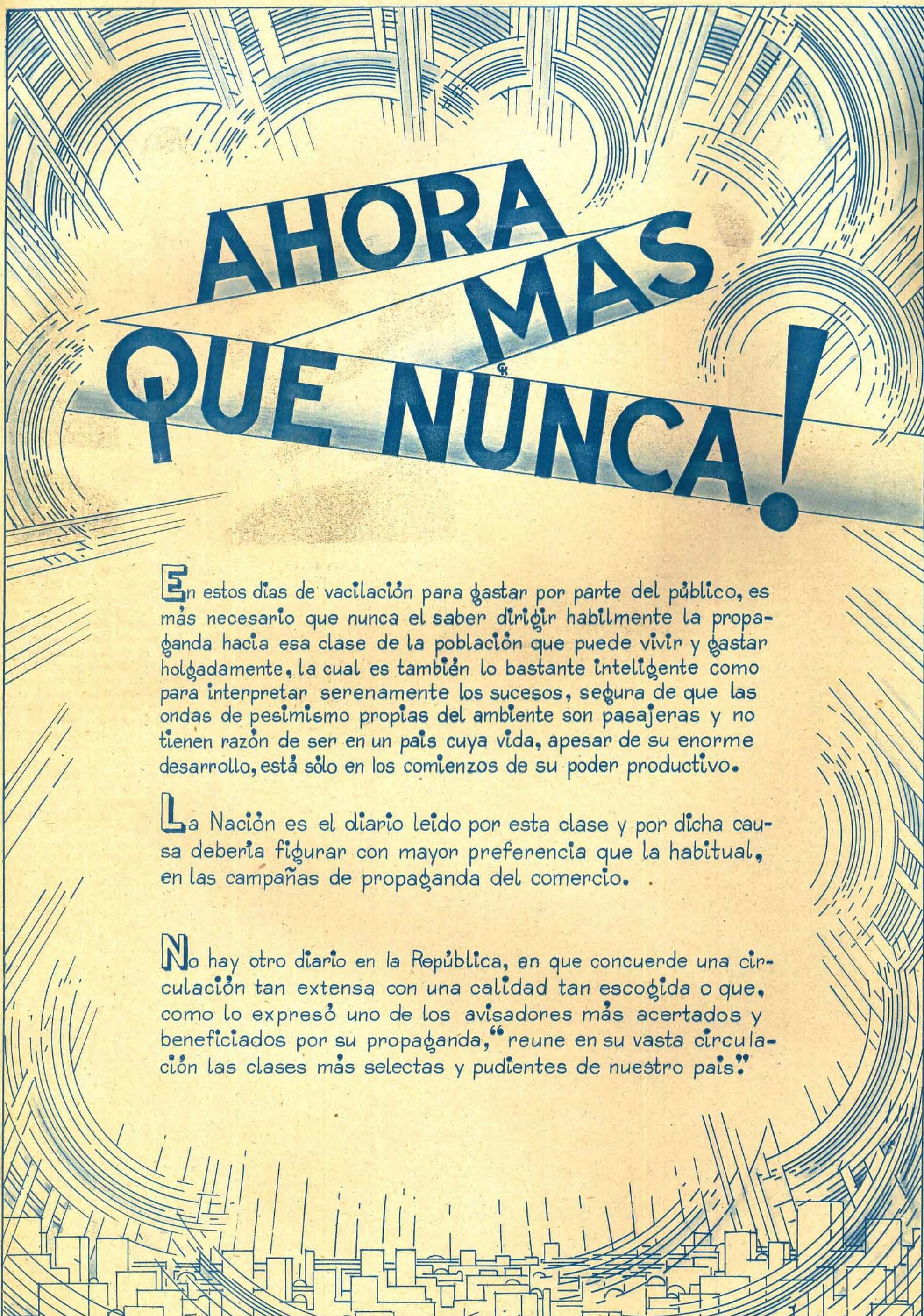


G. MONTES ITURRIZ

ESPECIAL PARA LA NACION

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Por G. Montes Iturriz

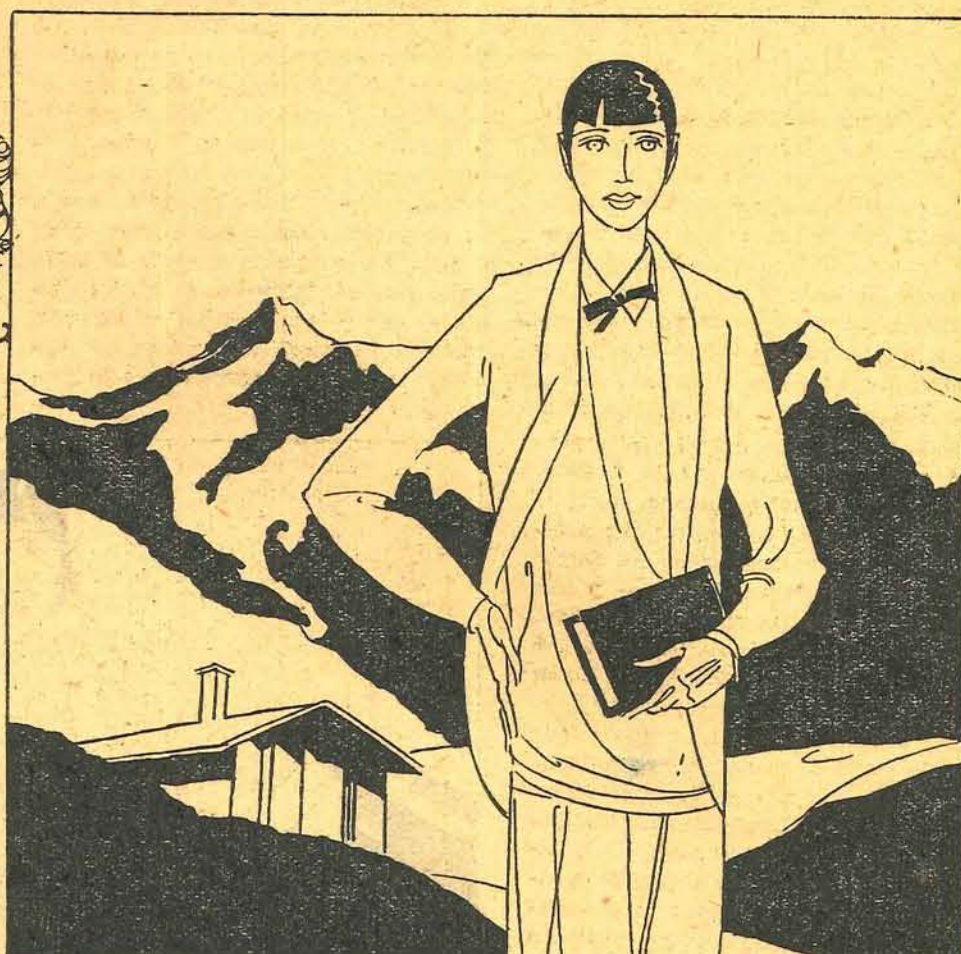


AHORA MÁS QUE NUNCA!

En estos días de vacilación para gastar por parte del público, es más necesario que nunca el saber dirigir habilmente la propaganda hacia esa clase de la población que puede vivir y gastar holgadamente, la cual es también lo bastante inteligente como para interpretar serenamente los sucesos, segura de que las ondas de pesimismo propias del ambiente son pasajeras y no tienen razón de ser en un país cuya vida, apesar de su enorme desarrollo, está sólo en los comienzos de su poder productivo.

La Nación es el diario leído por esta clase y por dicha causa debería figurar con mayor preferencia que la habitual, en las campañas de propaganda del comercio.

No hay otro diario en la República, en que concuerde una circulación tan extensa con una calidad tan escogida o que, como lo expresó uno de los avisadores más acertados y beneficiados por su propaganda, "reune en su vasta circulación las clases más selectas y pudientes de nuestro país."



DESDE ayer que me encuentro en Neuhausen, en la frontera septentrional de Suiza, ante el espectáculo sorprendente de la cascada del Rin, en esta luminosa atmósfera de montaña que Ruskin comparaba al oro flúido, y donde llega a ser demasiado intensa la impresión de serenidad en el seno de la naturaleza, pensé que sería prudente, antes de bajar a Niza y a Monte-Carlo, conceder un poco de descanso y de régimen a mi organismo ya duramente puesto a prueba por los placeres de la vida. El viejo doctor Tenner me auscultó con el mayor cuidado, me recomendó las duchas francesas, me preguntó, no sé con qué intención, si aun no había leído la "Vida de San Francisco de Asís", y mirándome intensamente me dijo, con una sonrisa a un mismo tiempo amonestradora y benévola: "Amigo mío, si no tiene prisa de envejecer, imprima a su existencia un ritmo más regular y más lento". ¡Qué hombre excelente! Ignora que cuando la vida es bella no se puede vivir despacio...

★ ★ ★

Desde las ventanas de mi cuarto, en el Hotel Bellevue — la "Kurehaus" típica de la Suiza alemana, con su torreón, sus toldos de colores y sus bellas galerías llenas de sol — miro la floresta verdeguante, la gracia señorial del pequeño castillo de Lauffen, la maravillosa belleza de la cascada espumando entre las rocas, me parece distinguir, muy a lo lejos, en la atmósfera clara y dorada, la línea de nieve de los Alpes, y me pregunto a mí mismo, al escribir estas líneas, si tendré valor para vivir quince días en este tedioso descanso, en esta incómoda tranquilidad, ante este paisaje afigentemente calmo, que parece penetrado por toda la pacífica dulzura de la leche de las vacas suizas. Quizá hice mal al no haber bajado en el Hotel Schweizerhof, pero ese gran caserón me dió miedo, sobre todo en este comienzo del mes de mayo, en que aun hay poca gente en Neuhausen. Aquí, en el Bellevue hay tal vez mayor familiaridad; es posible que encuentre algún aficionado al placer de conversar (una mujer, por

supuesto, por que los hombres me interesan cada vez menos); y hace un rato he visto, abandonados en un banco del hall, he visto un pequeño "cachecol" de lana verde y una raqueta, que suscitaron en mi espíritu la esperanza de poder hacer un poco de tennis con alguna alemana o alguna austriaca bonita, si el viejo Dr. Tenner no fuera de opinión que una bonita compañera de tennis, en esta serenidad virgiliana de Neuhausen, aceleraría demasiado el ritmo de mi existencia. Espero saber, a la hora del almuerzo, a quien pertenece aquella raqueta y aquel "coche-cal" verde. Sólo recuerdo haber visto ayer, en el "dinning-room", a dos mujeres capaces de despertar un cierto interés. Una, comía sola, vestía "smocking" como un hombre, tenía un aire de Monique l'Herbier, un aire de bello adolescente que, en un principio, me sugirió dudas respecto a su sexo, y, durante toda la comida, no levantó la cabeza de encima de un libro que estaba leyendo. La otra ocupaba, con una señora de edad — tal vez la madre — una mesa próxima a la mía, y me miró detenidamente cuando entré. Me pareció menos bonita que la primera; pero lucía unos hombros bien femeninamente modelados, unos ojos profundos y tristes que daban la impresión de dos diamantes sobre terciopelo negro, y — lo que va siendo más raro de lo que la generalidad piensa — tenía perfectamente el aspecto de una mujer. Entretanto, sin que yo sepa por qué, ninguna de las dos debe ser la dueña de la raqueta. Confieso que la idea de descubrir "la otra" me interesaba más que la belleza del paisaje. El paisaje, sobre todo en Suiza, es en todas partes igual; y la mujer, aun en Suiza, es siempre perturbadoramente diferente. Perdida la esperanza de un "flirt", ¿habrá alguien que resista, sin sufrir un ataque de

neurastenia, quince días de contemplación de la cascada del Rin?

II

Cuando escribí ayer las últimas líneas de estas impresiones de viaje, estaba lejos de tener — como realmente tuve — un día tan agitado y, hasta cierto punto, tan agradable.

Bajé a almorzar, enteramente poseído por la idea de acortar mi permanencia en Neuhausen. Encontré las mismas caras que la víspera, las mismas viejas y los mismos viejos alemanes cardíacos, dos franceses, mutilados de guerra; un egipcio, que se arrastró hasta la mesa, andando con muletas, con su barba blanca y su fez colorado, y, siempre absorbida por la lectura y rodeada de libros, la feminista de "smocking" (se me ocurre que debe ser feminista), de una belleza delicada de efeto, de una frescura de piel admirable, vestida ahora con un ligero saco blanco y una "lavallière" negra, como la de Claudine de Colette Willy. Mi vecina, que ocupaba ayer, con la madre, una mesa junto a la mía — una chilena, hija de un banquero, según informes del "maitre-d'hôtel" — no acostumbra

bajar para almorzar. Mientras yo saboreaba una chuleta melancólica acompañada por la más alemana compota de damasco, el molinete de la puerta de entrada giró, y una linda muchacha de formas atléticas entró en la sala con la esbelta soltura de una "cow-girl", maravillosamente rosada, llameantemente rubia, el busto fuerte ceñido por

un "sweater" de seda verde, un "cachecol" verde al cuello, y fué a sentarse, seguida de un viejo alto y flaquísimo, que debía ser su padre, en una de las dos mesas colocadas junto a la veranda. Quedaba descubierta la dueña de la raqueta. Mi júbilo no tuvo límites. Una mujer como aquella, constituía para mí un espectáculo mucho más grandioso

que todas las cataratas del Rin y que todas las montañas de Suiza. Me entreteve no solamente en observarla, sino en oírla, porque hablaba inglés en voz alta. ¿Una belleza clásica? No, por cierto. Las grandes narices griegas ya no existen y es una suerte, porque yo prefiero las narices expresivas, inquietas y fotogénicas. Miss Mabel Seabby — bonito nombre — es una de esas bellezas espléndidas y tumultuosas que la América del Norte envía con frecuencia a Europa, tipos embriagadores (si es lícita la expresión), tratándose de una norteamericana, desde que se proclamó la ley seca del Sr. Volstead, que llenan las salas en que están, porque cuando ellas llegan, nadie ve sino a ellas, y que poseen, ante todo, la cualidad preciosa de ser rubias, sobre todo hoy que, según la profecía del austero profesor de la Universidad de Kansas, las rubias están en visperas de desaparecer. Con verdadero alborozo la oí quejarse al padre de que, tras la partida del Dr. Riezler para Munich (¿quién será el Dr. Riezler?) no había tenido compañero para el tennis, ni le sería fácil encontrarlo, "porque en Neuhausen no había más que paralíticos y vacas lecheras". Miss Mabel, que sin duda no había reparado aún en mí, me incluía con manifiesta injusticia entre los paralíticos, a no ser que tuviese la excesiva crueldad de incluirme en el número de las vacas. Cuando terminé el almuerzo, fui al hall para verla pasar. No tuve que esperar mucho. La hermosa "yankee", con el cigarrillo en la boca, atravesó en dirección al ascensor; pero, de repente, me vió, me miró de pies a cabeza, sonrió, y, sin la menor hesitación, vino a mi encuentro:

— "Excuse me". ¿El señor juega al tennis?

— Como todo el mundo.

— Está bien. A las tres, en el parque.

— Perfectamente.

— "Good bye".

Es inútil decir que a las tres en punto yo estaba cerca del "court", en el parque Schweizerhof. De ahí a poco, miss Mabel llegó con una boina vasca en la cabeza, trayendo raqueta y pe-

TRES MUJERES DIFERENTES

POR JULIO DANTAS

ILUSTRACIONES DE JUAN CARLOS HUERGO

(Para LA NACION)
NEUHAUSEN, mayo de 1930.

fotas. Conversamos un momento, antes de jugar. Nunca vi más perfecto tipo de "flapper" moderna, diestra, extravagante, rápida, habituada a la violencia de los deportes y a la frecuentación de los hombres. Me dijo que hacía todos los deportes atléticos, football, baseball, remo, hockey, rugby, natación, cross-country; que había obtenido el premio de lanzadora de disco, en 1928, en los juegos olímpicos femeninos de Praga; e interpretando como una actitud dubitativa la expresión de manifestado desencanto con que yo la miraba, se quitó una de las mangas del "sweater" y me mostró la musculatura de su brazo hermoso y fuerte como el de la Diana del Louvre. Después que comenzamos la partida, vi que tenía que habérmelas con una tennista admirable. Fui derrotado vergonzosamente.

Cuando terminamos, miss Mabel me invitó a dar un paseo por la floresta. Quería ver qué tal marchaba yo. Después de andar dos kilómetros, me acordé de las recomendaciones del doctor Tenner, me declaré fatigado — y aun siento que me sube el rubor al rostro al recordar la mirada de desprecio que me lanzó la bella norteamericana. Ya de regreso al hotel, miss Mabel me preguntó si sabía saltar. Le respondí que no. Me habló de la nadadora Gertrudis Ederle. Le dije que no tenía el placer de conocerla. Me preguntó cuántos metros de largo tenían los saltos de la japonesa miss Hitoni. Me encogí de hombros, con una sonrisa que la impertinente norteamericana comprendió sin duda.

—Pero, en fin, ¿qué es lo que sabe usted?

—Sé admirarla, miss Mabel. Nada más.

Nuestra despedida fué glacial. Cuando subí a mi cuarto, tan extenuado como desencantado, tuve que reconocer que miss Mabel Seabley, siendo en verdad, un magnífico ejemplar humano, no era, en manera alguna, una mujer.

Ayer mi espíritu no tenía disposición para escribir. Sólo hoy — y, como de costumbre, de mañana temprano, antes del almuerzo —, puedo redactar mis impresiones de los últimos días. Hoy hace — como dicen los ingleses — una mañana gloriosa. El oro de la atmósfera tiene una tonalidad más cálida; las palomas revuelan frente a las galerías del hotel; y allá abajo, junto al viejo puente, en un aprisco de égloga que parece un esmalte verde, las cabras saltan y juegan. Las dos mujeres a quienes en estos días me aproximé me crearon un estado de espíritu más propenso a la admiración del paisaje. Como el viejo pintor Watts, que no comprendía el paisaje sin la figura, yo necesito siempre una figura de mujer en el primer plano.

Mi día de ayer, con la diabólica miss Mabel, me dejó enervado. Comí mal. Fui un rato al cinematógrafo del Schweizerhof; una cinta en que todo era rápido, menos los besos. Volví todavía más enervado. Era la una de la madrugada y aun no había podido conciliar el sueño. Saqué un abdulla de mi cigarrera; pero, para no llenar mi cuarto de humo, resolví vestirme e ir a fumar al corredor. Cuando abrí la puerta, una linda muchacha, vestida de pijama y fumando, paseaba por el caminero rojo. A pesar de que había poca luz en el corredor a aquella hora, la reconocí inmediatamente. Era la Monique l'Herbier, la Claudine de la Cavalleire negra, "garçonne" intelectual que tenía una fina cabeza de efebo, que comía con la mesa llena de libros, y cuyas formas, armoniosamente femeninas, se me revelaban por primera vez, en la semitransparencia de su pijama de seda. Quedé un momento perplejo, mirándola. En el cuarto frontero entreabierto — debía de ser el de ella — ha-

bía luz. Cuando me di cuenta de que ella notara mi presencia, esbocé un discreto movimiento de retirada; pero la gentil muchacha comprendió la delicadeza de mi intención, y fué ella la que se recogió, cerrando sin ruido la puerta.

—"Na vous dérangez pas. Bonsoir".

¿Quién sería aquella mujer? Su francés era correcto; pero no debía ser francesa. Fumé mi cigarrillo, me acosté, dormí, y ayer de mañana, cuando la criada — una risueña y rubia muchacha suiza — vino a traerme el desayuno, no pude resistir a la tentación de preguntarle quién era mi vecina de cuarto. Un momento después lo sabía todo. María Plutynska — así se llama — era polaca, doctora en ciencias, acababa de pasar seis meses en Alemania, en viaje de estudio, y está pre-

ver qué era lo que estaba leyendo: "Einstein, Lorentz, Minkowski". "Das relativitas prinzip". Pero no lo hice tan rápidamente que la joven polaca no me sorprendiera al volver:

—"¿Est-ce que ça vous interesse?"

— me preguntó sonriendo y sentándose de nuevo en el Maple.

Le dije que sí, que la teoría de Einstein me interesaba mucho, pero que aun no había conseguido entenderla perfectamente.

La curiosidad, como ella acababa de comprobarlo, no es un privilegio de las mujeres. Suponía que leyese un libro de literatura, y quedé sorprendido — le confesé — al encontrarme ante una obra de alta matemática. De ahí a poco conversamos animadamente, fumando nuestros cigarrillos y cambiando



parando, en la tranquilidad de este paisaje idílico, que maravilló a Goethe, su tesis de concurso para profesora de la Universidad de Varsovia. ¡Doctora! Pensé en aquel cuerpo de tanagra moderna, al mismo tiempo delicado y escultural que yo adivinara en su pijama íntimo, y no pude dejar de murmurar: "¡Qué pena!" Tomé la ducha francesa, hice mi "toilette", y fui hasta el parque — ¡pequeñas vanidades de hombre! — a ver a miss Mabel buscando a otro compañero de tennis. No la vi. De regreso en el hotel, me instalé en la sala de lectura, para recorrer los diarios. Momento después, María Plutynska entró, con el perfecto aire de serenidad que tienen casi siempre las mujeres intelectuales, con un libro debajo del brazo y un delgado bastón en la mano. Me hizo una leve inclinación de cabeza, se sentó, colocó el libro abierto sobre uno de los brazos del sillón, cruzó la pierna — una pierna nerviosa y bien torneada, de esas que el novelista neoyorkino Struthers Burt considera reveladoras de una mentalidad superior — y se absorbió en la lectura. Mientras ella leía yo la observaba. Un perfil nítido de medalla, al mismo tiempo reflexivo y enérgico; los cabellos color caoba, cortados "a lo fiebre tifoidea", descubriendo dos de las más delicadas orejas que me haya sido dado admirar; unas manos inteligentes y sin joyas, de dedos delgados, finos, largos como patas de araña. De repente, María Plutynska salió de la sala, dejando abierto el libro sobre el brazo del sillón. Con un movimiento de curiosidad que no pude dominar, me levanté para

ideas ajenas, María Plutynska me autorizó a que almorzara en su mesa, y, durante una hora, me habló de la relatividad restringida, del universo de Minkowski; de la asociación de los conceptos de espacio y de tiempo, de la relatividad generalizada, de las coordenadas de Gauss, de la ley de gravitación de Einstein, de los universos de Einstein y de Sitter, del movimiento de los planetas — de mil cosas complicadas, en fin —, con una lucidez, una vivacidad, una sagacidad, un poder de penetración y de crítica, que me asombraron en aquella pequeña mujer graciosa y delicada como una muñeca italiana. Pero — ¡hecho curioso! — a medida que me conversaba, o, mejor dicho, que disertaba, algo que no percibí qué era, en el primer momento, comenzó a apartarme de la gentil polaca. Entre yo y María Plutynska, que al principio, por su singular belleza, tanto me interesara, tuve la impresión de que se interponía poco a poco, una invisible pared de hielo. Lo que en ella quedaba de pura feminidad, a pesar de su tipo de "garçonne", dejó de interesarme, como por encanto. El cuerpo era el de una mujer, pero el cerebro era el de un hombre. Junto a semejante criatura yo ya no podía sentir el menor impulso del corazón o la más ligera perturbación de los sentidos. Era imposible "flirtear" con una profesora de la Universidad de Varsovia.

Cuando terminó el almuerzo, me despedí tan fríamente de María Plutynska, como me había despedido la víspera de miss Mabel Seabby. La excesiva inteligencia de la mujer, choca, tanto como

la demasiada fuerza, a la sensibilidad del hombre. Si las mujeres se transformaran todas en atletas y en sabios — ¡qué triste futuro, Dios mío, le estaría reservado sobre la tierra a la ternura humana!

IV

He resuelto quedarme algún tiempo en Neuhausen. Lo que pasó anoche, durante el baile, en el teatro del Hotel Schweizerhof, me ha llevado, definitivamente, a considerar maravilloso el paisaje suizo. Sobre todo, visto de noche, al claro de luna.

La chilena, mi vecina de mesa, que parecía conocerme y con quien ya había cambiado algunas palabras sin importancia, bajó anoche, para la comida, ricamente vestida. A veces dejaba caer de los hombros su gran capa de brocado azul con cuello de zorro plateado, y en el cáliz de su escote en V aparecían unas espaldas blancas y tan bellas, que recordé al sutil Cure Hamilton, el Latour americano, que sólo pinta mujeres escotadas y de espaldas, con la esperanza, tal vez, de que algún día les salgan alas. Le pregunté si iba a una fiesta y la señorita Mercedes Olmero y Albajar — éste era su nombre — me dió la noticia que había baile en el Gran Hotel. Como no estaba dispuesto a proseguir mi "flirt" con el filósofo Einstein, ni tenía excesivo interés en saber si, definitivamente, la tierra se mueve o no en el espacio, le pedí permiso a la señorita de Olmero y a su madre para acompañarlas a los salones de Schweizerhof. Cuando llegamos allá, había poca gente — aun no estamos en la "season" — pero ya se bailaba.

No sé por qué, si porque los vestidos eran menos cortos, o porque las bocas estaban menos pintadas, no se notaba tanto ese aire de "cabaret" hoy característico de los salones elegantes. Poco después de entrar nosotros, el sexteto — por supuesto que en homenaje a los muchos viejos que, como jarrones de porcelana, llenaban la sala — tocó el "Danubio azul" de Strauss. La distinguidísima chilena, mi compañera, manifestó deseos de bailar; dimos unas vueltas de vals; y, como el grandioso espectáculo de la noche era el efecto de luna sobre la cascada del Rin, fuimos los dos hasta el terrado. El río parecía de plata; todo, a nuestro alrededor, vertía plata fluida — la varanda, la vidriera de la larga marquesina, los árboles enormes del jardín —; y dominándolo todo, la caída del Rin, como un gran fuego de artificio, chorreaba, espumaba, florecía, ascendía en hilos, en relámpagos, en chisporroteos de plata refulgente. Junto a mí, sentada en uno de los bancos del célebre terrado del Schweizerhof, la señorita de Olmero, envuelta en su opulenta capa, miraba subyugada, silenciosa, aquel magnífico espectáculo de la naturaleza. La miré. Su rostro, muy pálido, no tendría la belleza irreprochable de las líneas, pero poseía, sobre todo, en aquel momento, la belleza suprema de la expresión; sus manos estaban trémulas; de sus incomparables ojos oscuros, ojos de terciopelo negro en los que parecía que los fuegos plateados de la caída de agua se reflejaban en chispazos, rodaron dos lágrimas furtivas, dos lágrimas rápidas, como si dos gotas luminosas de la catarata del Rin le hubiesen salpicado las mejillas.

—¿No se siente bien, Mercedes?

—¡Me siento tan bien aquí!

En silencio, las manos de la elegante chilena se abandonaron en las mías. Se oyó de nuevo, en el salón, el romántico vals de Strauss. Me recorrió todo el cuerpo un escalofrío de emoción. Hubiera jurado que un ruiseñor cantaba en la arboleda...

¡Por fin, había encontrado una mujer!



"cuando el ofendido esposo da muerte a la perjura que escarneció su nombre..."



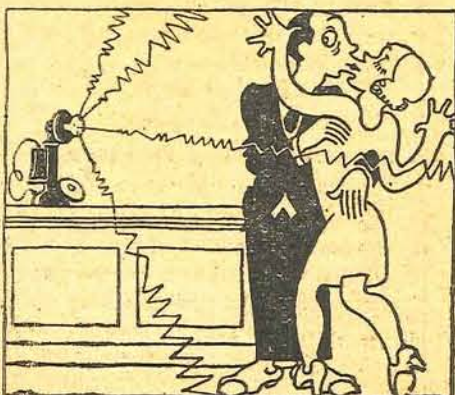
El consta que existen personas capaces de conmoverse tan profundamente en la representación de un drama como se conmoverían en la vida real, ante una situación análoga a la imaginada por el autor, a la que los actores animan sobre el tablado. Más aun: es probable que para mucha gente la realidad de un hecho no resulte tan impresionante como su transposición escénica.

Siempre me ha parecido suerte envidiable la de esas personas que, en el teatro, deben a cada momento echar mano de sus pañuelos para enjugarse el llanto que se les agolpa a los ojos — llanto de congoja o bien llanto de risa. Al lado de ellas, uno se siente despreciable y vil, avergonzado de su dureza de corazón, de su impermeabilidad sentimental. ¿Por qué no sollozamos también nosotros, por qué no suspiramos siquiera cuando el ofendido esposo da muerte a la perjura que escarneció su nombre, cuando el desalmado seductor, desoyendo las súplicas de su inocente víctima, la abandona al dolor, al desamparo, a la vergüenza?... Mientras en el escenario o en la pantalla cinematográfica se suceden los más grandes horrores y calamidades, ahí nos estamos nosotros, fríos e impassibles testigos de tanta desventura, sin derramar una lágrima, sin que un músculo se nos contraiga, sin que la emoción nos oprima la garganta ni acelere el latir de nuestro corazón.

Soy uno de esos miserables individuos de alma empedernida a quienes jamás se ha visto sollozar en las salas de espectáculos. Comprando la gravedad de una confesión semejante, no ignoro que quien la formula se hunde "ipso facto" en un abismo de desprestigio; pero, ¿no es preferible que se nos conozca tal y como realmente somos?

Ahora bien: largas meditaciones acerca de esa deplorable falla espiritual, me han llevado a la conclusión de que no es mía toda la culpa. Hay quizá en mí, como en muchas otras personas, un fondo natural de apatía y frialdad; pero es lo cierto que tanto los autores como sus intérpretes no extreman sus esfuerzos en el sentido de contrarrestar esas disposiciones temperamentales. Por lo general, tanto el teatro como el cinematógrafo nos ofrecen una mercadería en malas condiciones, inapta para el consumo a poco delicado que sea nuestro paladar. El espectáculo realista — el que aquí interesa considerar, por ser el que de un modo más directo busca el camino de nuestra emoción —, nos ofrece casi siempre una visión de la vida humana adulterada por la lógica; y bien sabemos qué limitado papel suele caber a la lógica en el desarrollo de los hechos cuyo encadenamiento constituye la vida. Más o menos consciente — certidumbre constante y dramática en unos, intuición confusa que a otros sólo sorprende en raros instantes de súbita lucidez — esa noción de la "ilógica" de la existencia, en efecto, habita de manera indefectible en todo espíritu medianamente sensible y com-

"pero todos sabemos muy bien que si a esos teléfonos y a esos timbres..."



prensivo, medianamente organizado para la abstracción y el análisis.

El teatro, tal como existe para los hombres de comienzos del siglo XX, es un género artístico en que toda falsedad tiene su asiento; y esto, principalmente, en el caso del teatro que se pretende realista, naturalista, verista o como quiera llamarse a aquel teatro en que la fantasía propiamente dicha no juega un papel visible, teatro con el que infructuosamente se trata de conmovernos.

¿Qué le falta para conseguirlo? Yo sostengo que le falta verdad, que le falta verosimilitud, quizá precisamente — paradoja singular, aunque no del todo arbitraria — a causa del prurito de los autores por ser veraces, por hacer obra verosímil. Todo lo que en él acontece es demasiado lógico, en el peor sentido de esta palabra, para que pueda parecerse verdadero. El procedimiento que emplean los dramaturgos para construir sus obras, muy a menudo nos hace recordar el que para componer sus sonetos utilizan ciertos poetas, los cuales piensan el último verso y en seguida le colocan encima otros trece. Naturalmente, cuanto se dice en esos trece versos no tiene otro objeto visible que el de justificar el verso final. En el teatro suele pasar algo análogo: el autor ha "visto" una situación determinada, que se le ocurre llena de substancia cómica o patética, y se pone a la tarea de urdir una trama más o menos admisible a fin de arribar finalmente a aquella situación.

Desgraciadamente, las cosas no ocurren casi nunca en la vida de una manera tan "natural", los hechos no se encadenan entre sí con tanta coherencia. Es lo que el autor del tipo más común no echa de ver. Enthusiasmado con su plan, va derecho hasta el fin, sin ocurrírsele la idea de que bien pudieran las cosas suceder de una manera distinta; de que tal vez deberían necesariamente seguir un curso diverso; de que quizá lo que ha comenzado como un drama conmovedor tendría que concluir como una farsa hilarante. Los autores que cultivan el género serio nos ofrecen sistemáticamente el drama al estado puro, sin advertir que en la vida real lo envuelve casi siempre la ganga de lo grotesco. Lo sabía muy bien Shakespeare, no lo ignoraba Ibsen. En las obras de esos genios magníficos, dioses mayores del teatro, es común que un rasgo de humor corte bruscamente la alta tensión dramática en que la acción se va desenvolviendo, y acentúe aún con ello la sensación de verdad, de naturalidad; de humanidad, en suma.

Se ve esto muy bien en "El pato silvestre", particularmente en la escena magistral en que Hjalmar, de regreso en su casa después de la revelación terrible de la noche precedente, se encuentra con su mujer, con la madre de la que él creía su hija. La preocupación que en momentos tan patéticos demuestra el desdichado por recuperar el sombrero perdido, pone allí una nota admirable de naturalidad y de verdad humana, como la pone aquella frase que en el curso de la conversación, al pensar que ya no tiene hogar, no es dueño de reprimir:

"¿Dios mío, todos los trastornos de una mudanza!"

Así es como la vida se nos suele ofrecer; así es, por lo menos, como yo la veo: ni como un sainete interminable ni como un perdurable drama, sino como una secuencia en que los elementos de la tragedia y de la farsa se entremezclan, coexisten, se interpolan. Aquella frase de Heine según la cual "la vida no resulta soportable si no se mezclan en ella lo patético y lo cómico" tiene estricta aplicación al arte poético y particularmente a la poesía dramática. Yo encuentro llena de substancia dramática la escena final de "La princesa Malena", ese momento de la tragedia en que el anciano rey de Holanda, agobiado por la mucha edad y por las terribles desgracias que se han abatido sobre él de golpe, dice la desolación de su alma en frases conmovedoramente estúpidas, tartajeadas

en su hablar balbuciente de viejo chocho:

"No sé por qué, hoy estoy algo triste"... "Querría comer un poco de ensalada"...

★ ★ ★

Ese teléfono niquelado que rara vez se echa de menos en las llamadas "comedias sociales", constituye para mí un símbolo de la falsedad de nuestro teatro. Se trata, en efecto, de un teléfono poco o nada verosímil, primeramente por ser niquelado, pues son contadas las personas que tienen en sus casas esa clase de aparatos, debido al inconveniente que ofrecen de empañarse y oxidarse con facilidad; en segundo lugar, se halla fuera del orden común ese teléfono por la matemática regularidad con que funciona. Es el teléfono maravilloso mediante el cual consigue uno siempre, instantáneamente, la comunicación que solicita; es el teléfono que nunca da "ocupado", que nunca se equivoca de número.

No hace mucho tiempo, asistí a una representación de cierta obra argentina en una de cuyas escenas un personaje, encontrándose en Montevideo, solicitaba y obtenía de inmediato, por medio de uno de esos aparatos, una comunicación urbana. Aquello me pareció ya el colmo de lo escandaloso en materia de inverosimilitud teatral. Se necesita, para comulgar con semejante rueda de molino, no haber pretendido nunca hablar por teléfono en Montevideo.

Pero el servicio telefónico de Montevideo, siendo como es una de esas instituciones destinadas a recordar al hombre que ha venido a este mundo a padecer, que no se encuentra en un lecho de rosas, sino verdaderamente en un valle de lágrimas, de sudor, de malas palabras, está muy lejos de constituir una excepción dentro del sistema general que rige el Cosmos. Lo normal y natural, en efecto, es que las cosas circunstantes nos sean adversas, y que la porción más considerable de nuestra

energía se consuma en el trabajo estúpido de vencer esa hostilidad. Ahora bien: si inverosímil resulta que, como sucede en el teatro, obtenga una persona inmediata comunicación telefónica cada vez que la necesita, no es menos increíble que nunca sea preciso interrumpir una escena patética o un tierno coloquio de amor para asegurar a algún abonado desconocido que se ha equivocado, que no está hablando con la carbonería ni con "Folies Bergère". Estos accidentes minúsculos, pero — como las deudas pequeñas — tal vez más incómodos por ser minúsculos, sobrevienen en la vida diaria con una frecuencia que a veces llega a hacerse exasperante. Entretanto, los autores de dramas y de tragedias prescinden en absoluto de ese elemento, a tal punto que su teatro puede definirse como aquella forma de expresión artística en que la representación de un conflicto irreal — quizá inadmisibles, quizá absurdo — elimina los mil pequeños conflictos de que la vida positivamente se compone.

Lo que acaba de decirse acerca del teléfono, podría decirse acerca de otras muchas cosas: de los timbres eléctricos, del servicio doméstico, de los cajones de las mesas, de las cerraduras de las puertas, de los encendedores automáticos. Todas esas cosas funcionan maravillosamente bien en el teatro serio, o funcionan perfectamente mal en el teatro cómico. Resueltos a producir a toda costa la sensación de la falsedad, los autores no se satisfacen con la colaboración de las personas, y complican también en sus designios a los objetos inanimados; pero todos sabemos muy bien que si a esos teléfonos y a esos timbres y a esas cerraduras y a esos escritorios norteamericanos se les dejara hacer su voluntad, las cosas seguirían un curso muy distinto.

Yo hago votos por el advenimiento de un nuevo teatro, de un teatro realmente revolucionario, en el que las obras se pongan en escena sin haber sido previamente ensayadas. La sola idea de ensayo, de preparación, es cosa que repugna al espíritu sincero. Puede ser que para ese entonces haya un teatro ver-



"es el teléfono que nunca da 'ocupado', que nunca se equivoca de número"

dadero, veraz, verosímil. Mientras tanto, lo que habrá será una parodia torpe de la vida; pues si la vida tiene algo de hermoso, es el no ensayar, el ser siempre espontánea, el reservar en todo momento algunas posibilidades para lo maravilloso y lo imprevisto.

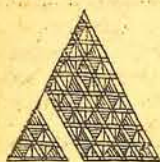
Por mi parte, siempre he mirado como una cosa absurda el hecho de que una acción cualquiera tenga un desenlace, elemento de que la ficción teatral no carece nunca. En la vida nada tiene desenlace, nada termina; todo es continuación. Hacer que el drama concluya en el instante en que el protagonista deja de existir, con o sin asistencia facultativa, ya sea de resultados de una enfermedad, ya como consecuencia de un atentado criminal, me ha parecido siempre una solemne tontería. ¿Por qué razón constituirá ese hecho un final y no un comienzo? Únicamente para los periodistas que escriben necrologías constituye aún la muerte un desenlace y, generalmente, un "funesto desenlace". No es menos pueril pretender que todo concluye cuando los cónyuges mal avenidos se reconcilian, o cuando los jóvenes enamorados deciden contraer matrimonio y comienzan a disfrutar en público de algunos privilegios propios de ese estado. Sólo una inveterada rutina puede seguir considerando el enlace como un desenlace. Las películas norteamericanas, generalmente tan estúpidas, han contribuido y contribuyen a perpetuar ese prejuicio infantil.

Cuando veo que una película — uno de esos cuentos de Calleja de nuestra época — concluye, según uso y costumbre, con el casamiento de una pareja, siempre se me ocurre pensar que lo realmente interesante, lo que tentaría a un verdadero artista — a un Flaubert del cinematógrafo — sería lo que viene después: el drama o la farsa de la vida en común. Donde dice "Fin", quizá debiera más propiamente decir "Comienzo". Las únicas películas que para mi gusto terminan con cierta lógica — alguna vez lo he insinuado — son esas que se cortan durante la proyección y que luego no hay modo de recomponer. La fantasía del espectador queda de esa manera en libertad para imaginar el desenlace que cada uno tenga por conveniente, si es que a toda costa se quiere que haya un desenlace. Todos los imaginables son igualmente lógicos, humanos, posibles, verosímiles.

Pero el cinematógrafo, en manos de comerciantes, no tendrá remedio, seguirá embruteciendo a las masas, y sólo por excepción nos brindará, como ya nos las ha brindado, algunas obras de arte verdaderas. "Lástima — digamos con Maragall — lástima que de una invención tan buena nos vengán tan malos frutos". Conservemos, sin embargo, un resto de esperanza. El cinematógrafo, el viejo cinematógrafo mudo, aun nos debe algunos grandes dramas de amor, de pasión desdichada. No en vano constituye un instrumento mucho más apto para esos fines que el teatro mismo, puesto que las grandes y verdaderas pasiones también son mudas, puesto que las grandes y verdaderas pasiones no sólo no dialogan, sino que ni siquiera se confiesan.

"Sólo una inveterada rutina puede seguir considerando el enlace como un desenlace"





I
VILA en el fondo, alta en su loma, fuerte en su muralla, con el resalte de los cubos que adelantan su fuerza y toman de flanco cada lienzo. Casas terreras a su amparo. Sube el primer término, con otras casas humildes y unos paredones arruinados. Avila de hoy. Avila del siglo XVI. Ya entonces la ruina posaba su planta en la ciudad de los caballeros.

Gorra en mano, capa terciada, cadena de oro sobre el sombrío pecho, escambada gola bajo el rostro que desconoce o ha olvidado toda sonrisa, un caballero se adelanta, bien prendido en su severidad, como ensimismado. Es Don Ramiro, el hijo de doña Guiomar y del morisco que afrentó en ella las canas de don Inigo de la Hoz, el inexorable capitán del Marqués de Mondejar en las persecuciones de Sierra Nevada.

La historia de ese mancebo se refiere, bien lo sabéis, en la más firme y cincelada prosa de un libro aun joven, escrito por Enrique Larreta. Su retrato acabamos de verlo, pintado por Elías Salaverría.

II

Salaverría, pintor vasco, ha retratado, a la sombra de la basilica de Lezo, marineros y pescadores. No le bastan, de pronto, esas figuras de su tierra y su mar, a cuyo espíritu, rudo en su sencillez, infantil en su fuerza, sirve de vestidura la talla carnal más imponente. El pintor no se contenta ya con prestar sus pinceles al trabajo de investigación y análisis de una forma robusta. Ahora ya no van a ser sus héroes los luchadores anónimos del mar. El pintor sueña con otras figuras, alrededor de las cuales la leyenda o la realidad han puesto un halo misterioso.

¿Cómo el pintor de los hombres del pueblo ha venido a este culto? Lo halla en el pueblo mismo. Su tierra vasca le da una gran figura, en que el espíritu es milicia: Inigo de Loyola. Su patria española le acerca un tipo universal, obsesión de poetas primero, y después de biólogos; y Salaverría busca con sus



Don Ramiro, óleo de Elías Salaverría

“... Vi en Sevilla, con gran emoción, su Don Ramiro. Usted, Salaverría, desea saber si yo, como creador de esa persona literaria, apruebo su interpretación pictórica. Me parece escuchar su pregunta: “¿Era así don Ramiro?” ¿Y por qué he de tener yo más derecho que un artista tan castizo como usted para dar sentencia? Hasta que no quede establecida, una vez por todas, nuestra evidente dualidad psicológica, la del yo interior y el yo externo, seguiremos desvariando en el análisis de las creaciones espirituales; seguiremos diciendo, por ejemplo, que Cervantes creó a Don Quijote y a Sancho por casualidad, sin darse cuenta de lo que hacía, etc. Si yo le doy mi opinión ahora sobre la facha de su don Ramiro, será tal vez opinión de superficie, de mi ser accidental, y acaso sepa usted ver mejor que yo el fantasma que va y viene en mi noche oscura interior, hijo de mi imaginación, es cierto, pero también de la raza y de la tierra. Su cuadro es hermosísimo; y ¡qué magnífico efecto el de sus negros sobre el fondo tan castellano, color de buriel y de acero, o si prefiere usted, y para evocar a la ilustre pareja cervantina, color de bellotas y hierros!”

(De una carta de Enrique Larreta al pintor Elías Salaverría)



El pintor español Elías Salaverría

pinceles la forma corpórea de Don Juan. Para Loyola se ha de atener a los documentos. En la traza del burador la fantasía queda en libertad. Su obra es un documento nuevo, una particular visión, como la de un poeta que volviera a tratar el mito moderno.

Y eso es también el Don Ramiro. El héroe español del novelista argentino anda en el lienzo de Salaverría, austero y espectral, como un nieto de los hidalgos del Greco, en nuevo contorno y volumen.

III

¿Cómo pinta Enrique Larreta a su héroe? Yo he leído el libro más de una vez, y tengo reciente una lectura, en la edición ilustrada por Alejandro Sirio e impresa en París que da tan noble cuerpo a “La gloria de Don Ramiro”. A través de sus capítulos se va formando en el lector una imagen que quizá no tiene rasgos concretos, pero que se le hace familiar, hasta el punto de distinguirla entre mil.

Creo que Larreta no describe nunca a su héroe en un pasaje determinado.

Le va siguiendo desde que nace hasta que muere, y así crece y se transforma en el libro de modo tal que no bastaría un retrato momentáneo para dar la impresión definitiva del hombre.

Abundan, en cambio, las evocaciones rápidas, las manchas y apuntes de expresión y actitud. Algunas tengo anotadas, en su sobriedad, casi todas referentes a su edad temprana. La primera

en el comienzo del libro, tal como la ven las servidoras de su casa hidalga: “párvulo triste y hermoso, que no había cumplido aún doce años y parecía llevar en la frente el surco de misterioso pesar”. Luego, a los diez y siete, con el estirón casi repentino de la adolescencia. “Llevaba demasiado largo, en contra del uso, el renegrido cabello; y su tez, extremadamente pálida, como si la constante meditación le enflaqueciera la sangre, remedaba en la obscuridad ese azulado blancor que la luna pone en el mármol”. Y otra más, según se aparece, en la iglesia mayor de Avila, a los ojos de Beatriz Blázquez: “la presencia del pálido mancebo cuyo rostro figurósele, al pronto, la faz descarnada y admirable de la Pasión”.

Retratos, como se ve, más atentos a

lo espiritual que a lo corpóreo, en que esta parte sólo se emplea para declarar la otra. Retratos, más que de las facciones de Ramiro, de sus estados de ánimo: tristeza, meditación, pasión. El arte del novelista se detiene en el juego de los sentimientos más que en su reflejo exterior. El que lee no necesita, tampoco, demasiadas “señas personales”. Si todo lector alcanzara de pronto la facultad de traducir gráficamente la figura del héroe de su libro, quizá no hubiera dos iguales.

EL RETRATO DE DON RAMIRO POR ENRIQUE DIEZ CANEDO

(Para LA NACION)
MADRID, mayo de 1930.

imagen excelsa creada y elaborada por los siglos.

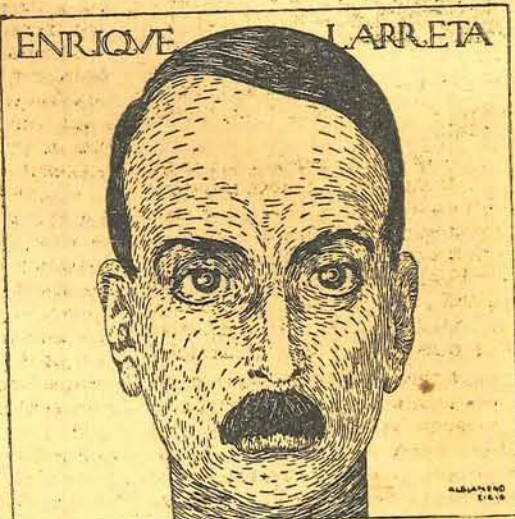
Para un español, y no sólo para un español, sino para todo hombre de mediana cultura, aunque no haya leído a Cervantes, existe un tipo reconocible de inmediato a través de las figuraciones

múltiples que ha tenido. Y, sin embargo, bien sabemos que, examinadas con detenimiento, una por una, las representaciones del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha logradas a veces por insignes pintores y diestros dibujantes no llegaron a satisfacer al buen lector cervantino. En todas hay algo del Caballero de la Triste Figura; pero a todas les falta, también, algo que sólo se halla en donde sólo puede estar: en el libro.

Uno de los aciertos, a mi modo de ver, de la ilustración hecha por Alejandro Sirio para el de Larreta, donde ha analizado, una por una, las piedras de los monumentos, y ha puesto profusos celajes sobre las perspectivas de ciudad, y ha estudiado vestiduras, armas, muebles, con todo pormenor, buscando, para el efecto de conjunto, tan felices contrastes de negro y blanco, de mancha y silueta, es, precisamente, el de no insistir demasiado en las facciones del héroe. Ciertamente que ni puede ni intenta esquivar su figura; pero en los escorzos, en las luces, encuentra modo de atenuar la caracterización minuciosa ateniéndose a la expresión general. Su buen arte de ilustrador tiene, entre otras finuras, esta: la de no imponer al lector con demasiada exactitud una imagen que contradiga acaso a la suya.

V

El caso de Salaverría es distinto. En Salaverría, el libro queda lejos, y ya no está ante él un lector, sino un espectador. Salaverría no ilustra el texto; en cierto modo intenta substituirlo. Todo lo que quiere decir ha estado antes en la letra, pero no se apoya en la letra ya. Es una nueva elaboración de Don Ramiro; una proposición más o menos admisible, más o menos coincidente con la imagen creada por cada cual en su mente, al seguir la lectura. El mismo pintor, al entrarse por las páginas del libro, habrá ido cambiando, eligiendo entre las imágenes sucesivas, la más conforme con su idea del personaje. Pero no podrá, como el novelista, retratarlo a través del tiempo, cinematográficamente, sino que deberá reducirse a un instante; y, para mí, el intento de Salaverría, al colocar a su héroe — ya no



Enrique Larreta, dibujo de Alejandro Sirio

héroe de Larreta, sino de Salaverría— en el arrabal abulense, en lento andar solitario, fuera de todo momento de acción, que le hubiera convertido en ilustrador parcial de la novela, es el más noble y alto.

Al acometer de lleno la figura, al expresar, en la cara de Don Ramiro, su doble ascendencia; al mostrarle en soledad con sus pensamientos; al destacarle sobre la perspectiva de la ciudad y de las tierras que buscan el cauce del Adaja, el pintor ha sentido bien la voz lírica del insigne relato. No ha sentido la tentación de retratar al Ramiro de un momento; ha tomado a pecho el representar al Ramiro de siempre.

Pero el Ramiro de siempre, para él, es resultante de una selección entre los diversos Ramiros que le habrá sugerido la lectura. ¿Será el de Larreta? ¿Será el mío? ¿Coincidirá siquiera con una imagen del lector? Poco importa. En la representación de Salaverría ha de haber, como en obra que es de excelente pintor, algunos de los rasgos esenciales que han de ir formando, en el tiempo, inconfundible para todos, la estampá corpórea del héroe de “La gloria de Don Ramiro”.



MUCHAS veces me habían hablado del profesor Berard. Gente de cuya salud mental podía yo estar seguro se había referido a ese extraño personaje con un respeto impresionante.

—No vaya usted a creer que se trata de un martingalero. Su teoría tiene una base rigurosamente científica y no es otra cosa que el cálculo de probabilidades aplicado al turf: No puede decirse que sea una cosa infalible, pero debe afirmarse que es una cosa razonable. El hombre persigue por caminos escrupulosamente vigilados el descubrimiento de lo que usted y yo y la mayoría llamamos la lógica, sin cuidarnos de que sea "realmente" la lógica. Muchas veces la lógica da cinco pesos de dividendo, y seis, y diez, y a veces veinte. Lo que pasa en esas ocasiones, es que yo y usted y la mayoría descubrimos que un resultado es lógico cuando ya no venden boletas, cuando ya "es" resultado. Eso del "sport injusto" que decimos tan a menudo los carreristas, no es más que una tardía confesión de ceguera o de ofuscación en el raciocinio. El profesor Berard no gana siempre, pero sabe siempre dónde está la lógica. El no la busca, como nosotros, guiándose solamente por un examen superficial y muchas veces tendencioso de las biblias hípicas; la encuentra al cabo de una paciente comparación de índices matemáticos, en cuya preparación no interviene para nada o interviene muy poco el prejuicio de la impresión personal. El profesor Berard es una máquina de cotejar el aliento locomotor de los burros...

Esto del aliento locomotor de los burros me sonó al principio a síntesis caricaturesca. Me sonó mal. Le descubrí aire de chufia. En la respetuosa definición del apologista del profesor Berard había un fonético reflejo de macana. Colocadas en cierta posición y vecindad, las palabras hacen guifios ex-

traños y muecas de farsa, como si se rieran de su propio papel de vehículos del absurdo.

Pero yo soy carrerista, y a mí el absurdo no me corre con una simple apariencia. Todo ventilador tiene una atracción de vértigo sobre todo dedo ocioso que se le aproxima. Además, fué tan insistente en reclamar mi atención la fama del profesor Berard; tan distintos y elocuentes los informes que me llegaron acerca de su sistema y, sobre todo, de su honestidad científica, que no pude resistir la tentación de zambullirme en el conocimiento de esa nueva sensibilidad turfística que había nacido y se estaba desarrollando en el país. En este sentido me empujaba también la orgullosa certidumbre que tenemos los criollos, de ser los tipos más vivos del mundo. A lo mejor — me dije — Palermo ha hecho de un sabio matemático francés esterilizado en creaciones de ciencia pura, un estupendo alquimista capaz de aislar fijas mediante la destilación de los programas. El sistema del profesor debe tener alguna falla; ya la corregiremos, dándole cuño nacional al prodigio. Quedará cabal la incompleta tetralogía de grandes que encabezan Old Man, Pepe el Herrero y Leguisamo.

¿El sistema Berard! ¿Y si fuera cierto? ¿Por qué no? Asuero, que es una de las creaciones más típicamente hispano-americanas que hayan existido, tiene millones de creyentes. Acertar en las carreras es una cosa mucho más modesta como milagro que eso de despertar con un toque en la nariz el remo adormecido de un reumático. Bien podía haber descubierto Etienne Gerard el centro vital de la clarividencia turfística. Al fin y al cabo, existe ya Mister Gunn, embrionaria forma de adivino con cuyas previsiones se adornan los domingos las columnas de "The Standard". (Hay muchos carreristas — dicho sea de paso — que han aprendido a descifrar el idioma inglés para poder enterarse de lo que opina Mr. Gunn. Soy uno de ellos. Otro caso de mejoramiento intelectual debido al turf es Carlos

Alberto Leumann; aprendió a sumar en las carreras y allí mismo supo lo que era la subtracción).

¿Etienne Berard! Hasta el nombre infundía confianza. Esa formación ortográfica es absolutamente irreproachable como marca de humana importancia.

—No se haga presentar — me previnieron —. Al profesor Berard le chocaría que se lo señalara como pieza de museo. Acérquese a él como pueda, y observe. Anida todos los domingos en el piso alto de la tribuna del paddock y suele estar acompañado por el ingeniero D'Apice, el conocido estadígrafo. Usted debe conocer, seguramente, al ingeniero D'Apice...

Con esas señas no había cómo errar. La del ingeniero D'Apice es una de esas caras que uno ve en cualquier parte, en la calle, en un café, en el teatro, e instantáneamente le hacen que se le represente la empalizada de la pista. Son recuerdos que andan casados en la memoria. (Como los Bancos y los lunes; el vermut y las hostias de papas fritas; el stárter y la angustia; el programa y el lápiz; la entrada en la recta y la voz de Pancho Collazo, el afortunado propietario de Encore...)

No hay cosa más fácil que trabar conocimiento con cualquier carrerista. Basta con estar a su lado en dos o tres carreras seguidas, hacer un comentario en voz alta... y ya está la respuesta en el lazo. Lo demás viene del oscuro fondo de la solidaridad humana: nada acerca tanto como la adversidad compartida.

Sin embargo, Monsieur Berard no se entregó así no más. Al primer envite mosqueó un asentimiento de cortesía forzada. Pero media hora más tarde, un aprendiz de jockey vino en mi auxilio con una barbaridad que felizmente perjudicó tanto al profesor como a mí:

LO INASIBLE POR DINTY MOORE

ILUSTRACIONES DE LUIS MACAYA

—¡Estos chicos de porquería!... — dije.

—¿Ha visto usted? — se destapó Berard. Con ellos no hay lógica posible...

La zoncera del aprendiz me enzarzó en una conversación que fué como una claraboya abierta por mi curiosidad en el misterio del sistema Berard.

Al cabo de tres domingos, el ilustre laureado de la Politécnica de París, el ingeniero D'Apice y este pobre gato que soy yo, éramos tres fantasías distintas aplicadas a una misma investigación verdadera: el valor práctico del sistema Berard. El profesor había preparado para mí un tercer juego de "fichas experimentales", y ahí estaba el amigo de Trifón, trazando curvas y anotando cifras en una tarjeta donde constaba el valor matemático presunto de cada uno de los jameigos que desfilaron aquella tarde por la arena de Palermo. Una tarjeta para cada carrera. Una casilla para cada animal. Y cada media hora, una curva para cada performance. En rojo, "la curva de la ciencia", o sea el resultado lógicamente previsto... y muy a menudo desmentido por los hechos. En estos casos, una inicial dejaba constancia del porqué de la falla del sistema: E., quería decir error; C., catastrófico; L. I., lo inasible. La E. obligaba a revisar toda la calificación de los caballos, para depurar los elementos de las futuras calificaciones. La C. era una señal de peligro: esa carrera no debía ser considerada como normal, porque en su desarrollo hubo accidentes. Las le-

tras L. I. abrían ancho campo al criterio: había intervenido lo inasible, lo que en las carreras escapa a medición matemática, el azar, la pequeñez inadvertida, una astucia de jinete, ese casi nada muchas veces invisible y casi siempre decisivo.

En un intervalo en que Berard y Compañía se fueron a jugar, me quedé en la tribuna revisando fichas de los últimos tres meses. Estaban allí los resultados de 104 carreras: 34 veces había triunfado el animal elegido de acuerdo con la teoría; 16 desenlaces estaban señalados como catastróficos y en 54 oportunidades "lo inasible" había sido el factor preponderante. La proporción de aciertos no me pareció mala, pero me pareció excesiva la imputación a lo inasible, y se lo dije al profesor Berard.

—Le diré — me contestó—. Tengo los últimos 40 meses divididos en planillas mensuales, trimestrales y semestrales, y además he hecho una separación de lo que yo llamo zonas de influencia de un nuevo factor desconocido. Este factor puede no ser inasible, pero no he conseguido aislarlo. Es como si lo fuera.

El profesor Berard me pidió las fichas que yo acababa de revisar, eligió un lote de seis y, alargándomelo, continuó:

—Aquí tiene un caso de zona evidentemente influida por una perturbación que "necesitamos" analizar.

Esa pluralización de la necesidad era toda una muestra de amistad que supe agradecer sin palabras. Revisé atentamente las seis planillas, como si mi vida dependiera de aquel

pequeño misterio rebelde a las inscripciones del sabio. Me fijé en todo: tiempos, distancias, pedigrees, estado de la pista; hasta en las cotizaciones de los animales. Una sola particularidad común había en aquellas reuniones que se dijeran influidas por el demonio: Leguisamo había ganado 18 carreras; tres por día.

—¿No será Leguisamo, monsieur Berard, el factor desconocido?...

Monsieur Berard no me dejó que siguiera:

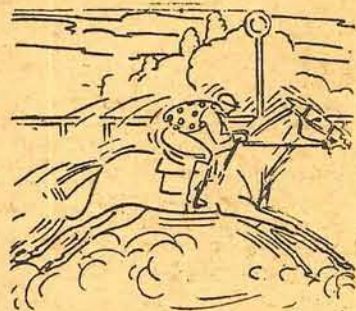
—¡Usted también! — exclamó, como si hubiera descubierto en mí, de pronto, las huellas de la lepra.

Y siguió hablando:

—El ingeniero D'Apice es de su misma opinión, y la defiende con una elocuencia diabólica. Le confieso a usted que ha llegado a impresionarme y a hacerme dudar de la exactitud de las ciencias exactas. La apariencia de los hechos les da a ustedes la razón, pero yo no me rindo a esa apariencia. No debo rendirme. Ello valdría tanto como renegar de las matemáticas, de la única ciencia que he hallado en todo el curso de mi vida. Sería atroz. Tendría que echar al fuego todas las fichas, todo el documental fundamental de mi teoría.

Y, como quien hace una penosa confidencia:

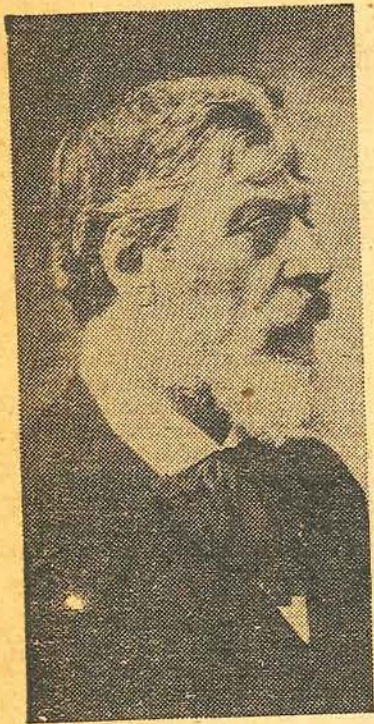
—No quiero ni pensarlo. Ya he concedido a la herejía todo cuanto puede conceder mi espíritu al cabo de toda una vida embellecida por las matemáticas. Las iniciales L. I. son las de "lo inasible", pero son también las de Leguisamo colocadas al revés. El día que haya que aceptar la espantosa verdad, las fichas seguirán sirviendo... Le seguirán sirviendo al ingeniero D'Apice.



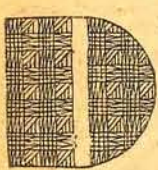
LA VOCACION

POR
LUGNE POE

(Para LA NACION)
PARIS, mayo de 1930



MONNET SULLY



ONDE nace la llama teatral? ¿Cómo y dónde se desarrolla? Cuando surgen en mi memoria, con un evidente placer, las lecciones deslumbrantes de Faguet sobre el romanticismo, recuerdo haberle oído comentar inspiradamente la estrofa:

... Jadis, il en était des serments qu'on faisait dans la vieille Allemagne, comme de nos habits de fête et de campagne: il étaient en acier!

Al recordarlo, penetraba en mi espíritu una alegría pueril, hermosa fuente de gozo en nuestras primeras horas. Sin duda, era el único placer ingenuo y puro del oficio teatral, y me es tanto más grato recordar este milagro cuanto que no lo he visto señalado por nadie. Con frecuencia he recorrido las memorias y los apuntes de comediantes. Me ha sorprendido no encontrar la referencia que menciono. ¿Se tratará, acaso, de un cómico error que iluminaba nuestro punto de partida o de una laguna en las notas que publicaron los demás? No lo creo así. Por esta causa, y por no fiarme enteramente de mí, tendré que apelar a mi correspondencia. Los años han tejido la corteza que forma el hábito en el individuo, hasta el punto de endurecerle y aun de resecarlo. Centenares y hasta miles de botones encierran y aprisionan al personaje, siendo necesario que se arranquen unos cuantos para ver claro en su interior.



LUDMILLA PITOEFF

¿Cuántos de entre nosotros han vivido días, o a veces años, a base de un cambio de correspondencia! El milagro de mi correspondencia reencontrada y releída es bastante generoso, puesto que habiéndome fastidiado en algunas ocasiones, ahora me ayuda. Releyéndola, caigo de las nubes... Lo que se entrega a la escena se substrahe a la vida, no hay que dudarlo. El sabio, el pintor, el clínico, y, a veces, el hombre político, dan algo a la vida. Nosotros, los comediantes, estamos obligados a fosilizar sobre la escena. El malestar del espíritu se hace demasiado grande, puesto que damos todo o esperamos dar tanto. Quizá por esta razón el mundo de los actores—hablo de los grandes actores—, proporciona un contingente tan numeroso de tacaños cuando no de avaros, debido a que el actor, al gastar al hombre y a su alma, llega a ser precozmente senil en relación con los demás hombres. La senilidad adquiere toda clase de formas y la avaricia es una de ellas, según es sabido. Yo mismo he creído observar que un hombre, cuanto más se acerca al teatro o se aproxima al proscenio—actor y aun autor—más denota ciertas tendencias y predisposiciones a la economía por lo menos. Prosigamos. Séame permitido emitir una idea tonta, pero puesto que estoy resuelto a decir todo, tanto peor para mí y para los demás. Es ésta: con frecuencia he confirmado la convicción de que gran número de vocaciones se habían revelado bajo la emoción que voy a detallar.

¿Cuántas veces no hemos leído en las pequeñas biografías esta frase: "Su vocación se reveló representando en un círculo de aficionados, etc..."? Pues bien, es probable que muchos hayan sido víctimas o jugadores de un fenómeno particular, experimentado de modo inconsciente y que no analizaron después, al recordar las primeras horas de embriaguez que les produjo su oficio. Si a pesar de ello, uno o dos accediesen a reconocerlo así, me consideraría satisfecho de haber sido uno de los primeros en descubrirlo.

Théodore de Bainville quizá lo sintió de esta suerte, aunque no fuese, según creo, más que un actor accidentalmente, caso de serlo. En esta ocasión no me parece posible que habiéndolo visto resurgir de mi pasado entre otros profesionales altos o bajos en la escala teatral, éstos no me ayuden a revisar la lista de los verdaderos actores que creyeron en los cielos del teatro, de ese sagrado camino a lo largo del cual se han hundido y se hundirán todavía tantos hombres de escena dotados de un alma singular, generosa, superior.

Ningún hombre se parece ni puede parecerse al actor. ¿No es emocionante su docilidad ante un texto, esa sumisión que experimentan aún los temperamentos más rebeldes? No busquemos muy arriba. ¿No resulta de una humildad inverosímil esa loca abdicación, ese desdén de todas sus fuerzas, de todas sus palpitaciones, de sus palabras propias en el actor que acepta su identificación con otra persona? ¿Hacia qué abismos puede llevarlo esto, hacia qué espantoso y atroz abandono?

Cuando, habitualmente, ignorando un idioma extranjero oímos hablar alrededor de nosotros, no nos reímos y, antes bien, pretendemos descubrir el sentido de una palabra susceptible de iluminarnos. Pero el actor usa siempre de las mismas palabras que nosotros, su lengua es la nuestra y, sin embargo, la incomprensión entre él y nosotros es total, porque

nunca utiliza su lenguaje propio, su vocabulario, sus frases; y cuanto más mezquino e insignificante es, más ilusiones mantiene sobre su papel y sobre su carácter. ¿Qué suplicio permanente!

¿Hacia cuántas vergonzosas vanidades es arrastrado el actor...! Ya conocen ustedes la orgullosa e infantil ilusión que manifiestan los cómicos por encarnar las grandes figuras de la historia o de la ciencia... ¡Mundo efímero! Y también esos caprichos fúnebres de los actores ilustres envejecidos, por identificarse con los héroes clásicos de su infancia.

Debo tomar muchas precauciones para hacer comprender que mi respeto por el alma del teatro se dirige, ante todo, a los más desheredados profesionales, aunque apenas aprecie sus fatales deformaciones, debidas a los sacrificios que se impusieron con áspero rigor para el olvido constante de sí mismos. ¿Acaso creen ser de una esencia superior a la de los demás hombres? No. Son de-



ANTOINE
(Caricatura de Capiello)

masiado niños para discernir la vanidad de sus destinos. Su suficiencia habitual es solamente epidérmica; apenas sienten su holocausto. He oído decir que muchos comediantes, los más grandes, sufrían en los últimos resplandores de su vida una especie de trágica revelación de sus existencias anteriores.

El actor vive siempre en una posición falsa y hasta su genio particular exige que esto acontezca así. Su hipocresía, su grandeza, están fuera de su trabajo, que es algo abyecto, criminal y mortal, aun antes de tiempo. En esto no podría seguirse la teoría completamente oportuna del viejo Gillet, que apenas les conoce. Por otra parte, instintivamente, los actores admiten más bien el anatema implacable de Bossuet que la indulgencia de Santo Tomás de Aquino, propicia a tantas conciliaciones utilitarias. Es preciso que el comediante esté al margen de la humanidad, no pudiendo estar dentro de ella o, en caso contrario, deja de ser un comediante.

Dejemos a Diderot donde está o donde estuvo... El actor de ayer no se parece en nada al actor de hoy. Hace solamente cien años que el comediante adquirió apenas una importancia social, no teniendo derecho a los supuestos honores... Hablar del actor de Diderot y según él, es un necio estribillo. ¿Qué necesidad hay de repetir los viejos lugares comunes acerca del actor? ¿Sabían ustedes exactamente lo que eran las representaciones teatrales del siglo XVIII y las referencias de Diderot, escritor casi

oficial que dijo tantas cosas? Acudan para informarse sobre lo que eran los actores a las crónicas o más bien al excelente prologuista de las memorias de Bézenval, a Barrière, y quedarán ustedes suficientemente ilustrados. En fin, los actores de Diderot están en la sombra, muy lejos. El actor es emprendedor, activo por esencia. Veámosle tal como es. Las memorias de Le Nain, Clairon y otros no modifican en nada nuestro pensamiento.

El ascenso moral y profesional del cómico es una quimera. El teatro, con frecuencia, y más aun hoy día, ha creado un oficio. No hay más que oír a los jóvenes actores para convencerse de ello. Tolstoi pretendía que todo hombre de teatro, autor o comediante, debía tener, al margen, una profesión lucrativa. ¿Por qué no habría de tener razón?

Veo la escena... Los bastidores, un trampolín, la iluminación, las decoraciones; todo ha sido traído por los pícaros. "Scapin" y el saco, un trampolín, "Hernani" proyectando el vuelo de su capa... ¿Quién quiere ganarse mil "carolus" de oro? Un trampolín y el "Cocu magnifique". Un trampolín y la... rampa. Hace falta una rampa. El salto se efectúa hacia atrás, contrariamente al del clown, y el público está abajo; por consiguiente, la rampa de la escena permanece ligeramente inclinada hacia los espectadores; el trampolín es de maderas sólidas y se hace frágil bajo los pasos de los actores. Resulta elástico para nuestras vueltas y movimientos, provocando una fuerza y un impulso. Esta elasticidad bajo mis primeros pasos en la escena quedó grabada entre las sensaciones de mis comienzos.

"La exaltación del trampolín". "Para representar bien, lo mejor es que le tiren a uno al agua obligándole a nadar", decía un viejo actor. Imagen exacta.

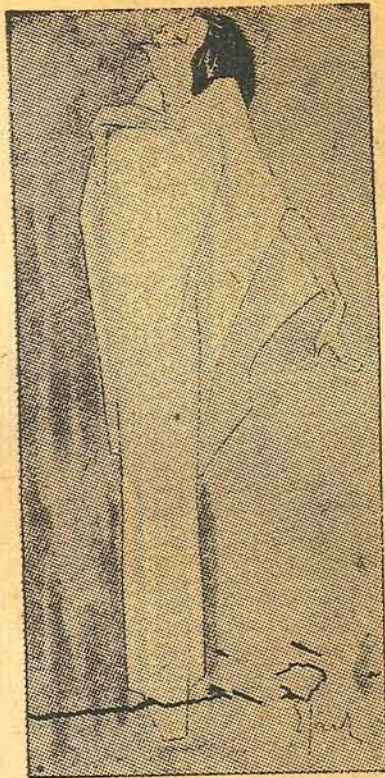
Perfectamente, la escena es la que nos da sensibilidad, impulso. Procura un soberbio olvido de todo pudor, de cualquier molestia en el gran Frédéric Lemaître; es la que conservó su fogosa juventud delirante a Mounet-Sully y el frenesí de Eleonora Duse, quien jamás pudo trabajar sobre un piso de cemento.

Eleonora Duse me escribía en cierta ocasión: "El olor de la rampa de un escenario verdadero despierta mi profunda cualidad de caballo de raza. Los demás, al lado mío, no son más que caballos de ómnibus".

Mounet-Sully y Eleonora Duse serán siempre para mí los arquetipos de los más grandes comediantes. El primero, por su negligencia estúpida y magnífica; la segunda, en virtud de la locura real que la acometía desde el momento en que se sentía impulsada a la escena.

Al envejecer, Lucien Guitry quiso introducir el desdén, la razón y aun el causticismo en la disputa. Con frecuencia he observado que sus aptitudes resultaban traicionadas por los escenarios ingratos en que hubo de actuar durante sus últimos años. Nunca, por otra parte, volvió a encontrarse a sí mismo, y hacia el final de su vida sufría cruelmente de ello, sin analizar la causa. Pero qué reposo experimentó al interpretar "L'Emigré" sobre el tablado tan agradable del Teatro Antoine!

Resultaría curioso analizar esta embriaguez creadora de una personalidad más allá de sí mismo que experimenta el actor. Si todos gozamos de una "expresión" más allá de nosotros mismos, como también tenemos un doble y aun un



ELEONORA DUSE
(Caricatura de Sachetti)

"triple", aunque la "expresión" sólo se produzca a sacudidas, en el caso del actor esa expresión sólo aparece de un modo intermitente y vacilante al comienzo, adquiriendo después una marcha vertiginosa. Ni los grandes ni los pequeños se libran de su "corriente". La substitución de un mundo de seres inferiores desfigura al hombre, tanto en los actores grandes como en los medianos. Se hunden en esa personalidad con una dejadez burguesa que no está a la altura de la nobleza de su caso. Inconscientes y aturridos, no perciben las cosas ordinarias. No están en situación de comprenderlas desde el momento en que se sienten arrojados a esa atmósfera ilusoria que se extiende entre el público y el escenario, atmósfera que vibra y, a veces, hace vibrar. ¿Dónde está la vida llana, la vida normal, la tierra... dónde está? ¿Dónde situarla?

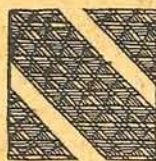
La elasticidad de los planos inclinados, de las rampas, proporciona una existencia alada y magnificada en cuanto se levanta el telón.

Desde que se han construido escenas planas con refuerzos metálicos y proscenios de cemento, se ha perdido un conjunto respetable de placeres, una fuente para los amables borrachos... Como esto es algo extraño, un misterio del teatro, los verdaderos amantes lo han sentido sin hablar de ello, del mismo modo que sienten miles de emociones que no pue-

(Continúa en la pág. 38)



LUCIEN GUITRY



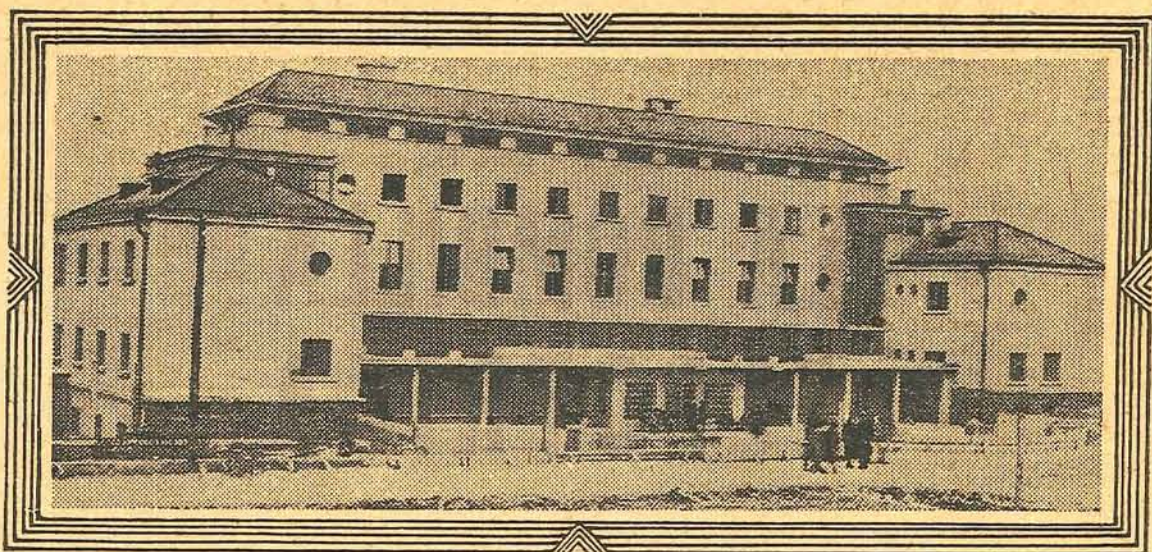
O existe actualmente en Austria localidad más popular que la pequeña ciudad de Gallspach, situada en la provincia

de Austria Superior. Gallspach se ha convertido en un lugar de curas de primer orden a causa de la presencia, allí, de un médico que ni siquiera ha conquistado un diploma de doctor en universidad alguna. El curandero, que tiene actualmente 70 años de edad, se llama Valentin Zeileis y es bávaro de nacimiento. Austria posee, además de una serie de balnearios de prestigio local, como Baden, Schallerbach y Gleichenberg, un sanatorio célebre en el mundo: Bad Gastein, que visitaron regularmente, año tras año, personalidades como el emperador Guillermo I, Bismarck, Leopoldo II de Bélgica, el rey Carol de Rumania, Lord Rosebery y Lord Balfour. Pero ni siquiera esos baños termales, que son una de las fuentes más ricas en radio del mundo entero, atraen a tantos forasteros como la pequeña ciudad de Gallspach, cuya celebridad data de ayer o de anteayer, pero que rivaliza actualmente con Lourdes en cuanto al número de visitantes y, según se dice, de maravillosos resultados.

El nuevo médico realiza milagros: no tiene diploma, pero trabajan a su lado tres médicos diplomados—uno de ellos es su propio hijo—y éstos son quienes llevan frente a las autoridades la responsabilidad del tratamiento a que son sometidos los enfermos, de modo que el curandero no debe temer la intervención de la policía. Además, el gobierno local de la provincia de Austria Superior se opone a las persecuciones que solicitan muchos médicos diplomados de la República, por cuanto el hombre milagroso, gracias a sus ganancias, se ha convertido en el principal contribuyente de dicha provincia, ya que, como hemos dicho, atrae a los forasteros en crecido número a Gallspach. Según una estadística del año 1929, visitaron al médico milagroso 140.000 pacientes, de modo que ese año, Gallspach superó a Lourdes en unos 20.000 enfermos. El mayor contingente de pacientes venía, como es natural, de Europa Central. Sin embargo, figuraban entre ellos muchos yugoeslavos, italianos, británicos, franceses, españoles y hasta sudamericanos.

Los médicos de Alemania y Austria persiguen a Valentin Zeileis. En Berlín trató de medirse con el conocido profesor de medicina de la universidad, doctor Lazarus, quien lo calificó públicamente de charlatán. Zeileis, que al principio parecía estar dispuesto a citar ante los tribunales al profesor berlinés, para que respondiera de todas las acusaciones que formuló contra él, se conformó, sin embargo, con entablarle pleito por un solo motivo. Lazarus se vanagloriaba de haber sorprendido "in fraganti" al taumaturgo en sus errores de diagnóstico y de terapéutica. Zeileis lo acusó ante el tribunal de no haber podido tener oportunidad de conocer realmente sus métodos, por cuanto no se le permitió la entrada a la sala en que se verifican los exámenes y las curaciones. El pleito ha sido aplazado, por ahora, y la sentencia no será pronunciada antes del mes de junio. Pero cualquiera que ella sea, no cabe duda de que el mundo científico se pondrá de parte del doctor Lazarus y calificará de embustero al hacedor de milagros de Gallspach.

¿Cuál es el arte del taumaturgo? Cura a sus enfermos o cree curarlos por medio de corrientes eléctricas llamadas de alta tensión y de alta frecuencia. Los médicos dicen que esto no tiene nada de nuevo, pues ya en el siglo pasado se utilizaron en medicina las corrientes Tesla en la fisioterapia. Los



El instituto Gallspach, adonde acuden por centenares los enfermos que creen en la misteriosa ciencia del "mago"

MEDICINA Y CURANDERISMO VALENTIN ZEILEIS, EL "MAGO" DE GALLSPACH

POR
SIGMUND
MUNZ

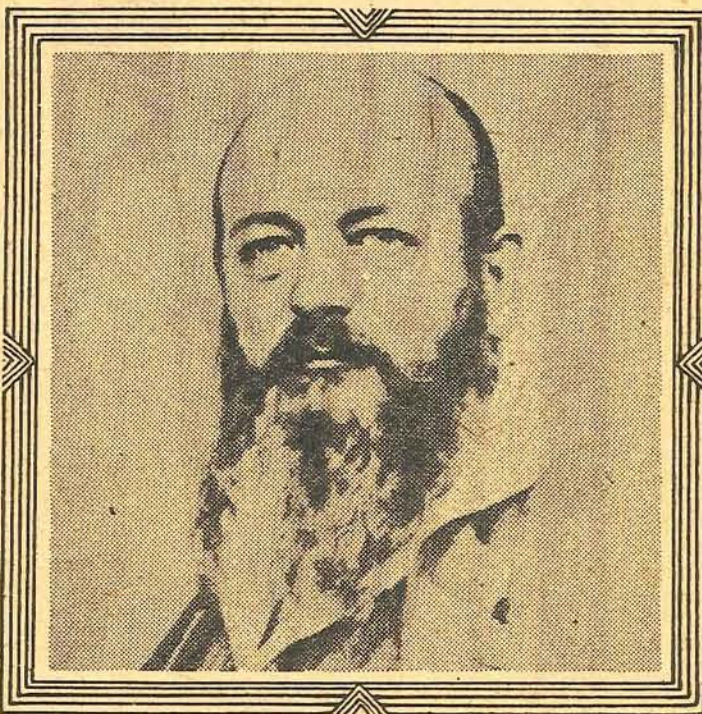
(Para LA NACION)
VIENA, mayo de 1930.

hombres del oficio dicen en su lenguaje técnico, que Zeileis utiliza "corrientes alternadas para sus irradiaciones, y las oscilaciones de alta frecuencia no son producidas, como en los transmisores de radio modernos, por medio de generadores tubulares, sino que el taumaturgo utiliza como generadores de alta tensión para las vibraciones fuertemente moderadas, la chispa eléctrica que se empleaba antes del invento de las lámparas amplificadoras". Zeileis utiliza un generador de alta tensión para 130 kilovoltios. Los peritos dicen que es la descarga de la chispa la que tiene efectos curativos cuando las vibraciones son muy moderadas. Pero los ataques más violentos de los médicos se dirigen contra la "varita de virtudes" de Zeileis. Se trata de un tubo de 30 centímetros de largo y 2 centímetros de diámetro, lleno de "gas noble", que está conectado por una de sus extremidades con el tablero de comando de la instalación de alta frecuencia. En la otra extremidad del tubo, que termina en forma de bola, hay un electrodo. Cuando se da la corriente, el tubo se ilumina y cobra un color rojo amarillento. Zeileis llama a este instrumento el "tubo actínico" y pretende que reconoce la enfermedad de que sufre el paciente según el color que toma el tubo cuando lo pasea sobre el cuerpo desnudo del sujeto. Dice que el cuerpo humano debe ser considerado como un campo magnético y que las radiaciones que emanan de él—muy distintas en la persona sana y en el enfermo—producen en el "tubo actínico" un cambio de tono que considera decisivo para el diagnóstico.

Estos detalles técnicos los tomo de una exposición hecha por un médico que observó el procedimiento de Zeileis en Gallspach, con cierta objetividad, no exenta de escepticismo.

En Gallspach no faltan los efectos teatrales. Ante todo, los pacientes deben presentarse con el busto desnudo, y siempre unos cincuenta a la vez, cualquiera que sea su categoría social. Se dice que una vez se presentó ante el taumaturgo, con un grupo de otras personas, el Príncipe heredero de Dinamarca. No sé si su compa-

triota y colega Hamlet se hubiera sometido tan fácilmente a ese procedimiento. La escena se desarrolla en una sala de paredes violetas, a media luz. Todo el mundo es tratado con rapidez e igualdad. No existen



Valentin Zeileis, el opulento "mago" de Gallspach

diferencias en la terapéutica. Hemos hablado del tubo de vidrio lleno de gas de actinio. Cuando el curandero lo pasea sobre el cuerpo del paciente, el tubo, que se ilumina en cuanto se hace funcionar el aparato de alta frecuencia, adquiere distintos tonos y diversas intensidades de luz, según la enfermedad de la persona examinada. El doctor Erwin Stranik, familiarizado con el procedimiento de Gallspach, dice que existe en un organismo enfermo una depresión de la capacidad eléctrica, de modo que es posible determinar la enfermedad según el grado de absorción de la electricidad. Ahora bien; antes de establecer su diagnóstico por medio de la "vara mágica", Zeileis ha sido informado por sus médicos auxiliares de los resultados del examen previo que éstos han efectuado. En tales condiciones le será más fácil al hacedor de milagros formular su diagnóstico de acuerdo con las revelaciones de la varita.

Hace más de diez años que ejerce Zeileis su profesión en Gallspach, donde posee un castillo adquirido gracias a la fortuna de su esposa, que pertenece a la familia de patricios vieneses de Mautner-Markhoff. Cuando, hace unos años, a consecuencia de una denuncia de la Cámara de Medicina de Austria Superior, se solicitó un informe del psiquiatra vienes Wagner-Jauregg—quien recibió más tarde el Premio Nobel de medicina por la aplicación del procedimiento curativo de la malaria a la parálisis progresiva—este gran científico pronunció una sentencia aniquiladora contra los métodos del taumaturgo de Gallspach, a quien calificó de embustero, estafador y farsante. Wagner-Jauregg lo acusó de dar datos falsos sobre su persona; según el gran psiquiatra, Zeileis se hacía llamar "doctor" y "profesor" y contaba que había estudiado medicina y cirugía durante catorce semestres en las universidades de París, Londres y Cincinnati, pretendiendo además haber realizado estudios sobre el radio y poseer una mina de dicho metal. La verdad era que nunca había estudiado medicina y que su profesión real era la de criador de aves y exportador de huevos. También pretendía Zeileis ser de origen hindú y haber sido curado por un fakir de una mordedura de cobra. Wagner-Jauregg lo acusó igualmente de emplear un ardid que consistía en diagnosticar a sus pacientes de una enfermedad incurable o mortal, que en realidad no tenían, para hacer posteriormente como si observara una mejoría y aparecer finalmente como un salvador.

Pero también se han formulado declaraciones más favorables sobre el hombre de Gallspach. Así lo ha hecho, por ejemplo, el profesor Stoklasa, de Praga. Este conserva cierto escepticismo en cuanto a los diagnósticos de Zeileis, pero considera que tiene fundamentos científicos el tratamiento por medio de la varita maravillosa que emite rayos Alfa y Beta. Opina que las irradiaciones del radio vivifican a cualquier organismo. Dice que si se reprocha a Zeileis el hecho de que su tubo mágico, que contiene un poco de radio, tie-

ne una influencia apenas momentánea, no se justifica tal reproche, pues sólo se necesita una irradiación muy breve. Stoklasa no descarta la posibilidad de que los rayos Alfa y Beta destruyan los tejidos cancerosos y los tumores. También pone de relieve el efecto psicológico del tratamiento por medio del radio, que infunde optimismo a los pacientes. El médico de Praga no duda de que se puede prolongar la aptitud genética del hombre hasta la vejez por medio de aplicaciones racionales de radio, y asegura que para mejorar la salud pública sería bueno que se generalizaran los baños de radio, que conviene tomar hasta una o dos veces por semana.

Así, pues, la disputa sobre Gallspach y sobre Zeileis se ha transformado en debate sobre la importancia de la corriente de alta frecuencia y del radio. Aun las personas que tienen simpatía a Zeileis le reprochan que dé como nueva una cosa que descubrieron hace mucho tiempo Tesla y D'Arsonval. Algunos sabios se ponen ya de parte del taumaturgo, como, por ejemplo, el profesor finlandés Wendt, quien comprueba que por medio del procedimiento terapéutico de la corriente de alta frecuencia se anulan mejor los residuos de la asimilación y los demás venenos que circulan en el cuerpo humano. Dice que el tratamiento de Zeileis es, por decir así, de terapéutica homeopática, por cuanto aplica los rayos durante unos segundos solamente.

Como el autor de este artículo no es un profesional, su propósito ha sido únicamente, como se comprenderá, el de informar—como "dilettante"—sobre una cuestión que constituye el tema de las discusiones de médicos y profanos. Es un hecho que todas las acusaciones formuladas por destacados profesionales, no han disminuído en lo mínimo el número de visitantes que se dirigen a Gallspach. El taumaturgo ha edificado un magnífico instituto para sus experiencias, sus diagnósticos y sus tratamientos. Zeileis amenaza con destruir inmediatamente ese instituto, que no tiene igual en toda Europa Central, si las autoridades le prohíben dedicarse a sus actividades médicas. Además, el Instituto Zeileis, de Gallspach, cuenta ya con filiales en Viena y en Múnich. Muchos médicos notables, con quienes he hablado de Zeileis, lo han calificado de charlatán peligroso, que causa grandes daños porque trata con su varita mágica a ciertos cancerosos de primer grado, a quienes condena virtualmente a muerte por dicho procedimiento, cuando podrían salvarse si se hicieran operar en el primer período del mal. Otras personas—entre las cuales figuran algunos médicos—están convencidos del poder de Zeileis, por lo menos de su fuerza de sugestión. También he encontrado a personas que me han referido que curó rápidamente a perros enfermos, reputados incurables: y, sin embargo, en este caso no se podría hablar de la fuerza de sugestión. En todo caso, los enfermos que peregrinan a Gallspach tienen que abrigar mucha fe para sanar, porque "la fe salva".

VESTIDOS a 0.80

Lo mismo de seda que de lana, toda dama haciéndose puede tener un vestido nuevo con tan poco gasto. ¿Cómo? Teniendo en su hogar los vestidos viejos, descoloridos o pasados de moda con SUNSET, que les da, además de un hermoso color de moda, la apariencia de recién comprados.



SEMANALMENTE el señor Olavide, gerente de la fuerte casa consignataria Long and Son, iba a conversar con mister Long a su domicilio particular. (Mister Long era un inglés inteligente, comprensivo, sagaz y un poco extravagante). En esas conversaciones, el señor Olavide enteraba a mister Long de las novedades ocurridas en la semana; interpretaba los balances que le llevaba y juntos discutían sobre la marcha muy feliz, en verdad, de los negocios.

—Mister Long: el empleado Root pide aumento.

—¿Merece?

—El muchacho trabaja...

—Auméntele entonces, señor Olavide.

—Mister Long: Maqueda también ha pedido aumento.

—¿Maqueda?—dijo mister Long, y se rió incrédulo. Después agregó, levantando los hombros:

—Y... auméntele.

—Es imposible, mister Long. Yo precisamente pensaba hablarle a usted sobre él. Yo comprendo que su caso es doloroso y hasta creo que lo lamento desde un punto de vista sentimental. Pero desde nuestro punto de vista, Maqueda es un inútil y la casa necesita un empleado joven, con más energía y talento que lo substituya. Por esto, mister Long, yo deseaba hablar a usted al respecto...

—Quiere decir usted... ¿dejarlo cesante?

—Justamente.

—¡Oh! Es una medida extrema, demasiado violenta para tomarla yo. Usted sabe muy bien cuánto me disgusta pensar en mis intereses. Lo encuentro fastidiosamente vulgar y por eso es que he necesitado de una persona que me evite tan enojosa preocupación. Si hubiese usted despedido al buen Maqueda sin consultarme... Ahora es imposible: perdería el apetito y esta noche tengo una cena en el club.

—Pero, señor, Maqueda está enfermo. Sufre de todas partes. La neurastenia le hace perder la memoria y hoy he tenido que decidirme por quitarle los libros y dárselos a Moore.

Mister Long tenía dos sentidos notablemente desarrollados: el práctico y el humorístico. Es decir, frente a la vida, frente a los problemas humanos, mister Long adoptaba dos posiciones distintas, algo antagónicas, pero que convergían en una envidiable serenidad y equilibrio mental.

Un hombre que ejercita el sentido humorístico tiene que llegar a la tolerancia y a la piedad, y mister Long era piadoso y tolerante.

La primera vez que vio a Maqueda comprendió que Maqueda sería un mal empleado. Pero su figura, su conversación, sus gestos eran tan irresistiblemente ridículos, que mister Long sintió que Maqueda había ganado su simpatía.

—No tendremos más remedio—dijo mister Long, levantándose sonriente, que aumentarle el sueldo.

—Pero... pero mister Long. Los intereses... los negocios... Maqueda no sirve—exclamó sofocado Olavide. Mister Long lo cogió amistosamente del brazo y riéndose le dijo en un gracioso tonito irónico:

—Son veinte pesitos, nada más, señor Olavide; veinte pesitos...

• • •

Tal vez si hubiese sentido un amor... Pero Maqueda nunca había conocido el sosiego, la calma, la dulzura de un amor correspondido.

Y no había sido feo. Sólo que era un poco pequeñín y muy enfermo del estómago. A los veinticuatro años había tenido una novia. Ahora que acababa de cumplir los cuarenta, la recordaba con tanta intensidad! Se llamaba Amalia. Es verdad que tenía un carácter muy fuerte, muy absorbente, pero Maqueda le recordaba muchos gestos de suave feminidad. Estuvieron de novios once meses. El pobre Maqueda no era un hombre ameno, galante, oportuno, y cerquita uno de otro, acurrucados en el marco oscuro de la puerta, Maqueda hacía a su Amalia confidente de sus dolores.

Los dolores de Maqueda eran del estómago, y un día que Amalia había estado escuchando largos minutos los síntomas y detalles que el hipocondríaco Maqueda se complacía en describir, le volvió la espalda, diciéndole: "Lo que usted necesita es casarse con una enfermera".

Esto fue un golpe terrible para Maqueda. Lloró como un niño y se enfer-

mó seriamente. En la convalecencia pensó que tal vez su Amalia hubiera obrado con ligereza, y esperanzado, una noche fué a la callecita obscura, silenciosa, que durante once meses había sido una prolongación de su mismo ser.

Volvió desesperado. Había visto a Amalia con otro hombre.

No pensó más que en morir y se tiró al lago de un paseo público. Naturalmente, no se ahogó, pero lo sacaron enfermo. Tuvo fiebre elevada y cuando se levantó era ya un poquito raro. Sus compañeros de trabajo fueron advirtiéndole que Maqueda, tan confiado e ingenuo siempre, habíase tornado suspicaz. Obraba raramente, raramente, y un día alguien definió: "manía de persecuciones". Desde entonces a Maqueda le llamaban "el maniático".

Fueron pasando los años y Maqueda no adelantaba nada. Cambió cien veces de empleo, sin conseguir mejorar su desesperante situación. No conocía ningún pariente. Ningún hombre quiso darle su amistad. Y en esta soledad terrible, la neurastenia abrumadora, intensa, fué extendiéndose, aniquilando lo que de inteligencia aun quedaba en el infeliz. Tuvo una crisis. La vista se le nublaba y comenzó a perder la memoria. Ya no podía sumar y se quedaba largos minutos con el lápiz sobre un número: "trece más cinco... trece más cinco..."

Esto no podía seguir así, y el señor Olavide, el gerente de la casa Long and Son, decidió hablar sobre el asunto al mismo mister Long, volviendo confuso y aturrido por la insolita actitud del extravagante inglés.

Maqueda era, indudablemente, un hombre incapaz, pero además era honrado. Desde que estaba en la casa consignataria, en la "Caja Chica", no había faltado un centavo. Manejaba el dinero con el cuidado y la meticulosidad del que nunca lo ha tenido, contando cien veces y sumando otras cien; y aunque el señor Olavide viese con indignación que Maqueda perdía una mañana en hacer un solo asiento en el libro de Caja Chica, sabía, tenía la seguridad de que en la "Caja Chica" no faltaba un centavo.

Vivía solo en una pieza, una de esas piezas frías y tristes de las casas más baratas de pensión. Durante muchos, muchos años, Maqueda iba solo todos los días a esa pieza. En los ojos de Maqueda estaba tan grabada la imagen

de esa habitación vacía que un intruso, un amigo, una persona cualquiera que entrase a ella le hubiera causado una impresión hondísima, como si una noche, al sacarse las medias, se encontrase absurdamente con un sexto dedo.

Pero un día Maqueda volvió a su pieza con un hombre. Había entrado en una lechería cuando sintió una exclamación y una presión en el codo.

—¿Maqueda!... Qué, ¿no te acuerdas? ¡Hombré! ¿no te acuerdas de Mansilla, tu...

Maqueda ya lo había conocido y sacudió, mudo, la mano que le tendían. Si. Mansilla. ¿Cómo no iba a acordarse? Un amigo de adolescencia, un compañero de escuela, un amigo.

¡Un amigo! Maqueda se prendió de esta palabra desesperadamente. Tantos años de soledad, de abandono, y ahora que venía un amigo... Sintió necesidad física, orgánica, de hablar con este amigo y lo llevó a su pieza. Allí lo abrazó y lloró ruidosamente. Mansilla estaba un poco asustado ante tantas cosas raras, pero prometió volver. Fué dos, tres veces, a visitar a su querido amigo, y un día, cediendo a las insistencias de Maqueda, que había visto un poquito de desaliento en su expresión, confesó que necesitaba para el otro día veinticinco pesos. Si no los conseguía, Mansilla no sabría qué hacer.

Maqueda no tenía veinticinco pesos para prestarle, pero prometió conseguirlos. Toda su suspiración, toda su manía, desapareció ante la anormal felicidad que su amigo le había traído. Al día siguiente sacó de la "Caja Chica" los veinticinco pesos. Los respondió a fin de mes.

Pero la fatalidad, esta fatalidad sin la cual no podrían escribirse cuentos, hizo que el señor Olavide balancease y al advertir la diferencia interrogó a Maqueda, quien, enfermo ya de vergüenza, viendo en su neurastenia la raja de la prisión, confesó su ignominia.

Que un cajero saque veinticinco pesos de "Caja Chica" no tiene nada de particular en una casa de comercio, y el señor Olavide, enterado, no hizo más caso y olvidó el asunto. Pero, en cambio, Maqueda se atormentaba, acusándose de haber robado, faltando a la confianza en el depositado. "He perdido su confianza, he perdido su confianza..." murmuraba, y obsesionado re-

petía el estribillo que iba entrando en su espíritu como una uña que se encarna lentamente, dolorosamente. Esperó que lo expulsaran y se asombró al ver que no lo hacían.

Un sábado, mister Long en persona fué a ver cómo andaban sus capitales. Conversó con todos y para todos tuvo amabilidades. Como tenía simpatía por Maqueda y le agradaba su ridiculez, lo llamó al despacho del señor Olavide para conversar. Por el mismo Maqueda se enteró de su falta y rió alegremente del estribillo: "He perdido su confianza, he perdido su confianza".

Una manía cualquiera divierte a un hombre sano y sobre todo si esa manía es de persecuciones. Mister Long se divirtió inmensamente, pero como su inteligencia era sutil, satisfecho su sentido humorístico, comprendió que Maqueda sufría con su idea fija y en vista de que su aflicción consistía en creer que había perdido la confianza de la casa, nada más humano y fácil que demostrarle lo contrario.

—Señor Maqueda—le dijo seriamente—, el lunes necesitaré un poco de dinero y desearía que usted me lo llevase. Quinientos pesos... unos gastitos que pienso hacer. Como hoy es sábado y el dinero lo necesitaré el lunes a primera hora, quisiera que llevase usted ahora los quinientos pesos y el lunes, en vez de venir para la oficina, va directamente a casa. ¿Las ocho le parece buena hora? Bien: lo espero, pues, a las ocho.

Maqueda quedó aturrido. ¿No se le había entonces perdido la confianza? Y sintió nacer una gratitud, una veneración, un reconocimiento eterno por mister Long.

Con los quinientos pesos en la cartera, Maqueda caminaba por la ciudad. Toda su manía persecutoria se había agigantado con el tesoro que llevaba en el bolsillo. Se estremecía de todas las miradas, evitaba torpemente todos los roces.

• • •

El lunes a la mañana se despertó Maqueda más temprano. Recordó su comisión y dobló las piernas flacas en el borde de la cama. Mientras se ponía las medias pensaba en mister Long. ¿Qué grande, qué bueno, qué venerable era este hombre! Se calzó los botines. No había duda de que su persona debía inspirar mucha confianza para que mister Long lo hiciera depositario de tal suma. Comenzó a ponerse los pantalones y de pronto se detuvo en un gesto mecánico. Palpó los bolsillos, livido, amoratado y gritó enloquecido: "¡Eh! ¡Eh!..."

La cartera no estaba en su bolsillo. De un salto dejó la cama y buscó atontado por el suelo, en los cajones, en su ropa. Rendido por la fatiga, se tiró al piso, revolviéndose con las manos crispadas, cogidas de los pantalones. Sentía el golpe feroz, horrible, del corazón. Por un momento quedó quietecito, clavada la mirada en un punto infinito. Después volvió a romper el silencio con un grito angustioso, horrible. No podía respirar. Se levantó del suelo y se tiró en la cama. Trató de recordar todo lo que había hecho desde que salió de la oficina. Había tomado por San Martín... En Cangallo, una mujer de pechos enormes lo había arrojado de la acera... Se revolvía en la cama. ¿Qué diría mister Long? Tenía un antecedente y nadie quería creerle. Sintió el estómago molesto y corrió al lavabo, conteniendo las arcadas, y al verse en el espejo se dejó caer al suelo para ocultarse. Allí quedó como estúpido. Miró el techo sucio, con vigas enjalbegadas de cal y su mirada siguió el hilo de la luz eléctrica. Ascendía por la pared, se quebraba en el techo, corría por la viga central y después bajaba verticalmente. La bombilla eléctrica fascinó a Maqueda, y de pronto una asociación terrible, un símil horroroso, una semejanza monstruosa, irrumpió en su sensibilidad destrozada. Allí estaba la bombilla eléctrica, la bombilla que colgaba de un cordón, la bombilla que se ahorcaba en dos metros de cordón; y la quietud, la inmovilidad de la bombilla estrangulada...

Se levantó Maqueda y trabajó briosamente. Cuando todo estuvo listo cerró los ojos, derribó con los pies la silla y quedó colgando del techo. Sintió un dolor intenso y una angustia terrible. En un segundo valoró su determinación. Y cuando todo era ya irremediable, Maqueda, gesticulante en el aire, recordó bien claro que la cartera con el dinero de mister Long estaba bajo el colchón, donde la había ocultado, temeroso de los ladrones.

Cuando murió, quedó quietecito, inmóvil, como la bombilla eléctrica.

LA BOMBILLA ELECTRICA



E. ANDERSON IMBERT

ILUSTRACION DE ERNESTO M. SCOTTI



El 5 de julio de 1830 penetra-
ban en Argel
las tropas fran-
cesas a las ór-
denes del conde
de Bourmont.

El desembarco se realizó el 14 de junio en la próxima península de Sidi Ferruch. Desde hacía más de cuatro siglos la insolente e irresponsable piratería de la gentes berberiscas venía representando la imposibilidad de la navegación pacífica por el Mediterráneo. Apenas es creíble que una empresa de tan escasa monta, como era después de todo la conquista de un puerto abierto, constituyera para Europa dificultad invencible. Se suponía que tras de Argel, habría de caer sobre las fuerzas desembarcadas toda el África incógnita y tenebrosa. Pesaba en los gobiernos el recuerdo del gran fracaso de los españoles en el siglo XVI, siempre superados por la fuerza incoercible de la borrasca, ese trágico vendaval de Levante que hacía imposible a las naves de vela permanecer frente a las costas de Berbería. La misma expedición francesa de 1830 estuvo muy a punto de fracasar por ese motivo, y un momento creyeron sus jefes que les estaba reservado el mismo fatal resultado que a Carlos V en 1541.

Desde las alturas de Mustafá contempló el Argel moderno, la población reclinada en la colina verdeante, el puerto activo, el arco más amplio de la rada espléndida; y recuerdo los siglos de esfuerzo denodado, en que tan honrosa parte cabe a España, durante los cuales la civilización intentó oponerse a la barbarie. Este paisaje fue contemplado por Cervantes, que padeció angustias exquisitas, en cinco años de cautividad. El tiempo anda para atrás, y los hechos se desdibujan en una perspectiva de emoción y de melancolía.

En 1517 el cardenal Cisneros despachó una armada con más de diez mil hombres, a las órdenes de Francisco de Vera, para impedir que Barbarroja, el gran pirata, se afirmara en Argel, y para restablecer en aquel trono al hijo de Selim Eutemi, bajo la protección de España. Mas oíganos al excelente cronista Haedo: "Llegado que fué a la playa de Argel, le acaeció lo mismo que después sucedió a Carlos V, emperador de gloriosa memoria; porque levantándose una gran fortuna, dió casi toda la armada al través, y mucha parte de los navios y gente se anegaron; y parte que escapó a nado, Barbarroja y sus turcos, saliendo de la ciudad, los mataron o cautivaron".

Poco después (1519) aconteció otro desastre semejante: "Habiendo partido de Nápoles y Sicilia D. Hugo Moncada — caballero de San Juan, y hombre que en las guerras de Italia, en tiempo del Gran Capitán, y después se había habido valerosamente — con una armada de más de treinta naves, ocho galeras y algunos bergantines, en que llevaba más de cinco mil hombres y muchos

soldados, viejos, españoles, llegados a Argel, con un temporal que se levantó de súbito, dieron las más de las naves y navios al través; y corriendo allí muchos alarbes y moros de la campaña, y Barbarroja con sus turcos de Argel, hicieron una muy grande matanza de cristianos y cautivaron mucha gente, y apenas D. Hugo con alguna gente y navios se salvó".

Aunque la desdicha máxima estaba reservada al gran Carlos V, "cuando con una terrible y jamás vista tempestad se

Africa europea

En el centenario de Argelia

Por
**Américo
Castro**

(Para LA NACION)
MADRID, mayo de 1930

ventajas para nuestros compatriotas.

En 1816, con todo el brío de su ya fortísima marina, Gran Bretaña intentó resolver definitivamente la interminable cuestión. Lord Exmouth penetró en la rada y entabló furio-

Más tarde, en 1668, el mariscal D'Estrées volvió a cañonear la ciudad, y otros cuarenta y tres franceses perecieron amarrados a las bocas de los cañones turcos. Hubo convenios y arreglos hasta que en 1802, Napoleón pensó en la necesidad de acabar con la famosa Regencia de los deys. En 1808 fué reconocida la costa, y el comandante Boutin señaló la península de Sidi Ferruch como el lugar más apto para un desembarco. Las complicaciones europeas hicieron abandonar el proyecto.

dos con el cónsul francés, Pierre Deval, eran cada vez más agrios. Por fin, el 29 de abril de 1827, durante una audiencia concedida al cónsul, el Dey, exasperado, golpeó a Deval con el mango de su quitamoscas.

Francia demandó satisfacciones, que no le fueron presentadas. El príncipe de Polignac, ministro del rey Carlos X, decidió bloquear la regencia de Argel y preparar una fuerte expedición para adueñarse de la inexpugnable ciudad. La flota reunida era considerable para aquella época: unas seiscientas embarcaciones entre buques de guerra y naves de transporte (algunas embarcaciones eran de vapor).

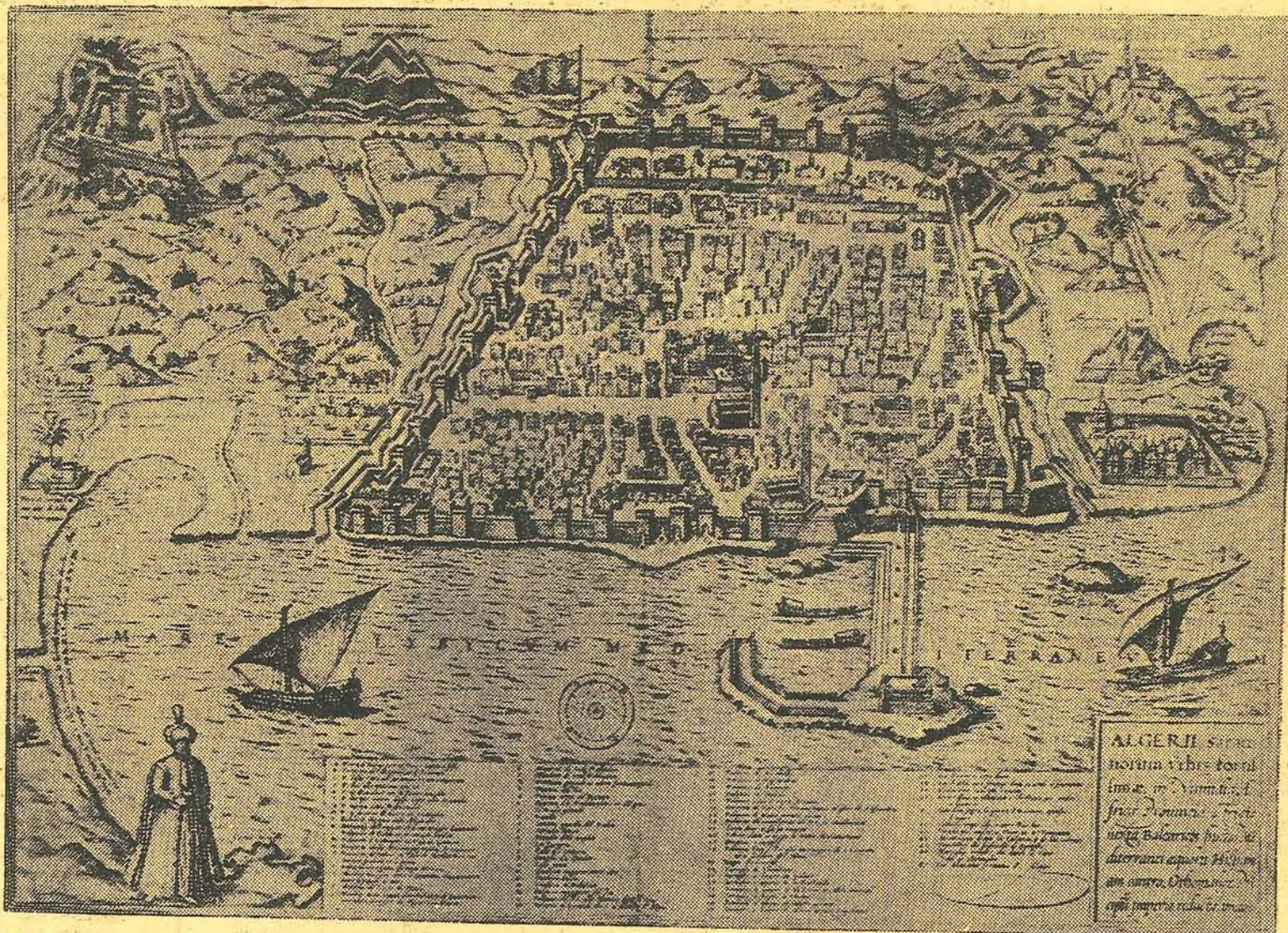
Según Chateaubriand, "Francia se había despertado al son del clarín". La

sazón era romántica a no poder más. Hubo oficiales que ofrecieron renunciar a sus galones para formar parte de la expedición e incluso hacer la campaña a sus expensas. Entre la juventud exaltada del Café de Chartres y del bulevar de Gante, la empresa aparecía nimbada de prestigios. La guerra se brindaba como poesía y aventura: Argel, la invicta; lejanía misteriosa de unas tierras mal conocidas, ilusión de los palacios y de los harenes.

Argel fué tomado sin excesivas dificultades. El enemigo, torpe e ignorante, no había fortificado el punto por donde desembarcaron los europeos. Una vez en tierra el ejército, y manteniendo sus comunicaciones con la flota, era seguro

que los 37.000 soldados expedicionarios tenían que apoderarse de la famosa ciudad, mal fortificada y mal defendida, como era natural, dado el atraso de los turcos. Sin ciertos errores de los atacantes, la victoria hubiese sido todavía más rápida. Lo esencial era, sin embargo, que los bárbaros estaban vencidos y que el ejército penetró victorioso por la Puerta Nueva, veinte días después de haber pisado la tierra africana. El tesoro de la Alcazaba, en oro y en joyas, fué valorado en cuarenta y ocho millones de francos, cantidad superior a los gastos de la expedición. Ese día puso Francia la primera piedra de su imperio co-

(Continúa en la pág. 33)



Argel en el siglo XVI. (De la colección de estampas de la Biblioteca Nacional de Madrid)

so duelo de artillería con trescientos cañones de la plaza. Perdió 800 hombres y sacó sus navios bastante averiados. Los turcos recibieron 34.000 proyectiles, la flota de los piratas quedó aplastada y parte de la ciudad convertida en una hoguera. No obstante, este severo castigo lo mismo que otro violento bombardeo inglés en 1824, no sirvieron de gran cosa, y la barbarie argelina siguió imponiendo su ley al Mediterráneo.

Francia, a su vez, venía luchando por reducir la ferocidad berberisca, y conoció reveses parecidos a los de los demás europeos. En 1661, el duque de Beaufort, con sesenta navios y siete mil hombres, hizo un desembarco y hubo de retirarse con fuertes pérdidas. En 1683, Duquesne ensayó frente a Argel el nuevo invento de unas galeotas provistas de morteros lanzabombas. La población, aterrada, obligó al Dey a pedir la paz. Mas he aquí que durante las negociaciones, el arraez Mezzo-Morto sublevó la milicia, asesinó al Dey y envió a decir a Duquesne que si el bombardeo se reanudaba pondría a los franceses residentes en Argel en las bocas de los cañones. Así pereció el P. Le Vacher con veinte de sus compatriotas. Duquesne agotó sus proyectiles y se marchó sin conseguir nada.

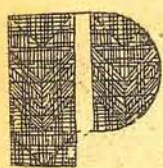
Y llegamos por fin a la intervención francesa en 1830. Su causa remota fueron los incidentes promovidos con ocasión de ciertos suministros de granos hechos a Francia durante la revolución por los judíos Bakri y Busnach, quienes a su vez eran deudores de la Regencia. Esos créditos habían sido heredados por el dey Husein, que aspiraba a hacerlos efectivos para nivelar su desordenado presupuesto. Las complicaciones de la burocracia prolongaron años y años este enredado asunto, que Husein, nombrado dey en 1818, aspiraba a resolver como si se tratase de cosa propia, prescindiendo de los trámites marcados por los tribunales de justicia en Francia. Los alterca-

TENGO NEURALGIA EN LA CARA
Y EL DOLOR ME VUELVE LOCA.

MUCHA GENTE USA EL LINIMENTO DE SLOAN PARA QUITAR LA NEURALGIA; CALMA ENSEGUIDA EL DOLOR.

NEURALGIA?

Linimento de Sloan
MATA DOLORES



PENSESE lo que se piense, como obra de arte, de la novela "Claudia Particella, l'Amante del Cardinale", traducida hace poco al inglés con el título de "The Cardinal's Mistress", hay que reconocer su valor como dato biográfico del autor, que es nada menos que Benito Mussolini. Dato, pues, nada despreciable en este momento de la cultura occidental en que uno de los géneros literarios más en boga es la biografía, o sea el retorno al culto de la personalidad individual, sin duda como reacción a aquel apogeo de la masa anónima que culminó simbólicamente en el único héroe de la catastrófica guerra de los cuatro años: el Soldado Desconocido. Por grandes que sean nuestras discrepancias del político Mussolini, y son enormes, sería pueril desconocer la existencia objetiva de su personalidad histórica y, por tanto, la importancia de reunir todos los elementos intelectuales que pueden ayudarnos a comprenderla.

Como en toda fuerte personalidad, en Mussolini se da una mezcla de temperamentos contradictorios. Siendo mozo, vacila un instante entre lanzarse a la vida como hombre de acción o tomarla como representación artística o filosófica. En su conciencia, el hombre teórico lucha con el práctico, el pensador con el político, el imaginativo con el demagogo. Los temperamentos "puros" rara vez suelen serlo sino a costa de su extrema limitación. Los más heterogéneos o ricos propenden a adueñarse de la totalidad de la vida, de la reflexión y la realización, de la imagen y de la historia. Lo hemos visto, sobre todo, en estos últimos años, en un músico como Paderewsky y en un escritor como D'Annunzio, arrastrados a la acción por la guerra y por la agitación política posterior de Polonia e Italia. Massaryk, Lenin y Trotzky cabalgan, sobre un rimero de libros, de la teoría a la gobernación del Estado. En los periodos más fecundos de la historia, la acción y la ideación, la guerra y el arte, la política y la filosofía han ido siempre muy cerca; los ejemplos clásicos podrían multiplicarse hasta el infinito. Las épocas más grises y lánguidas se caracterizan, en cambio, por un divorcio de las distintas actividades, por la especialización técnica, útil para el buen orden de las cosas, pero estéril para las grandes creaciones. Hay que alarmarse por la fertilidad de una era histórica en que los hombres de acción desdén a los intelectuales y los intelectuales a los hombres de acción; en que unos y otros alardean de "su pureza", es decir, de su condición de hombres fragmentarios.

La política europea del último medio siglo estuvo dominada por abogados, por legisladores, por mentalidades formadas en los códigos y en la tribuna forense, y ya se sabe que la profesión de la jurisprudencia, por el hábito de querer encerrar la vida en fórmulas jurídicas inviolables, es una de las menos imaginativas y creadoras. No es extraño que el arte de legislar y de gobernar hubiera caído tan bajo, en la más honda vulgaridad. Los temperamentos más personales y renovadores vivían excluidos de la política o sólo admitidos en ella como caracteres extravagantes, perturbadores y estériles. El rasgo más recomendable en un político para elevarse a las funciones de legislador y gobernante, era la impersonalidad, la mediocridad. El descrédito que sufrió el régimen parlamentario fué obra, más que del sistema, de los hombres oscuros que representaban el promedio. Fué necesario que la guerra y las revoluciones subsiguientes abrie-

sen las puertas del Estado a las personalidades postergadas y enciclopédicas, mezcla fecunda de pensadores, artistas y hombres de acción, que aspiran a regir la vida como totalidad. La política deja de ser por un momento un árido oficio de juriscónsultos y se transforma en creación de obra de arte, que podrá gustarnos o no tal como se realiza en la Europa más convulsa del Norte, del Centro y del Sur, y que en alguna parte, como en la España de la dictadura militar, nos parecerá a muchos una mala caricatura; pero que nos apasiona a todos con su vitalidad.

Mussolini pertenece a este grupo de hombres del destino que surgen de la guerra y la revolución europeas. Todavía no se ha hecho, que yo sepa, un estudio objetivo de este hombre extraño, ni tal vez sea posible hacerlo hasta que su figura desaparezca del escenario político y se sitúe en la perspectiva histórica, limpia del vaho apologético o vejatorio de sus contemporáneos. Quien más, quien menos, todos estamos dominados por una fuerte simpatía o antipatía hacia este hombre, incapaces de juzgarle serenamente. Y tal vez aquellos a quienes no nos es simpático estemos más incapacitados que los otros.

Sin embargo, hay en los trabajos escritos de su juventud una corriente ideológica que acaso explica algunas facetas de su doctrina política posterior, rectificando con ello la opinión general de que su obra de gobernante, desde el Estado fascista, contradice completa y radicalmente su pensamiento de antiguo socialista. Bien pudiera suceder que Mussolini no hubiera sido socialista nunca, en el sentido riguroso y consciente de este concepto. Muchas veces las circunstancias y el atolondramiento propio de la mocedad arrastran a los hombres a adherirse a credos políticos o filosóficos, generalmente de tipo extremista, de los cuales desertan luego en la madurez. Pero, con frecuencia, estas mutaciones, más que cambios de opinión, correspondientes al curso de las edades, como creen algunos biólogos simplificados, son rectificaciones de una falsa posición mental o psicológica.

Lo natural es que cada uno sea siempre fiel a sí mismo, con una unidad de la conciencia que rara vez se rompe, y si hay defecciones y apostasías, la mayor parte son más aparentes que reales. Las crisis profundas, sobre todo en un ideario político, suelen ser muy raras. Quien deja de pensar una cosa para pensar la opuesta es que en realidad no pensó seriamente en ella nunca. Puede modificarse un pensamiento, como se modifica todo ser vivo, orgánicamente; pero sólo un deficiente mental puede reemplazarlo por otro contrario, de la noche a la mañana, como quien cambia de

camisa: de piel no se muda tan ligeramente, y una idea es un trozo del tejido impalpable, pero imprescindible, de nuestra conciencia.

En la obra juvenil de Mussolini, las dos notas dominantes

y hoy estaría explicando tranquilamente desde una cátedra la filosofía del dominio de su maestro Nietzsche, en vez de practicarla desde el Estado fascista!

Como novelista, el éxito le fué menos cruel que como filósofo. En 1909 le encontramos en Trento, como secretario de una organización socialista y redactor de su diario "Il Popolo", que dirige Cesare Battisti, y de la revista semanal "La Vita Trentina". En este semanario se publicó por primera vez un folletín titulado "Claudia Particella, l'Amante del Cardinale: Grande Romanzo dei Tempi del Cardinale Emanuel Madruzzo". El trágico relato de los amores del cardenal y su amante emocionó hasta el escalofrío a los jóvenes lectores y lectoras—empleados, costureras, dependientes de comercio, artesanos—de "La Vita Trentina". Sin embargo, la novela quedó enterrada en la colección del semanario, hasta que una admiradora del autor le obsequió, siendo ya "duce", con uno de los raros ejemplares de aquella colección. Otro ejemplar cayó en manos de un editor inglés y lo publicó en su lengua, previa autorización, claro está, de Benito Mussolini, que por lo visto no se avergüenza de esta obra de su juventud, tan distinta por su estilo de la prosa escueta y metálica de sus escritos y discursos actuales. Lo que prueba que, a pesar del cambio de forma, el autor ha reconocido en su novela algo personal y permanente, sobreviviendo a la ac-

ción del tiempo y a las prodigiosas mutaciones de su destino.

Este elemento personal da a la novela un valor que trasciende de la simple curiosidad literaria, pues arroja mucha luz sobre un ángulo psicológico de Mussolini, el de hace veinte años y acaso también el de ahora, ya que no ha querido repudiarla negándose a su reedición en inglés y pronto en español. "La amante del cardenal" es una acerba sátira contra la corrupción del clero de hace tres siglos. La fábula es un pretexto para poner de relieve las licenciosas costumbres eclesiásticas—a veces lindantes con los crímenes más repulsivos—del clero de aquella época. Esta actitud del fundador del fascismo frente a la Iglesia católica es uno de los datos más importantes que habrán de tener en cuenta los futuros biógrafos de Mussolini.

No se crea, sin embargo, que lo que podríamos llamar su anticlericalismo es puramente de orden moral. En él se complica esa actitud con un sentimiento nacionalista que ya aparece, más claramente que en la novela, en otra obra suya titulada "Juan Huss", una biografía apologética del famoso hereje bohemio de comienzos del siglo XV y precursor de Lutero, cuya traducción, publicada también en inglés, no ha sido au-

torizada al castellano, tal vez por imaginarse el autor que la ortodoxia española sufriría una decepción demasiado fuerte con sus opiniones acerca del catolicismo. En el prólogo a ese libro hallamos estas curiosas palabras de Mussolini: "Al preparar este pequeño volumen para la imprenta, abrigó la esperanza de que en la mente de sus lectores despertaría el odio por cualquier forma de tiranía espiritual o temporal, sea teocrática, sea jacobina."

Por aversión a la tiranía teocrática del siglo XV, Mussolini ensalza la figura de Huss, cuya herejía contra la concupiscencia del clero suscita un doble movimiento social en el centro de Europa: de una parte, una reacción nacionalista frente al imperio universal de la Iglesia; de otra, un sentimiento revolucionario, de tipo comunista, en los campesinos, al adoptar la teoría de otro hereje, el inglés Wyclif, de que el derecho de la propiedad—como todos los derechos humanos—no emana del Papa, como quería la Iglesia, sino directamente de Dios. Teoría también de la Reforma posterior que, de un lado, fomenta la independencia de las nacionalidades en los países protestantes o muy influidos por el protestantismo, y, de otro, sirve de fermento a las insurrecciones agrarias de los siglos XIV y XV. De la heterodoxia de Huss nacen varias sectas, alguna de las cuales, como los Adanitas, proclama la abolición del matrimonio y el comunismo de las mujeres.

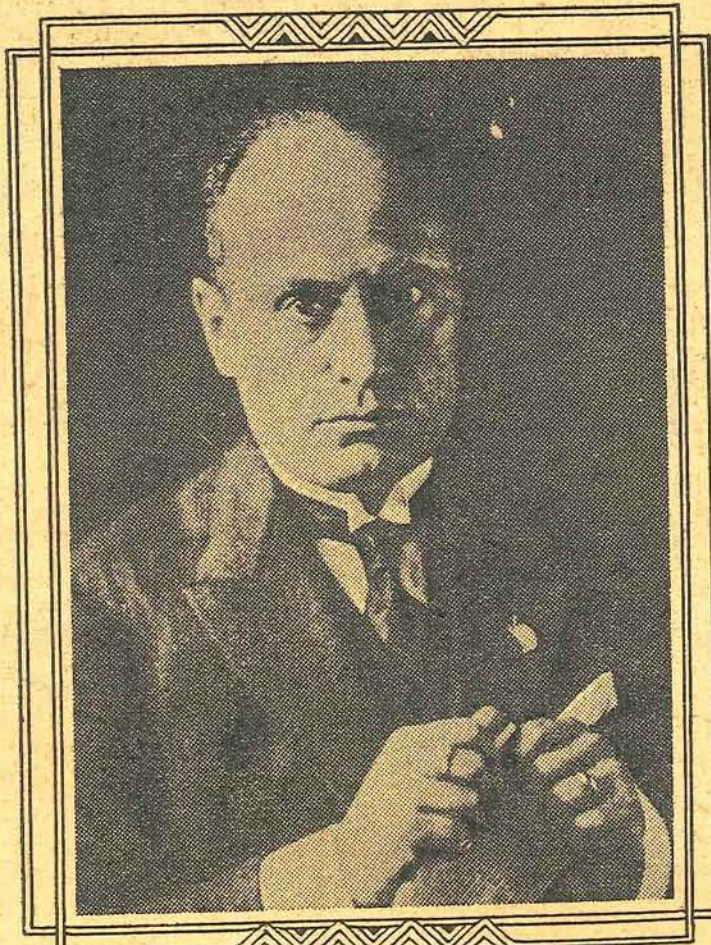
Por debajo del panegírico de la herejía de Huss, como fermento del nacionalismo checo frente al imperialismo católico, se adivina, de rechazo, la amargura del Mussolini de hace veinte años al ver que la constitución de la nacionalidad italiana se había retrasado por obra de la dispersión universalista de la Roma papal. Y al devolver al Vaticano, desde el Estado fascista, su categoría de Estado histórico, reduciendo, por lo tanto, su irradiación de poder espiritual cautivo, ¿no quiso tal vez Mussolini, en su conciencia nietzscheana y maquiavélica, más que engrandecer la Iglesia, debilitar su organización ecuménica para fortalecer el nuevo nacionalismo de Italia? Esta idea está esbozada en su "Juan Huss".

"La intención de Huss—escribe Mussolini—es limitar la pretendida universalidad del Papado... Demostrar que no existe esta universalidad es dar un paso hacia la disminución del poder y la influencia moral del Papado... El abandono de esta antigua concepción internacional de la Iglesia romana es una consecuencia del renacimiento del nacionalismo... En adelante el imperio católico será una ficción... Es necesario limitar el Papado—por lo menos en el espacio—para disminuir la personalidad espiritual del Papa. Este último no es el vicario de Dios, sino un rey temporal, con la codicia de los reyes temporales." ¿No parece, pues, evidente que al restaurar la condición de rey temporal del Papa, el "duce" ha querido reducir su personalidad espiritual para acrecer de ese modo la potencia histórica de Italia?

Este problema, poco estudiado aún, de las relaciones entre la formación de las nacionalidades europeas y el grado de su dependencia con la Iglesia romana, es lo que presta un valor especial al estudio de Juan Huss por Mussolini y acaso lo que explica la actitud del Estado fascista frente al Vaticano. Probablemente este libro y los otros de su juventud no inmortalizarán a Mussolini como pensador ni como artista; pero son datos inapreciables para su biografía espiritual, que tal vez no sea tan contradictoria como a primera vista parece.

MUSSOLINI

ENSAYISTA Y NOVELISTA



MUSSOLINI

todo, con Nietzsche, cuya teoría del "Machtswille", de la voluntad de dominio, ha de ejercer sobre él una influencia duradera. La "marcha sobre Roma" está ya en ese primer contacto con el creador del Superhombre. Por entonces escribe su ensayo sobre "La filosofía de la fuerza, entre nietzscheano y soreliano, que por una ironía del destino se publica en un periódico dirigido por Arturo Labriola, más tarde, en pleno fascismo, uno de sus enemigos más irreductibles.

Sus ambiciones de pensador no se detienen ahí. Al decir de su biógrafa Margherita Sarfatti, Mussolini llegó a escribir toda una historia de la filosofía con un criterio estrictamente nietzscheano; pero también cuenta—¿leyenda o realidad?—que una mujer celosa y probablemente analfabeta, como sospechara de la fidelidad de Mussolini y buscara pruebas entre sus papeles, entregó al fuego el imponente mamotreto filosófico, por si era el cuerpo del delito amoroso-epistolario; ¿Quién sabe si no por esta ma-

LUIS ARAQUISTAIN

(Para LA NACION) MADRID, mayo de 1930.

la partida de una mujer ignorante y poseesa del "mayor monstruo", Mussolini no hubiera llegado a ser con el tiempo profesor de alguna universidad

apologética del famoso hereje bohemio de comienzos del siglo XV y precursor de Lutero, cuya traducción, publicada también en inglés, no ha sido au-

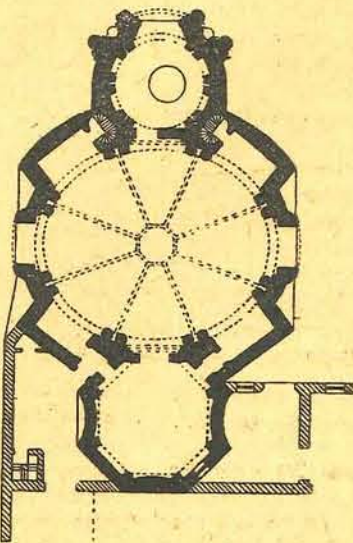
EL ARTE D E AMERICA LA CAPILLA MILAGROSA DEL POCITO

Por CARLOS
F. ANCELL

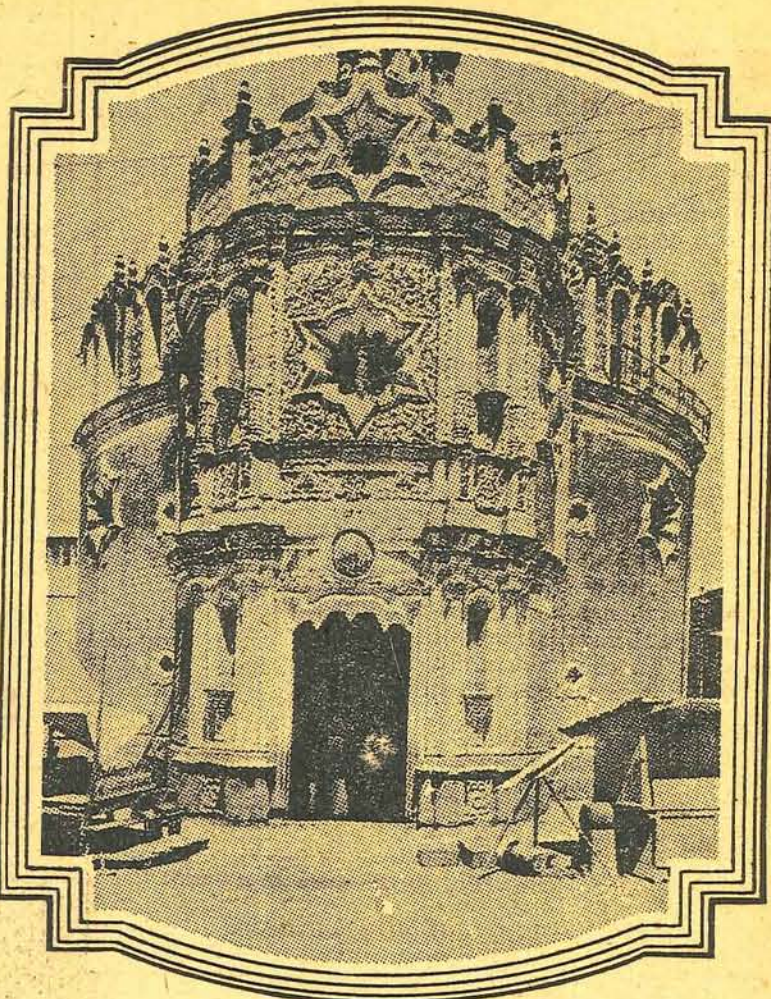
rece por ello de coordinación y de vigorosa individualidad. No existe capilla alguna semejante en Méjico, ni tampoco una "doble capilla" que se le parezca. Pero ello no obsta a que el examen detenido de sus elementos nos lleve a establecer la filiación de los mismos, descartada toda similitud y aceptada a la vez la naturaleza personal e inconfundible de la composición.

La portada principal es de piedra finamente tallada, con sus jambas rectas y un dintel de sinuoso dibujo coronado por ornamentos platerescos. A los lados de aquélla se disponen columnas apareadas de orden corintio, con capiteles modificados y un cornisamento cortado y ligero. Esas columnas apareadas se repiten en el tramo superior, dando cabida entre ellas a cuatro nichos superpuestos de muy original diseño. Coronando la puerta, se exhibe una rosa estrellada que destaca la blancura mate de su modénatura sobre un fondo obscuro, con lo cual esa estrella adquiere contornos nítidos y atrayentes. Todo el paramento se halla revestido por una verdadera filigrana de ornamentos florales y de pequeños ángeles. Las columnas, adosadas al tercio, tienen estrías que las aligeran y que integran la serie de elementos lineales que asignan al conjunto un ponderable equilibrio. Los basamentos de los nichos y su coronamiento, como también las fajas ornamentales circundantes, acusan valentía y seguridad en el arquitecto, al punto de que la decoración, con ser en realidad muy rica, no peca por excesiva ni menos por desordenada. Quizá la forma curvada de la planta contribuye a dar mayor interés y originalidad a la composición. Las proporciones, en general, son académicas e inobjetables.

La cúpula de la capilla elíptica, muy elevada y airosa, se une sin violencia a la posterior y a la del frente. Los altos parapetos perimetrales, los pináculos y remates de estudiada silueta, la serie de ventanas y de estrellas, las molduras superiores quebradas y armónicas y el efecto singular y bello de los azulejos blanquiazulados que revisten la



Planta de la capilla del Pocito



Portada central de la capilla del Pocito

parte externa, constituyen el complemento de una obra tan singularmente original, llamada, con justicia, la "joya del arte mejicano".

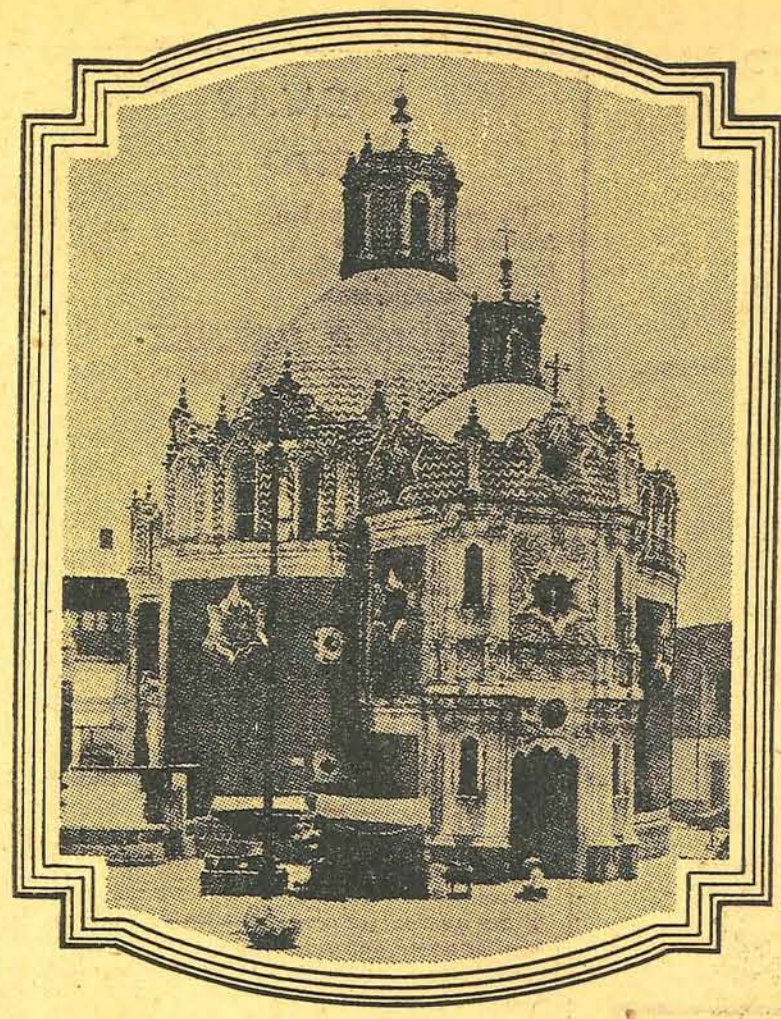
Frente a la entrada principal se halla la escalinata que conduce a la cima de la colina de Tepeyac, cuyas gradas están desgastadas por el paso de millones de indios que efectúan la ascensión arrodillados. Sigue dicha escalinata un curso sinuoso e irregular, flanqueando la considerable elevación del cerro. En lo alto es dado contemplar un curioso velamen de grandes dimensiones, fabricado de mampostería, cuya construcción se atribuye a unos marinos cantábricos que debieron su salvación, en difícil trance de naufragio, al socorro de la Virgen de Guadalupe, cuyo nombre invocaron. El panorama circundante es digno de admiración, como que se divisa el amplio

Remate de la capilla del Pocito

valle de Méjico contorneado por las cumbres de la sierra de Guadalupe y exhibiendo la faja azul de los lagos y, a la distancia, las torres innumerables de la ciudad que se destacan en el fondo profundo del cielo. El panteón de Tepeyac se halla también en la cima y en él yacen los restos del dictador Santa Ana. La tradición ha dado universal renombre al cerro de Tepeyac, por haberse allí aparecido la Virgen, dando origen a la devoción de Nuestra Señora de Guadalupe. Y en un manantial de aguas minerales existente en la ladera se construyó la capilla motivo de nuestro estudio, la cual se halla próxima a la basílica de su mismo nombre.

Digno de considerarse es el juicio que atribuye la arquitectura de este pequeño templo a la fusión de elementos asimilados por el pueblo mejicano durante tres siglos de dominación hispánica con los que provenían de las culturas autóctonas mayas, toltecas, aztecas y zapotecas. En dicha obra—a entender de un crítico

(Continúa en la pág. 32)



La capilla cupular del Pocito

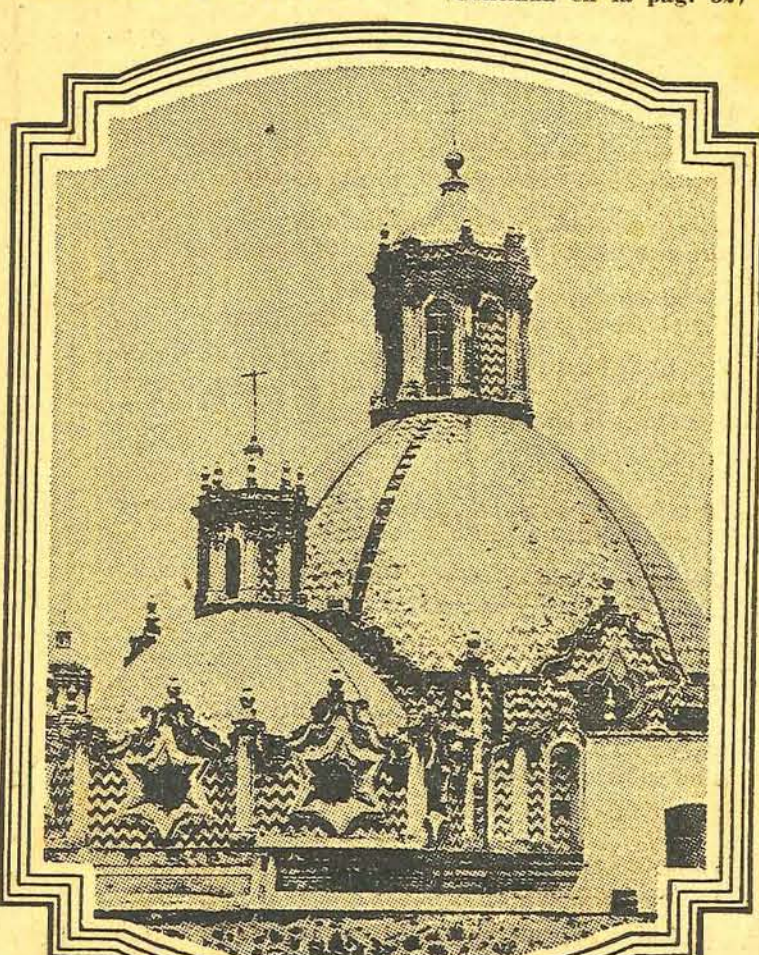
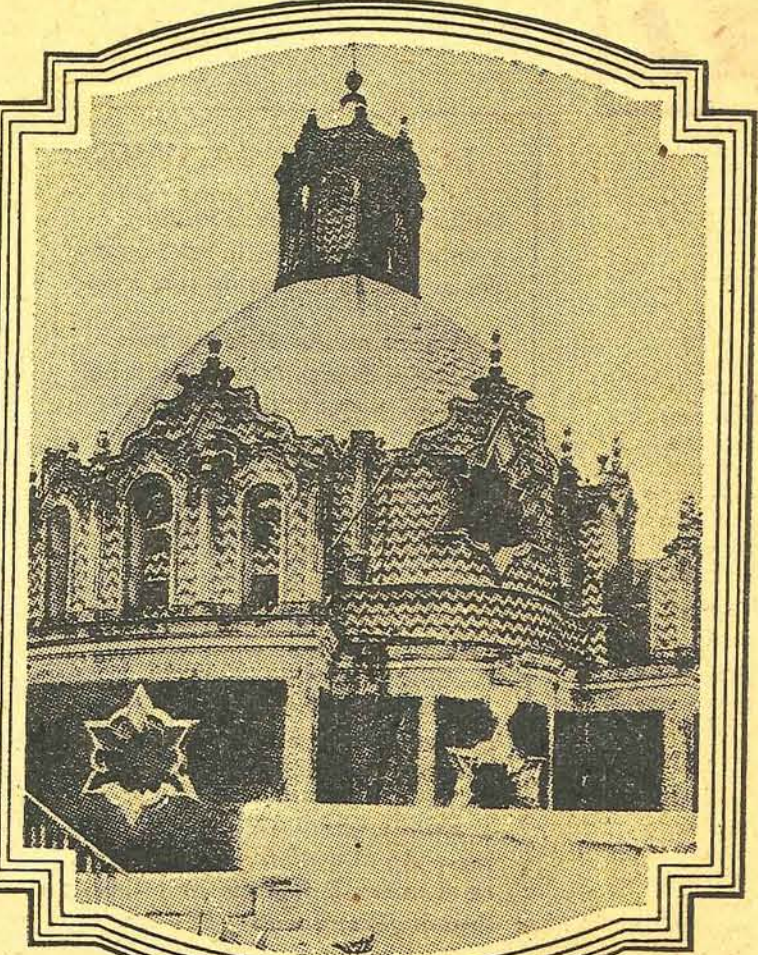
profusa y da singular realce a las puertas y vanos, permitiendo que sobre el fondo obscuro y rojizo del tezontle surjan las piedras labradas de jambas y dinteles con inconfundible relieve. Varias ventanas en forma de estrella ponen una nota característica en el conjunto. Las tres cúpulas revestidas de azulejos y los remates elegantes de los cimborios acreditan una mano diestra en la coordinación de elementos arquitectónicos, al par que un concepto acertado en la disposición de tonalidades y en la combinación de luces y sombras.

Famosa en especial por la falta de antecedentes que vinculen esta obra con otras anteriores de naturaleza semejante, la capilla del Pocito merece una denominación particularísima, ya que aun cuando posee detalles subordinados a tendencias variadas, no ca-

Cúpula central decorada con mosaicos blancos y azules

A capilla mejicana del Pocito, construida en Guadalupe Hidalgo, por el arquitecto Francisco Guerrero Torres es,

sin ningún género de dudas, una verdadera joya del arte americano. Fué alzada en el año 1791 y su estilo corresponde, en lo fundamental, al churriguera, con cierta influencia oriental e italiana, aun cuando existe en ella un sello típicamente regional e inconfundible. La planta es original y consta de un recinto elíptico o capilla principal, y otro circular, más pequeño, que es la verdadera capilla del Pocito, en el cual se halla la fuente legendaria a cuyas aguas se atribuyen virtudes milagrosas. En dicha planta se hallan acusados con acierto los elementos que integran el pequeño templo, entre los que se destacan los cuatro altares consagrados a otras tantas "apariciones" de la Virgen de Guadalupe y la capillita anexa. En general, la ornamentación exterior es muy



PALABRAS DE SOSIEGO

Te alcancé mi verso trémulo
para que tu corazón oyera
bondad en el recuerdo.

Fui temblorosa cercanía
y naciente soledad
en todas mis palabras.

Las manos de la pena nueva
pusieron tu nombre en cada rezo.

Y callaron las horas su promesa,
promesa de amor que incendiaba a los silencios.

Mi esperanza — ya del todo serena
recordó cada latido de su doliente espera.
¡Y doblé tu nombre sobre el corazón cansado!

PARA UNA NOCHE

Sobre la noche empobrecida
por tanta mirada mala
se alzaron nuestros ojos.
enaltecidos — pero sin decirse nada.

Adentro — en el corazón —
la esperanza añora
otra esperanza muerta.

Y somos dos más con rumbo claro
hacia la noche abierta
y rumorosa de voces.

Somos también dos emociones
en clara exaltación de miedo.

NORAH LANGE.

POEMA PARA LA TUMBA
DE MI PRIMO, BOXEADOR

Como en el ring alzaron tu brazo tantas veces,
alzo ahora el recuerdo.

Guardo bien estampado en mi pena
tu perfil profesional,
y tus bíceps potentes,
y en mi admiración — que es ahora angustia —
tu valor de muchacho poeta
de los puñetazos.

Como en el ring alzaron tu brazo tantas veces,
alzo ahora el recuerdo.

Quisiera haber estado junto a tu cama en este
último match de fondo.

Yo sé que se te habría triplicado el coraje
si, como en tus hermosas peleas inocentes,
mi palabra azuzante te hubiera acariciado,
y mi derecha hubiera sido apretado nudo
con tu derecha que se hacía hielo.

Ahora alzo el recuerdo,
como en el ring alzaron tu brazo tantas veces.

Y Dios querrá que un día volvamos a encontrarnos.
—¿En qué vida? ¿En qué mundo?—
Y entonces cerraremos el paréntesis fuerte
de este abrazo que ahora se nos quedara abierto.

ARISTOBULO ECHEGARAY.

SERENATA

Aquí te quiero guitarra
trasnochadora y desnuda,
revuelta la cabellera
y afinada la cintura.

Vengan a saber de amores
los ángeles radioescuchas,
mientras duermen las veletas
y los gallos echan pluma;
que por el mar y morena,
morena, salgo de punta
para cantar en gargantas
brotadas de tus espumas.

Bien sabes, enamorada,
lo que mis ojos madrugan,
sin otros despertadores
ni luces que tu hermosura.
Allá se rompan valientes
espadas en islas duras;

sal que las penas ablanda
por estas venas murmura.

Cuando tus pechos nacían
era el tiempo de la fruta.

Fuentes y cañas sonaban
entonces con más dulzura.

Temblando en el aire, niña,
manos y labios te buscan,
y hacia mi pena caliente
regresas muerta de angustia,
como los pájaros nuevos
en verano y a la lluvia.

Ya la palabra me cortas,
ya los sentidos me nublas
y en mi sangre te desatas,
mentira, verdad segura,
música sin argumento
de flores y de bandurrias.

AMADO VILLAR.

RELOJ DE SOMBRA

Yo estaba junto al Río de la Vida.
Peces-pájaros cantaban en el agua.

(Supe que estaba junto al Río de la Vida
porque mi sombra yacía a mis pies entre el sol y la tierra,
y más allá la sombra de mi sombra).

Dije:

Tu ausencia es una flor madrugada de rocío.
Hay un ángel que espera tu regalo de cielo.

Pero tu ausencia es cosa demasiado liviana
para mis manos fuertes que levantaban sol.

Yo estaba junto al Río del Sueño.
Mis párpados pesaban en los ojos sin llanto.

(Supe que estaba junto al Río del Sueño
porque mi sombra se replegaba en mi cuerpo
y también la sombra de mi sombra).

Dije:

Tu recuerdo es una voz apenas oída.
Voy a edificar un sueño en tu recuerdo.

Mas tu recuerdo es cosa demasiado pesada
para mis manos largas afiladas de alcohol.

Yo estaba junto al Río de la Muerte.
Lotos florecían en la ribera.

(Supe que estaba junto al Río de la Muerte
porque mi sombra era todo mi cuerpo
y no había distancias entre el sol y la tierra).

Dije:

Tu olvido es una muerte demasiado lejana.
Voy a forjar mi muerte con tu olvido.

¡Qué bien se acomodaban tu corazón y el mío
en un hueco olvidado de la muerte!

ALBERTO FRANCO.

LOS POETAS
JOVENESROMANCE
DE LAS ARAÑAS
Y LOS ANGELES

Hijo mío, no pongas
esos ojos de susto:
son pocas las arañas
y los ángeles muchos.
Las arañas del cuento
que tu espanto produjo
solamente eran malas
si se hacían un nudo
y se quedaban quietas
en su rincón obscuro;
pero cuando salían
a recorrer el mundo
o movían sus largos
tentáculos peludos,
el sol se los volvía
delicados y rubios
y parecían joyas
a lo largo del muro...

Hijo mío, no pongas
esos ojos de susto...

Los ángeles llegaban
desde diversos rumbos.
Se quedaban los ángeles
como meditando.
Ante ellos las arañas

seguían con apuro
fabricando sus telas
en telares minúsculos;
y como estaban todos
los ángeles desnudos,
diez arañas vistieron
a mil ángeles rubios,
que aunque ellas eran pocas
y aunque ellos eran muchos,
sobraban telarañas
suaves para su lujo...

Hijo mío, no pongas
esos ojos de susto...

Después, en la mañana
fué como un gran tumulto
de alas recién vestidas
bajo el cielo maduro...

Hijo mío, no pongas
esos ojos de susto,
y cuando seas hombre
y se crispen tus puños,
serénate, no sufras
y ve con ojos puros
tras la tela de araña
a los ángeles rubios...

AUGUSTO GONZALEZ CASTRO.

POEMAS

ESTO

Yo soy sólo tu sombra,
tristeza mía, carne
turbia de mi silencio,
alma de mis poemas.

JUAN R. JIMENEZ-
Y LA TARDE

El patio en sombra, solo;
en el aire
un olor a jazmín...
¡Instantes en que yo
no soy yo, sino otro
distinto
—¿cándido?—
que amo tan dulcemente!

PUREZA

Y me miro las manos con cariño
como si fueran algo
vivo,
distinto de mi carne.
Y querría salirme de mi cuerpo
—viejo fruto amarillo, ya caído—
para poder tenerlo entre mis brazos,
caliente y abrigado como si fuera un niño.
Y me quedan los ojos húmedos de ternura
por yo no sé qué pena
nostálgica
que llega con la tarde.

CONTIGO, SOLO

Me duele esa tristeza
—yo a tu lado sonriendo—
con que miras mi júbilo.
Como si mi alegría
fuera un juguete frágil
¡qué miedo en tu mirada
de que vaya a romperse en las manos!

J. MIRANDA KLIX.

VUELTA

Manzana de hielo,
culpa y sombra áspera.
Catedral mojada
y mar sin aviso.
Bajeles de tierra
sobre el horizonte
apagado y solo,
y la verdadera
voz, en la corona
del día, llorando.

Padecido ser
y rehusado sueño
quiero para oírlo.
Luz amenazada
si se da a los vientos,

toda, entre la llave
de los dedos. Rígida
sumersión. Perfil
de muerte, y el hondo
sentimiento, obscuro.

Sí, desnuda vuelta
la que nos conmueve
entre torpes voces.
Desgarrada noche
entre tantos círculos,
después de haber cread
para este anhelante
entresueño — único —
esa eternidad
cuidada: la muerte.

RICARDO E. MOLINARI.

POEMA A UNA TARDE

Se iba la realidad por la ventana
y en aquel impreciso interior éramos
dos estelas no más de un solo beso.

La música aventaba los segundos
estábamos de espalda a la distancia.
No llegó ni una ráfaga de tiempo.

Ya no tenía manos
mis dos manos
se habían diluido en las caricias.

Medula del silencio
nuestros besos concéntricos
resucitando el agua de la tarde.

Recuerdo y esperanza
con humildad a nuestros pies dormían
—más perfección de dicha no se alcanza—

Y cuando
regresaba al destierro de lo cierto
en el zarzal de sombras las luciérnagas
iban despilfarrando tus miradas.

EDUARDO GONZALEZ LANUZA.



NOTAS DE UN "RAID" POR LAS DOS AMERICAS

Por AIME F.
TSCHIFFELY

Una escolta militar, y Mancha

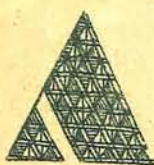
lado de la puerta, o, si lo tenía en un corral, saludaba con un pequeño relincho que decía de su alegría de verme nuevamente.

Al llegar a Jalisco recibí la noticia del estallido de la revolución de Gómez y Serrano, y que la región estaba plagada de bandoleros, haciendo imposible que marchásemos adelante. Estábamos clavados, y en un punto nada lindo, debido a la situación estratégica de ese pueblo, como que de allí parte el camino obligado hacia la capital del Estado de Chiapas, Tuxtla Chico, situada en las sierras al Este.

La plaza principal había sido convertida en un verdadero fortín, con pilas y pilas de bolsas de arena, pues esperaban de un momento a otro un ataque de fuerzas revolucionarias.

A propósito de revoluciones

CON ESCOLTAS MILITARES POR TIERRAS MEJICANAS



GUA, agua y más agua. Del cielo venía en hilos interminables y caía en goteros de las copas de los árboles, y nos fregaban

la cara y el cuerpo las ramas empapadas de agua de los arbustos que flanqueaban, y muchas veces casi cerraban, las miserables huellas por donde íbamos.

Costaba moverse entre los pantanos y la greda pegajosa.

A veces pudimos seguir por el terraplén de la vía, pero esto era peligroso. En una ocasión un tren nos fué alcanzando de atrás y tuvimos que largarnos a un pantano. El carguero maniéó, se asustó al ver al caballo de hierro que bufando se nos venía encima, disparó, corriendo delante de la locomotora. Cuando pareció que ya lo alcanzaba, de un salto se fué cuesta abajo, clavándose hasta la panza en el fango. Linda fagina tuvimos para sacarlo; pero, como ya había experiencia larga en esta clase de quehaceres, cumplimos sin sobresaltos, y entre risas y juramentos, con la operación.

Vuelta a vuelta equivocamos el camino. Con todo, me admi-

raba el instinto de orientación de Angel Riso y su facultad de distinguir entre lo que era una simple abra o cortada en la selva enmarañada y lo que era nuestro camino.

Las poblaciones son muy pocas a lo largo de la costa de Chiapas. Acá y acullá un rancho pobre o un villorrio. Y aun si dábamos con una población, nos sentíamos muy felices al conseguir una tortilla o frejoles.

En cuanto a comodidades para dormir, tiempo ha que habíamos dejado de lado las pretensiones. El recado y las pilchas se tendían en cualquier parte, y como el sueño no faltaba, dormíamos pronto como en el mejor de los hoteles.

Con todo, la seguridad de los caballos me resultó una pesadilla eterna. Regularmente, cada dos horas, hacía sonar el despertador, me levantaba e iba a ver lo que mis amigos hacían. Siempre los tenía cerca, y en cuanto a Mancha, jamás lo até de noche, pues era difícil que dejara tocarse por un extraño, y menos aun que lo montaran. Cada mañana me esperaba al

Un breve descanso



Por la raza y por la higiene

la linda mujer argentina cuida de su vigor físico con los deportes; y de la finura de su cutis exquisito mediante el delicioso

J A B Ó N
HENO DE PRAVIA

Úselo usted. Quedará encantada de su pureza, de su espuma cremosa, de su aroma intenso, inconfundible. Suaviza y perfuma la piel.

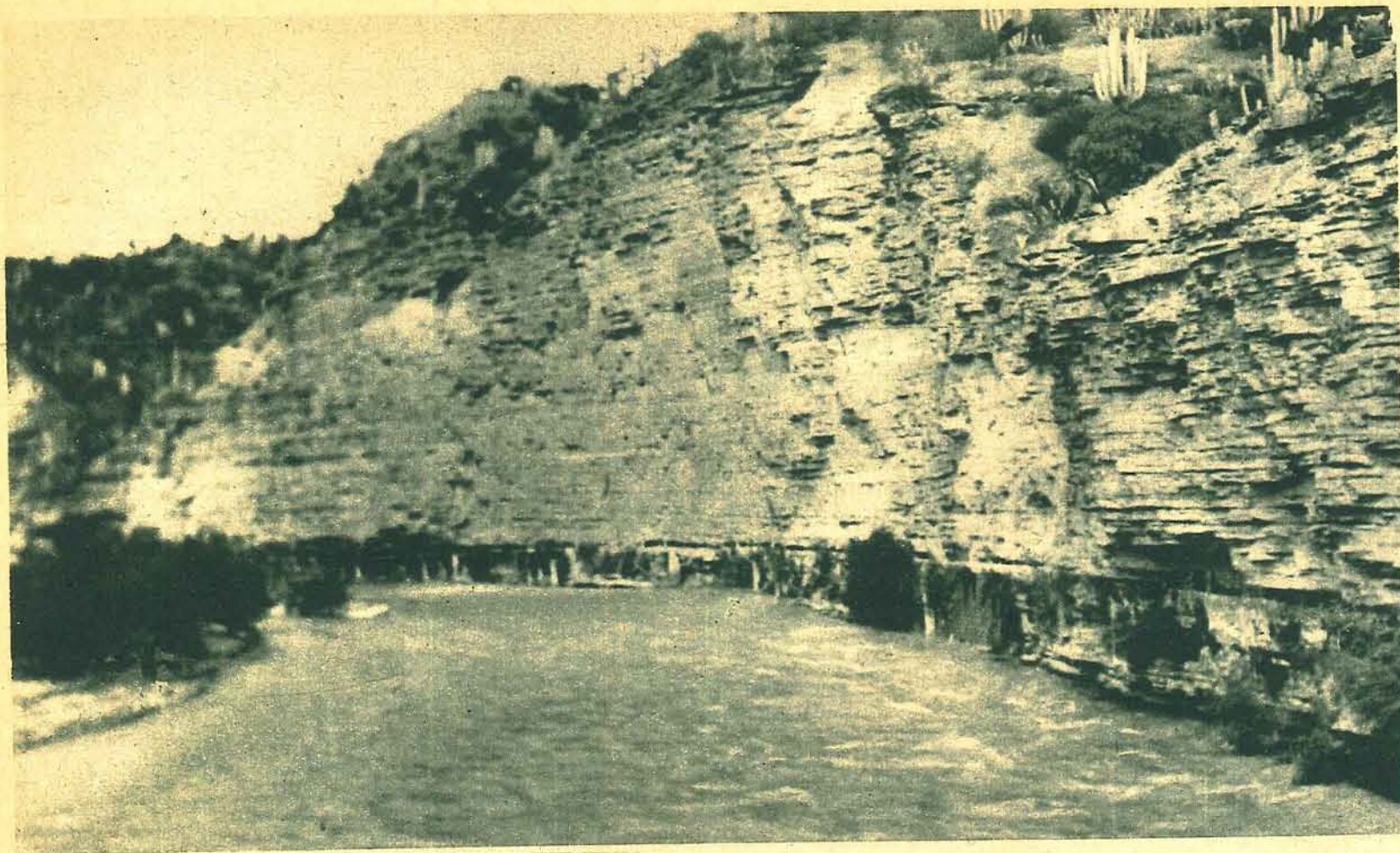
Precio. \$ 0,70 en toda la República. En Tiendas, Farmacias y Perfumerías.

Perfumería Gal. -- Madrid.

Sucursal en la Argentina: Maure, 2010-14. - Buenos Aires.

Proveedores de SS. MM. los Reyes de España.





y bandoleros, recuerdo aquí un incidente tragicómico que sucedió por aquel entonces cerca de Cerro Loco, de donde emprendió vuelo hacia Buenos Aires el malogrado coronel Sidar.

Me lo refirió personalmente su protagonista principal.

Habían despachado un tren con obreros para efectuar reparaciones en las vías, y como el bandolerismo estaba en pleno auge, una fuerte escolta militar acompañaba a los trabajadores. Llegados a destino, y como no se notara nada de bandoleros, ni indicio alguno de su proximidad, poco tardaron los soldados en tomar confianza. Abandonaron el tren y fueron a desperezarse y a divertirse al monte cercano.

Lo mismo hicieron varios días seguidos, y cada vez la tropa fué dejando más de lado las precauciones.

Así, cierto día un ingeniero tuvo necesidad de comunicarse con la estación. Conectó su teléfono de campaña con la línea que corre a lo largo de la vía y comenzó a llamar. No le iba mejor que a cualquier hombre de la ciudad, pues a pesar de dar y volver a darle vuelta al manubrio, nadie contestó.

Fué perdiendo la paciencia.

—Olá, olá, aquí no se puede con nadie, olá, olá...

En plena lucha contra la corriente

De repente sintió un porrazo en las costillas y una voz desconocida que tronó:

—¿Cómo no se puede con nadie; aquí estamos nosotros!

El pobre ingeniero había recibido las razones contundentes de la culata de un rifle en sus costillas; pronto todos sus efectos fueron desapareciendo, junto con las armas y municiones de los soldados, y luego los bandidos se marcharon tan rápidamente como habían venido. Al volver los milicianos se encontraron sin armas y sin cartuchos.

Naturalmente, en tiempos de revolución se gastan pocos miramientos con bandoleros. Donde los agarran, los ahorcan sin más trámite. En general, la vida de un hombre vale poco.

Estando en Jalisco, una tarde, frente a la posada donde me hospedaba, un individuo apuñaló a otro. Varios oficiales que acertaron a pasar por el lugar le dieron caza al malhechor y uno de ellos le trabajó la cara tan bien con la culata de su pistola, calibre 45, que aquello pareció más bien un budín que otra cosa.

Cierta noche vino a visitarme el comandante de la plaza, general José Suástegui, del 63 de caballería, para comunicarme que había recibido órdenes telegráficas de la capital de proveerme de una escolta. La noticia, como es de imaginar, me llenó de júbilo y de gratitud. Una, porque me permitía salir de ese mísero pueblo a probar fortuna una vez más, y

otra, porque decía del interés que se había tomado el Gobierno en mi viaje, ya que las instrucciones provenían del presidente de la República, con la intervención del general de división don Roberto Cruz, quien más tarde fué uno de mis mejores amigos. Y lo que daba particular realce a esta actitud fué el hecho de producirse ella al comienzo de una revolución, donde el gobierno necesitaba de todas sus fuerzas para salir airoso; pero para quien conoce al mejicano, este rasgo no tiene nada de sorprendente.

En efecto, si bien México, como todos los países del orbe, se ve invadido por el automóvil, allá siempre existe una profunda admiración por el caballo, y la ambición de todo hombre, rico o pobre, de la ciudad o del campo, es ser buen jinete. Así, México conserva y se aferra a sus muchas bellas tradiciones; el charro, la china poblana, el jarabe del tapatío, cantos nacionales de sentido y belleza notables. Pero ya tendré ocasión de ocuparme de ello con más detención.

Seleccionados los hombres y las bestias, partimos un día lluvioso, como casi todos, rumbo al próximo destacamento militar. Iba la tropa a cargo del teniente David García Cano Lozada, quien, días atrás, había tomado preso y ahorcado a dos bandoleros en las afueras de Jalisco.

Los uniformes de los soldados estaban rotos, sucios y gastados, y el mismo teniente

El cañón del Río de las Vueltas, en Oaxaca

no llevaba más que un ancho sombrero mejicano y una camiseta, sin saco. Los caballos, aunque elegidos, daban lástima. Las monturas eran de varios modelos anticuados, y las más llevaban impresas las iniciales U. S., demostrativo de su procedencia de los Estados Unidos.

A pesar de que varios soldados eran de la región, nos perdimos el primer día de marcha, no más, teniendo que hacer unas dos leguas extra, lo

que no es divertido entre fachinales anegados y con el peligro constante de un ataque por sorpresa de revolucionarios o bandoleros.

Después de unas nueve leguas alcanzamos Ixhuatán, Estado de Oaxaca, a la entrada del Istmo de Tehuantepec.

Como en Guatemala es frecuente hallar nombres de localidades que terminan en ...tepeque, así en territorio mejicano abunda la terminación ...tepec. Ambos términos tienen el mismo significado: cerro. Chapultepec, por ejemplo, el famoso palacio de gobierno en México, D. F., se compone de las palabras "chapulin", langosta, y "tepec", cerro; quiere decir "Cerro de Langostas".

En Ixhuatán cambiamos de escolta, haciéndose cargo del nuevo pelotón el teniente José Rodríguez, del 23 de caballería.

El calor era sofocante, las lluvias torrenciales, el peligro de bandoleros cada vez mayor, y los pobres caballos y mulas de la tropa no resistían las inclemencias del tiempo, ni les bastaba con los míseros pastos acuosos del camino. Pero marchamos adelante; yo contento con cada legua que dejábamos atrás y los oficiales y soldados muy felices de poder ayudarme en la empresa y de poder marchar con Mancha, el para ellos, como para todo mejicano, héroe incomparable de las lejanas pampas argentinas.

Con hombres así daba gusto viajar, aunque eran jornadas reventadoras. Ora, cuando la fagina era peor, nos deshacíamos en improperios, o reíamos simplemente; se contaban chistes y anécdotas y hasta hubo momentos en que deseábamos sinceramente un encuentro con alguna partida de revolucionarios.

¡Ah!, queridos amigos y soldados mejicanos, nunca olvidaré los servicios que prestasteis, a mí y al viejo Mancha, en los bañados, ríos y fachinales de Chiapas y de Tehuantepec.

"Palmolive es el jabón que limpia el cutis completamente"

... y a la vez revela los encantos naturales"

dice el célebre

LEON DESFOSSÉ

— uno de los más conocidos especialistas parisienses en embellecimiento femenino



ESTE caballero de tanta importancia internacional y profesional es quien le recomienda el uso del jabón Palmolive... "Siempre aconsejo a mis clientes que se laven con jabón Palmolive, haciéndose con ambas manos abundante espuma y frotándose bien con ella la cara, enjuagándose y secándose en seguida; así se tonifica el cutis."

Desfosé no es el único que sostiene esta opinión sobre los efectos tonificantes de los aceites de palma y oliva en el jabón Palmolive, pues actualmente un grupo caracterizado de más de 19.800 especialistas de belleza recomiendan este jabón.

Usted encontrará el Palmolive suave, fino, seguro e inofensivo. Los más famosos expertos en belleza lo recomiendan; pruébelo usted para saber por qué. Colgate Palmolive Peet Ltda., S. A. Ind., Buenos Aires.

"Recomiendo siempre a mis clientes que se laven la cara dos minutos con jabón Palmolive y agua, haciendo una abundante espuma frotándose bien, y enjuagándose y secándose en seguida."

L. Desfosé

Insista en la marca PALMOLIVE.

Exija la envoltura verde con la faja negra.



35 cts.
la
pastilla.
3 por \$ 1.-

JABON PALMOLIVE



Uno de los últimos retratos de Meyerhold



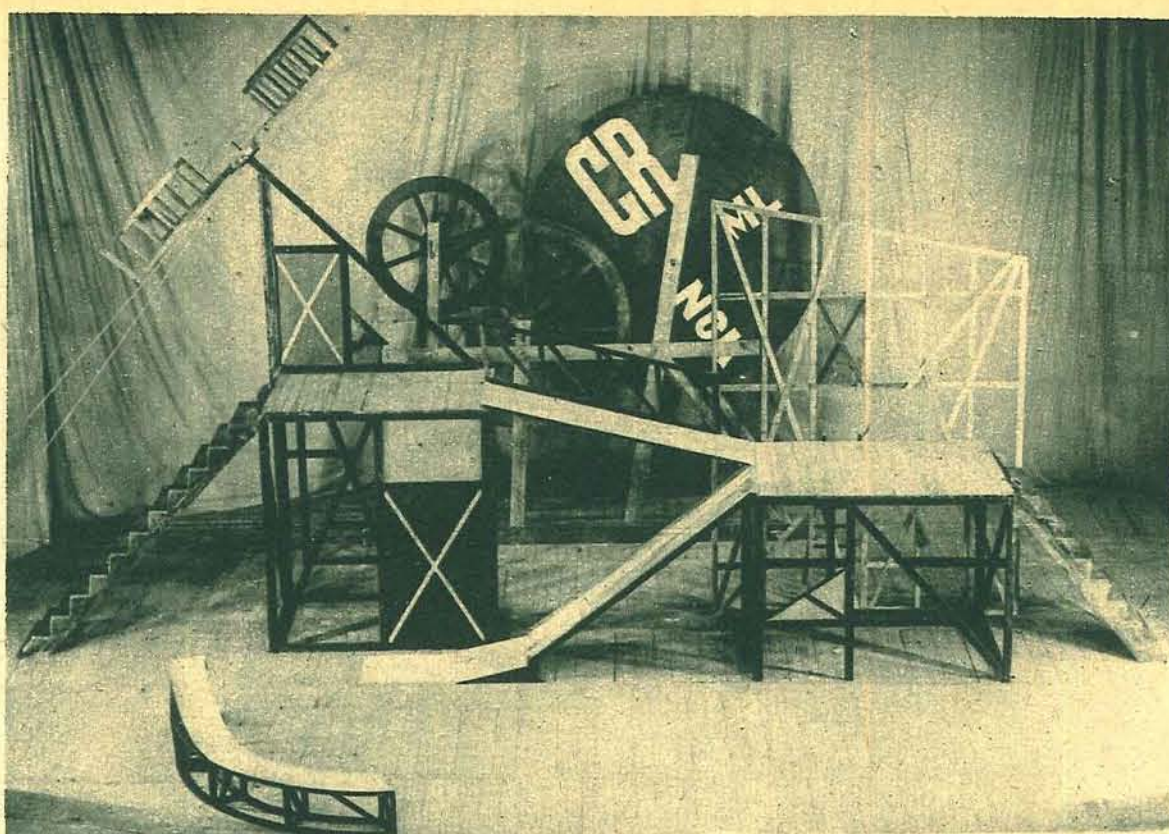
La actriz Sinaida Reich, esposa de Meyerhold



Uno de los personajes de la obra "Comandante"



Otro de los personajes de la obra



La decoración para "Le Cocu Magnifique", en el Teatro Meyerhold



MEYERHOLD está al lado de un condenado a muerte y bajo la impresión de un suicidio. El condenado a muerte vivirá todos los años que tenga de vida; es un comunista francés condenado por un consejo de guerra, de aquella condenada guerra... El suicidio es el del poeta ruso Maiakowski, aquel Maiakowski que pasó por París rugiendo sus versos, con la primera tea incendiaria sacada por la poesía de las nieves de la revolución rusa. La causa del suicidio de Maiakowski se encuentra ahora en Berlín. ¿Quién es ella? Es nada más que una mujer. No es una causa final. Ha sido el motivo. Quizá el pretexto. Cabe toda suposición sobre el suicidio de un poeta ruso. Si los poetas auténticos, los creadores científicos o literarios de Europa se hallan en equilibrio inestable, los rusos tienen el peligro de que trabajan sin red. Esto que puede ser la metáfora de un Cocteau en París, es la superrealidad de un Maiakowski en Moscú. Pero el peligro mayor sigue siendo en Moscú como en París—el dado como motivo de la muerte de Maiakowski. Marca el límite del progreso que hoy se concibe de las sociedades humanas. Se llegará a la igualdad social de los sexos; dejará de haber clases y naciones contrapuestas; acabará de desaparecer la leyenda, ya arruinada por los viajeros, de que las fieras son fieras; se verá que Francisco de Asís fundó su espíritu en el lugar común de la bondad universal, origen de todos los males, porque es la mantenedora de la vida, la responsable de que la vida no se destruya, y todavía habrá un hombre que se sienta fiero y cazador, que se cace a sí mismo a tiros, por una mujer. Y precisamente por esta terquedad de la pasión, de todas las pasiones, y de los instintos, y de los deseos, de las fuerzas y de los fraudes; por todo esto de insuperable que tiene la vida, sigue habiendo teatro con el marxismo.

Meyerhold está sentado, doblado, en una silla, junto al escenario de un teatro berlinés. De pronto, ni el condenado, ni el suicidio. La animación, la vida. Estamos hablando de teatro. Contra un bastidor hay una figura de cartón, actor trágico pintado y sin alma, que representa un personaje de la antigua Rusia en la comedia clásica de Gogol: "El revisor".

En escena: "Ruge, China". Decoración: el río de una al-

dea china con la proa practicable de un cañonero norteamericano. Ritmos dobles: de cañonazos, puñetazos, patadas, boston, un beso a boca de jarro, violencia estadounidense; y de "ralenti" oriental, lento desplazamiento de cargas, susurro, pajarería, melopea, el "no" que hace el péndulo del ahorcado, el valvén de una lucha sorda, martirio y desafío. Atrezzo: cañones, fusiles, zurríos, maderos, cuerdas, una barca, pistolas y pechos. Cocktails; coctail china. Trajes: dril blanco, velos, sedas, desnudeces, gorras marinas, casco colonial y sombrero flexible con túnica china. Personajes norteamericanos: un negociante, un capitalista, su mujer, su hija, el capitán, un oficial, los marineros blancos, un periodista, un fonógrafo. Personajes chinos: los "coolies", el grumete, el estudiante bolchevique, el alcalde, el eunuco-jefe (de la policía), una madre, una flor de loto, una celestina, un cocinero, una flauta. Argumento: el negociante muere a manos de un "coolie" a quien ha provocado y el cual, cometida la muerte, huye; el comandante del cañonero pide en cambio la muerte de dos "coolies"; los "coolies" tienen que echar a suertes; dos son sacrificados a la vista del público; los "coolies" se sublevan contra los fusileros marinos. Tesis: los pueblos oprimidos se sublevan contra la civilización capitalista. Texto, de Tretianov: grandilocuente. Es el subrayado de la obra, representada, sacada de puntos, con todos los matices de todos los relieves, las menores tenuidades de las mayores acusaciones dinámicas.

El orden en que he descrito esta obra me parece la mejor expresión de las ideas de Meyerhold sobre el teatro. Decoración o creación de un mundo. Movimiento de la acción o danza. Representación o mímica; la palabra es un gesto, lo saben los filólogos. Mundo, danza, gesto, así actúan la luz, la música y la voz — los actores se disfrazan con ellos — en el teatro de Meyerhold. Parece así.

Meyerhold ha salido a escena para dar un mitin contradictorio en Berlín. Ha tenido que defenderse de los ataques de la crítica. En la prensa le ha criticado, sobre todo, el "Berliner Tageblatt", es decir, el periódico del público más abierto de espíritu. No ha sido, pues, criticado por venir de un país comunista. Le ha critica-

EL PRECURSOR DEL TEATRO MODERNO MEYERHOLD ENTRE BASTIDORES POR CORPUS BARGA

BERLIN, mayo de 1930.
(Para LA NACION)



Ud. se sorprenderá de lo mucho que duran las Medias París

SABE usted porqué? Porque son de la seda más rica; elaborada con las máquinas más perfectas.

Pero también, porque donde quiera que usted las compre, acaban de salir de la fábrica o poco menos.

Estamos en condiciones de calcular exactamente la demanda; y aunque nuestra producción es enorme, las Medias París no alcanzan a quedar en los estantes los meses que dura una estación.

— Más económicas en precio —
— Superiores en calidad —

VENTA AL DETALLE:

En las principales casas del ramo de toda la República.

PARIS

MEDIAS DE CALIDAD para señoras, caballeros y niños.



Fabricantes: N. MUÑOZ SAUCA Y SALZMANN
Distribuidores: LOPEZ GOYA & Cia. — Alsina 1273
al por mayor: STAUDT & Cia. S.A.C. — B. de Irigoyen 330

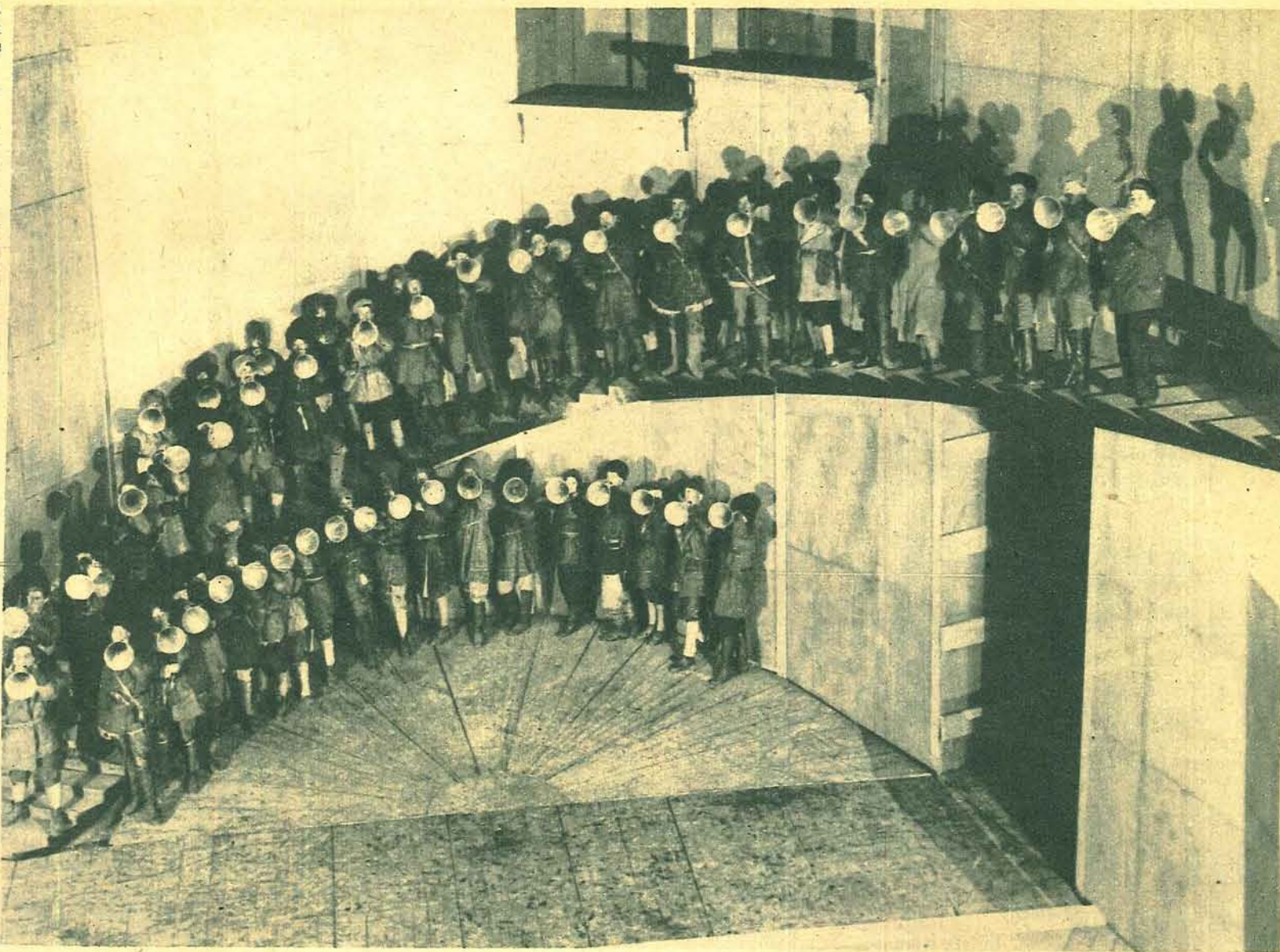
do el periódico comunista "La Bandera Roja". En el mitin contradictorio, un comunista le preguntó:

—¿Qué relación guarda su teatro con el marxismo?

—El artista debe pensar en materialista — contestó Meyerhold, después de haber afirmado que busca para su teatro una fórmula abstracta.

Pero, en el mitin, la crítica más inesperada se la hizo una bailarina. Una bailarina habló desde la escena. Se realizó el milagro que nadie (salvo el autor francés Raimundo Roussel, superrealista sin quererlo) hubiera imaginado; el milagro de dar la palabra a la bailarina que es el personaje teatral mudo de nacimiento. La bailarina berlinese interpelló a Meyerhold en nombre de las novísimas escuelas de baile.

¿Es que no gusta ya el teatro ruso en Berlín? Esta es la cuestión interesante, porque Berlín es la aduana europea del arte ruso. En Berlín y en París triunfaron los teatros judíos rusos: el Habima y el Teatro Judío de Moscú, hasta el punto que el director de este Teatro Judío, Granowski se ha separado de su teatro y se ha quedado en Berlín como un director de teatro más, ha puesto en escena varias obras alemanas y va a montar películas. También triunfó en Europa el teatro ruso de Wachtangow, cuya "Princesa Turandot", puesta en escena el año del hambre rusa y moribundo ya Wachtangow, discípulo del Teatro Judío, es la realización teatral más alegre que pueda concebirse, la vuelta al mundo del teatro en las



Uno de los decorados de la obra "Comandante"

se cierra con el cálculo infinitesimal de toda improvisación.

Y el teatro de Meyerhold, si ha sido mal recibido por la crítica berlinese, ha tenido éxito en otras ciudades alemanas, como también lo ha tenido otro teatro ruso, el Kamey, de Tairov. En Berlín mismo ha defendido el teatro de Meyerhold el "Correo de la Bolsa", el periódico berlinés que tiene la mejor hoja literaria. Nadie niega el papel de Meyerhold en la revolución del teatro ruso y en el teatro ruso de la revolución. Al contrario, se considera demasiado este papel como ya histórico.

Mientras, Meyerhold confiesa: —No he encontrado todavía mi síntesis; estoy en el período de análisis.

Una demostración de ejercicios rítmicos

mil y una noches, saliendo de Venecia y pasando por las Indias, el ciclo completo de la "comedia del arte" que, a través de la comedia "sostenida"

no se puede perfeccionar ningún invento indefinidamente. El cinematógrafo parlante no se superará. Yo he empleado el cinematógrafo en el teatro, pero no me parece que el cinematógrafo llegue a substituir al teatro.

Meyerhold ha ensayado todo en el teatro. ¿Qué estará pensando ahora? Ahora prefiere hablar del origen de sus ideas teatrales:

—En mi revista teatral de Rusia había una sección de estudio del teatro italiano y otra del teatro español. Mi modo de ver la arquitectura teatral es la de Calderón. Yo he puesto en escena obras de Calderón. El teatro clásico español es el modelo de teatro para el pueblo.

—Lo contrario del teatro de Racine...

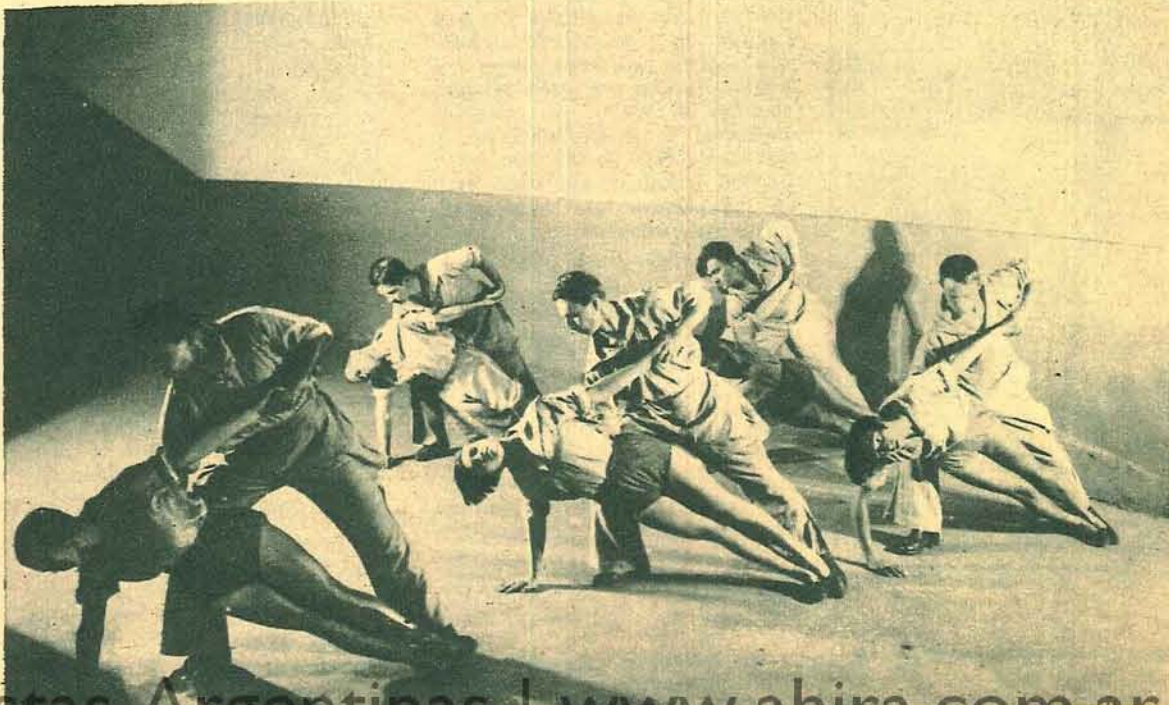
—Exactamente. El teatro de Racine no me ha inspirado nunca.

Meyerhold, quintaesenciado y popular. Meyerhold es un "regisseur" calderoniano.

Una clase de baile, por miembros de la compañía Meyerhold

Meyerhold no cree en el porvenir del cinematógrafo parlante. Para fundamentar su creencia, me ha citado a Edison. Me ha dicho:

—Edison afirma que todos los inventos tienen su límite;



Un nuevo Frasco de Cristal para un favorito antiguo

La Loción Jazmin del País Crown ya brilla en su nuevo frasco de cristal conservando su perfume de Jazmin tan selecto como siempre. Fricciónese su cabello con esta fragante Loción. Refresca, fortifica y tiene la virtud de tónico maravilloso.

Perfume Jazmin del País Crown, el perfume popular, debe su fragancia a las flores saturadas de la luz del sol.

ELABORADA EN INGLATERRA



JAZMIN DEL PAIS CROWN

THE CROWN PERFUMERY CO., LTD. LONDON ENGLAND

FILM SOCIAL

Las señoritas Josefina Artayeta, Mercedes Lamarca, María Luisa Victorica, Luisa De Bary y Elvira Lamarca, en el patio andaluz de Palermo.



El doctor Marcelo T. de Alvear, su esposa doña Regina Paccini, doña Elena Cabral Hüner de Méndez, y los señores Juan C. Rodríguez Pividal y Carlos Mainini, figuraron entre los concurrentes al casamiento de D.^a Mercedes Quintana Unzué con don Horacio A. Luro, consagrado recientemente en París.

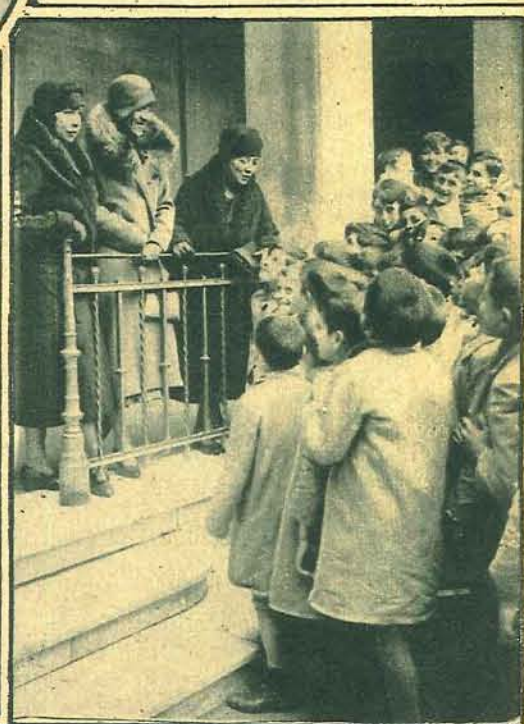


La forma afectuosa con que los alumnos de las Escuelas Patrias del Patronato de la Infancia reciben la visita de las delegadas de la institución señoras Sara Sahores de Frederick, Dora Seeber de Meyer Pellegrini y Silvia Fernández de Fernández, refleja la simpatía de los educandos por sus benefactores.



Las señoritas Lucrecia de Oliveira César, Clara Marín, Elena Lagos Mármol y Delia de Oliveira César, después de dictar clases dominicales en el Centro Obrero de instrucción del Parque de Patricios, donde la Sociedad Damas Protectoras de Obreros está desarrollando una eficaz obra cultural.

La obra que realizan los Padres Salesianos en la lejana Patagonia cuenta con un grupo de animosas colaboradoras que se reúnen en el taller de esta capital para confeccionar ropas de abrigo destinadas a aquellas misiones. De izquierda a derecha, señoritas Rosa Zorraquín Lynch, Susana Méndez González, Amalia Madero, Inés Méndez González, Lía Berro Madero, Mercedes Bengolea y Celia Nazar.





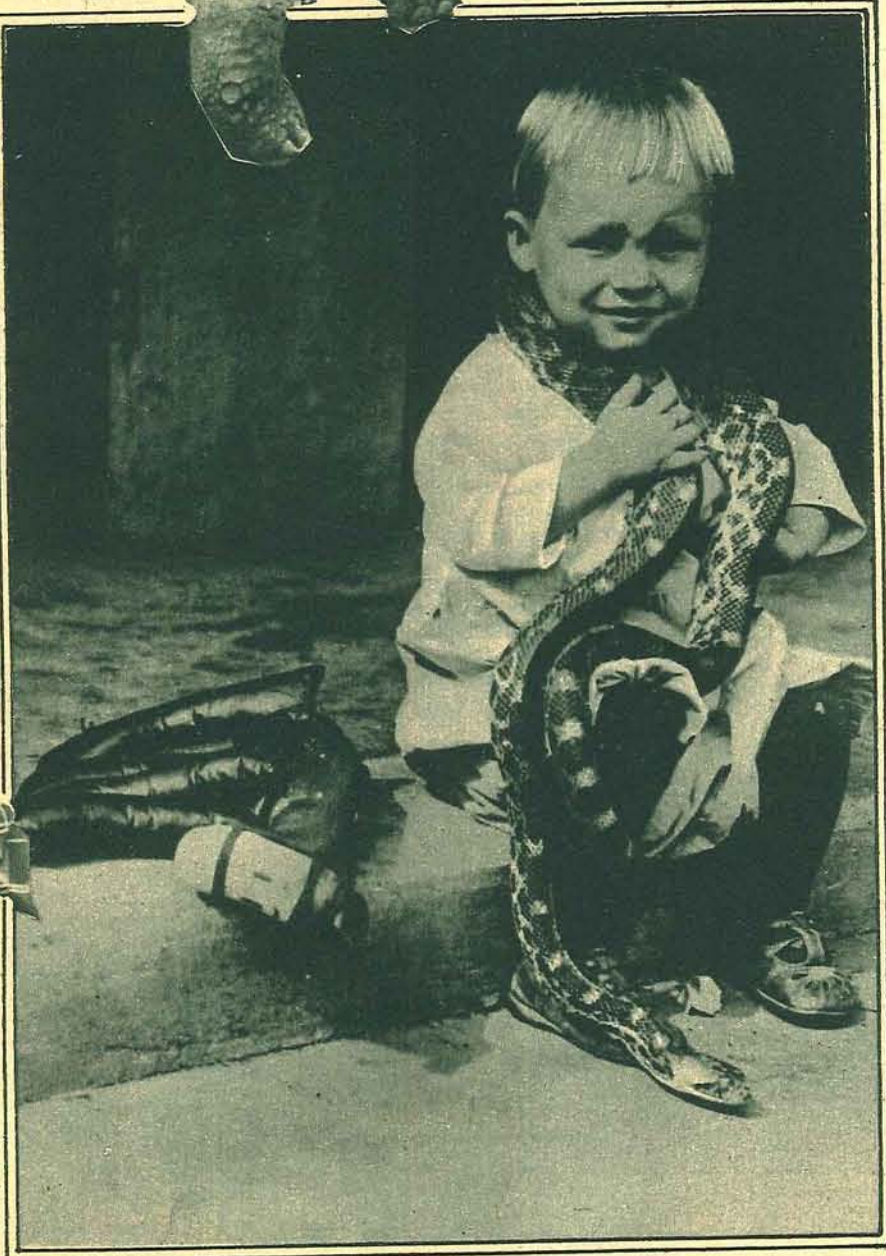
Para jugar, Magdalena Bybee prefiere siempre los pichones de avestruz. Cuando ve en el corral de la granja alguno de otra clase, alza desdeñosamente los hombros y dice que son gorriones crecidos...



Jineteando la tortuga gigante del Parque Zoológico de Nueva York, Edna Hagan se dispone a superar un record de velocidad: casi dos kilómetros al año...



En cuanto a Edmundo Papineau, afirma que no hay juguetes mecánicos más divertidos que las víboras que su padre, un doctor, utiliza en sus experimentos. Unos extraños juguetes fríos cuya picadura quiere decir muerte...



Quién dijo miedo?



Juan C. Lucadema, el domador más pequeño del mundo, estima sencillamente delicioso emplear como medio de transporte uno de los jóvenes elefantes que forman parte de la colección de su padre.



**Conserve las Etiquetas
Todas tienen valor**

Al comprar Vino "TERTULIA" exija a su proveedor POR CADA BOTELLA el cupón correspondiente que le dará derecho a elegir un obsequio.

N. B. — Para retirar dicho obsequio, cada cupón deberá acompañarse con una etiqueta despegada de una botella de Vino "TERTULIA".

Leveratto & Co
RIVADAVIA 1063/83 B.A.S.

**GRAN OPORTO ARGENTINO
TERTULIA**

Cuatro preguntas a Rosario Saer de Miera

¿Cuál es su sport predilecto?
¿Falda larga o falda
corta?

¿Qué música
prefiere?

¿Cómo
estudia sus
papeles?

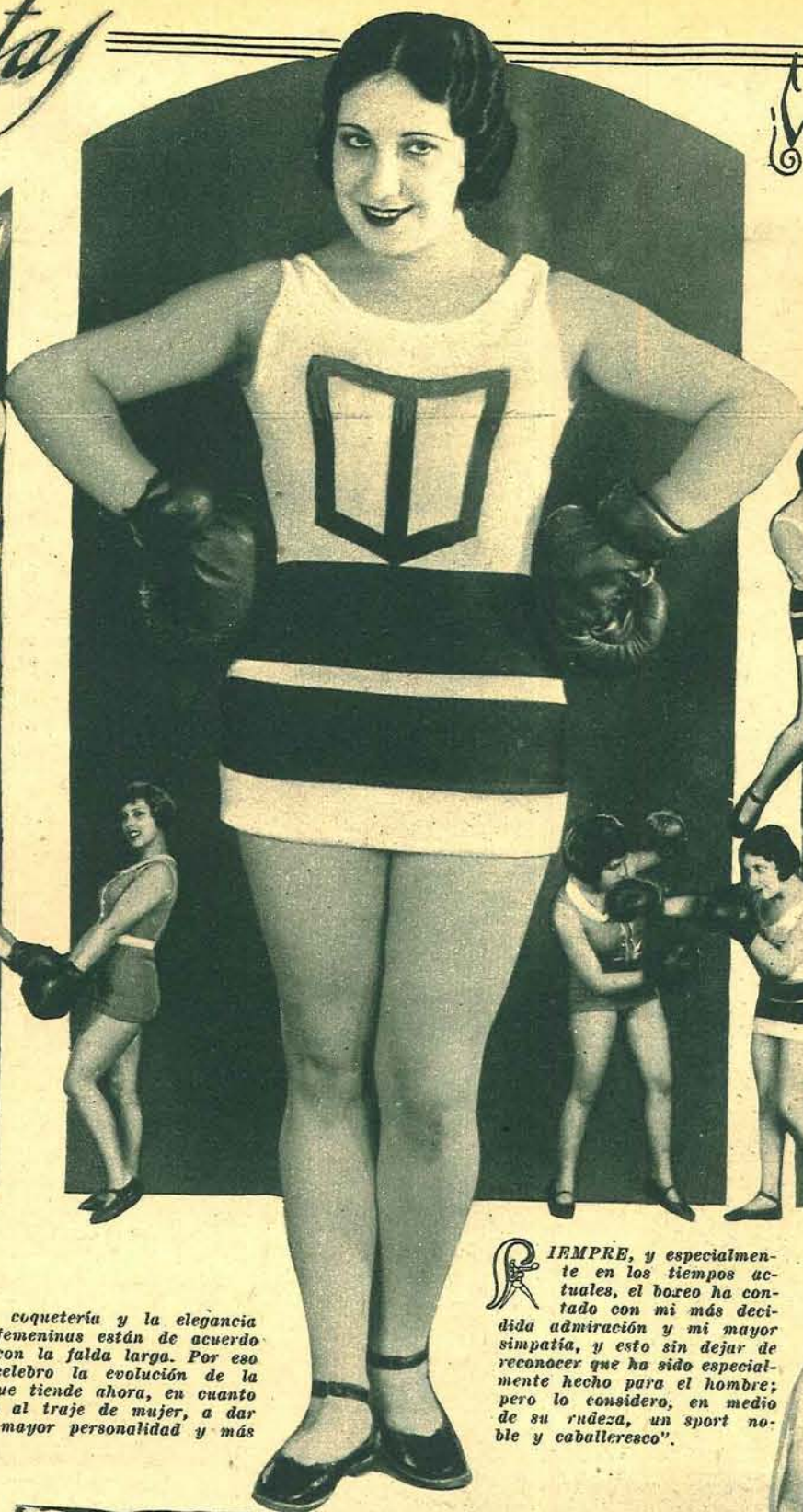
Yo estudio mis papeles hasta que no se realizan dos o tres ensayos; sólo entonces, compenetrándome bien del personaje que debo interpretar, voy amoldándome a su espíritu, conociendo, desde luego, "la letra", y hasta el día del estreno no sé, en realidad, lo que irá a pasar... El teatro está lleno de sorpresas".

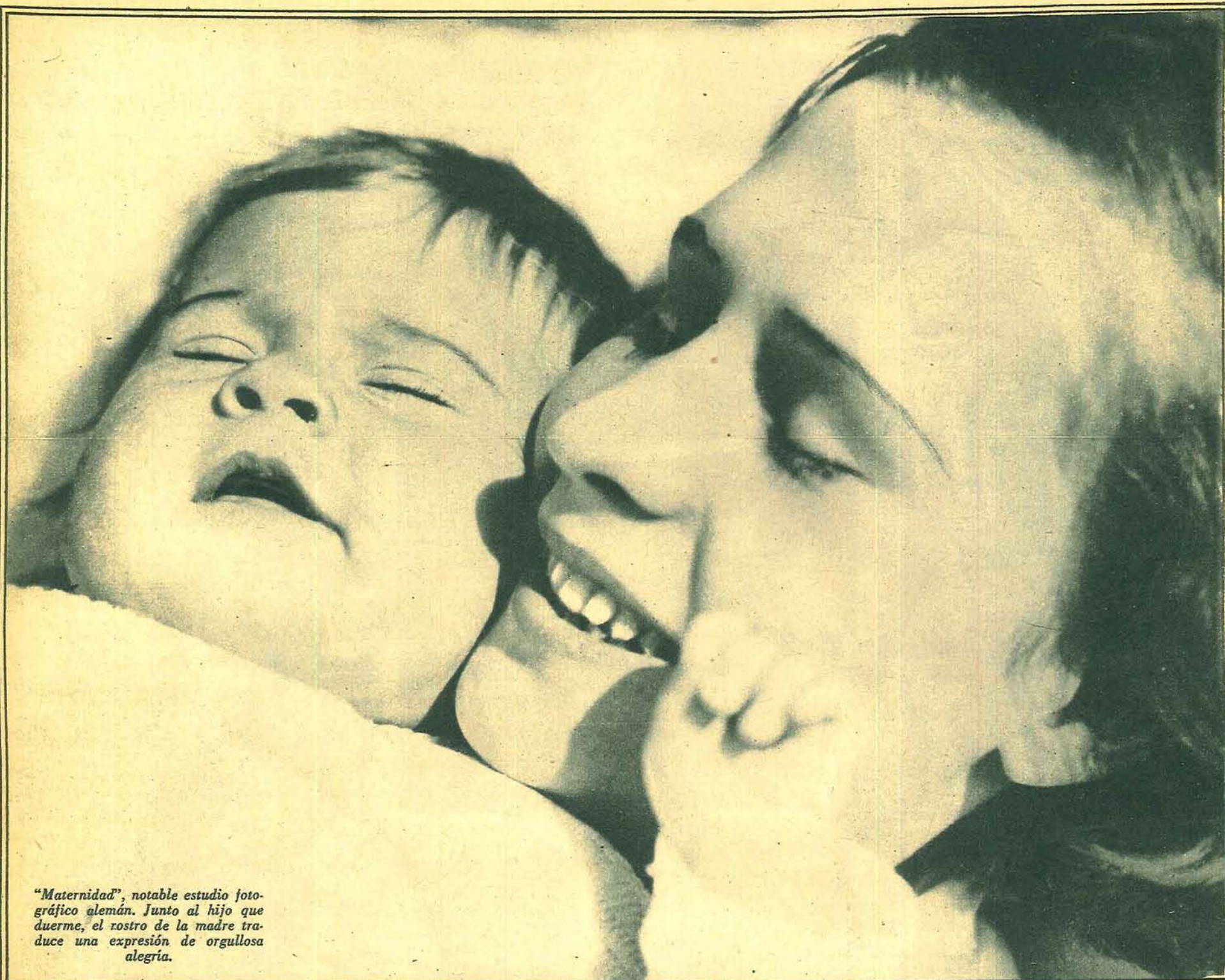
SIEMPRE, y especialmente en los tiempos actuales, el boxeo ha contado con mi más decidida admiración y mi mayor simpatía, y esto sin dejar de reconocer que ha sido especialmente hecho para el hombre; pero lo considero, en medio de su rudeza, un sport noble y caballeresco".

La coquetería y la elegancia femeninas están de acuerdo con la falda larga. Por eso celebro la evolución de la moda que tiende ahora, en cuanto respecta al traje de mujer, a dar a ésta mayor personalidad y más "chic".

En "El sobre verde", en el papel de Chelo.

MÚSICA que llegue al alma, para abreviar mi opinión; música inspirada, como la del coro de "Bohémios", de Vives — una de las partituras de mi predilección — o la de "El sobre verde", del maestro Jacinto Guerrero, esta última quizá porque con esa obra conquisté en Sevilla los primeros aplausos".

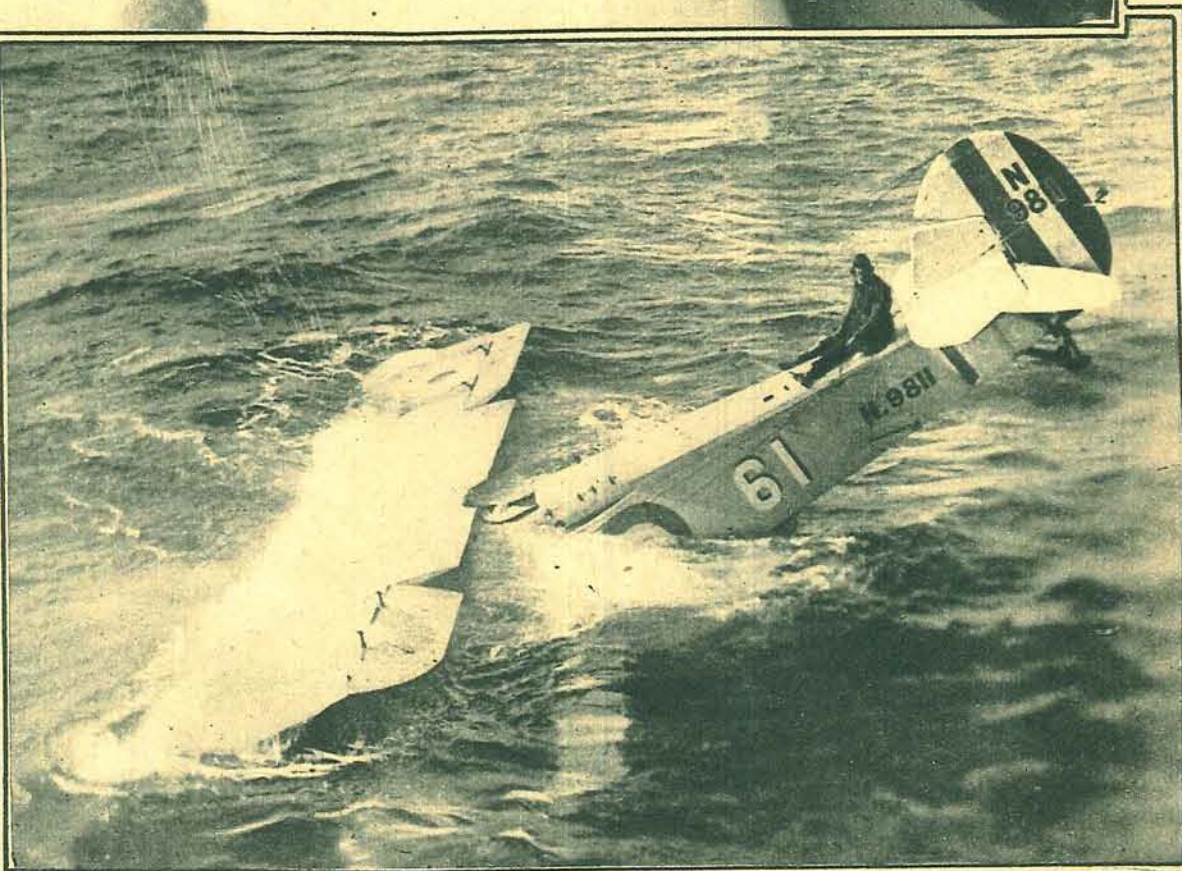




"Maternidad", notable estudio fotográfico alemán. Junto al hijo que duerme, el rostro de la madre traduce una expresión de orgullosa alegría.



Heedrega Wellquins,
bailarina australiana.



Avión militar británico caído al mar por averías en el motor durante unas recientes maniobras en el Mediterráneo. Encaramado a la cola del aparato, el piloto espera al barco portaaviones que ha de rescatarlo.

COLORANTE ALSINA

Para las CANAS

Tonos perfectos y garantidos. - Preparación científica. - Dosificada prácticamente, constituye una garantía sin igual.

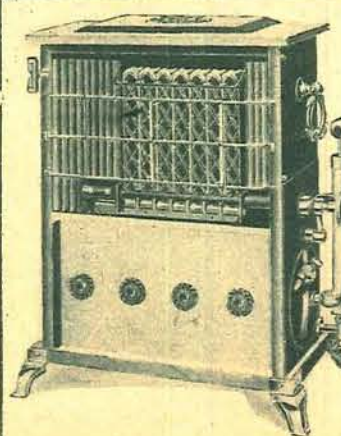
Para evitar falsificaciones
corta la caja cerrada.

Caja \$ 7.- Interior \$ 7.50

Aplicaciones y Venta

MAIPÚ 843

U. T. 31, RETIRO, 0374



LAS NUEVAS ESTUFAS "KRONDIAMANT"

a base de kerosene o nafta y presión de aire, son las mejores del mundo.

SIN MECHA y por lo tanto absolutamente sin olor, con un consumo muy reducido.

LAS MARAVILLOSAS ESTUFAS "KRONDIAMANT"

son las estufas del futuro.

Precio: \$ 85.-

Pida prospectos a su único introductor:

JUAN SCHMALLAND

Chacabuco 390

Buenos Aires



Vrandja Kosilsa, danzadora javanesa que está obteniendo un gran éxito en París.



Mariana Morino, bailarina romana, considerada como la artista más escultural de la Ciudad Eterna.



Artística escena de una nueva revista cinematográfica impresionada a orillas del Pacífico, en los Estados Unidos.

Invita... es tentador el humeante aroma de este chocolate

A la tarde... una taza de Chocolate Noel, es lo mejor que puede usted ofrecer a las amigas que han venido a visitarla...

¡Qué íntimamente se lo agradecerán!... Porque es uno de los más ricos, de los más finos... el aroma delicioso del humeante chocolate invita... es tentador...

Y ello se debe al *procedimiento secreto* por medio del cual ha sido elaborado. Para prepararlo, se emplean tres clases distintas de cacao: uno que viene del Brasil, de riquísimo sabor, otro que se cosecha en Venezuela, sumamente alimenticio, y un tercero, muy fino, que se trae del Ecuador y que posee un aroma sumamente delicado.

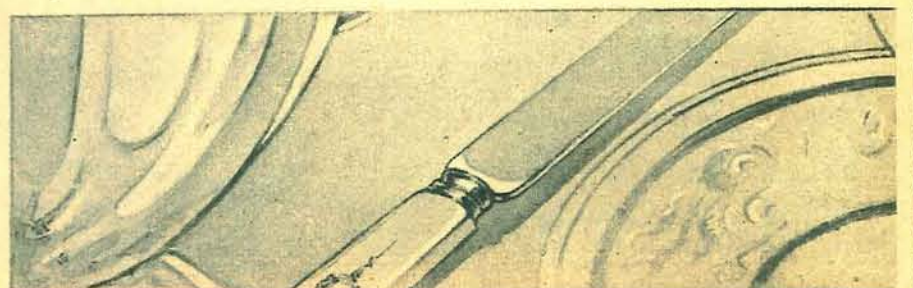
En la Casa Noel los tres cacaos se combinan sabiamente en proporciones exactas y así se elabora un chocolate que tiene grandes cualidades nutritivas y un gusto y un aroma verdaderamente superiores. ¡Por eso es el chocolate de los refinados, de los aristócratas; el preferido de las personas de paladar delicado!

Usted también debe probarlo: ¡pídale a su proveedor, hoy mismo, Chocolate Noel!



Este es uno de los 88 manjares

NOEL



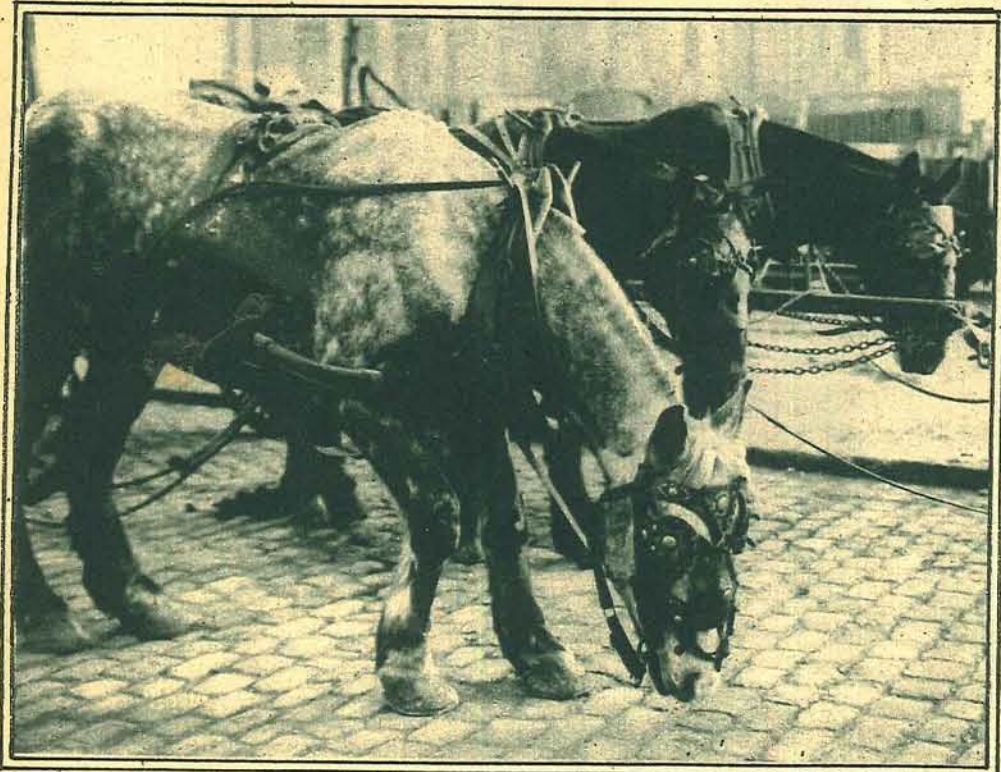
NOEL & Cía. Lda.

Fundada en 1847

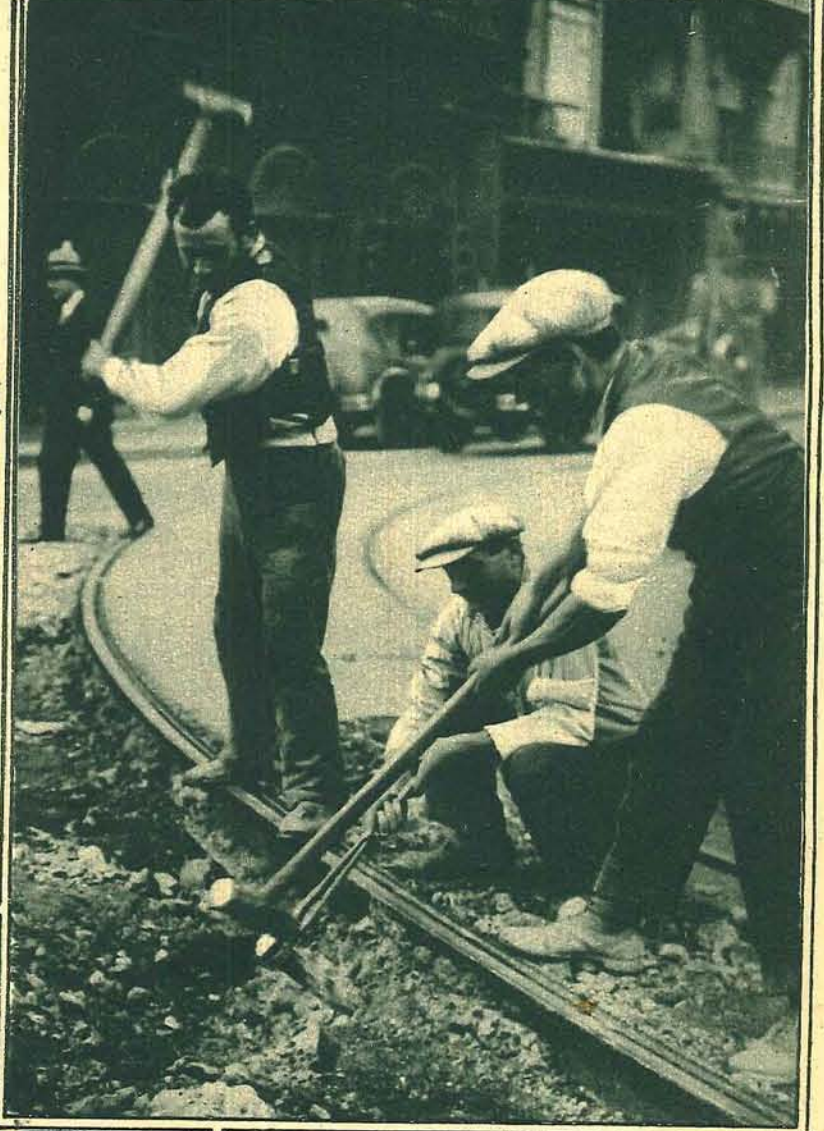
BUENOS AIRES

Instantáneas

Mientras llega
la hora de rea-
nudar la tarea.



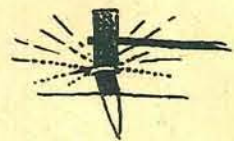
¡Ni una gota de agua!

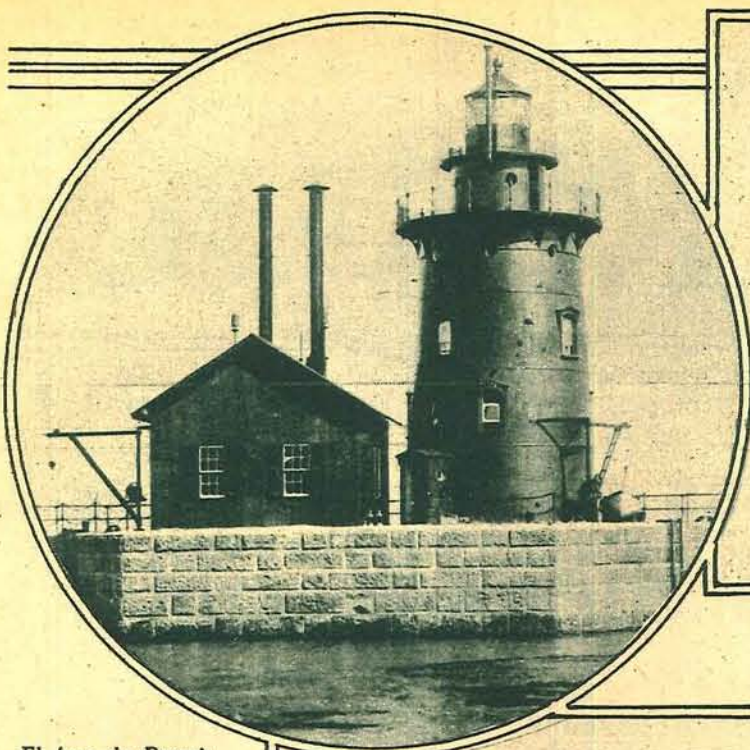


Escenita de la vida callejera porteña.

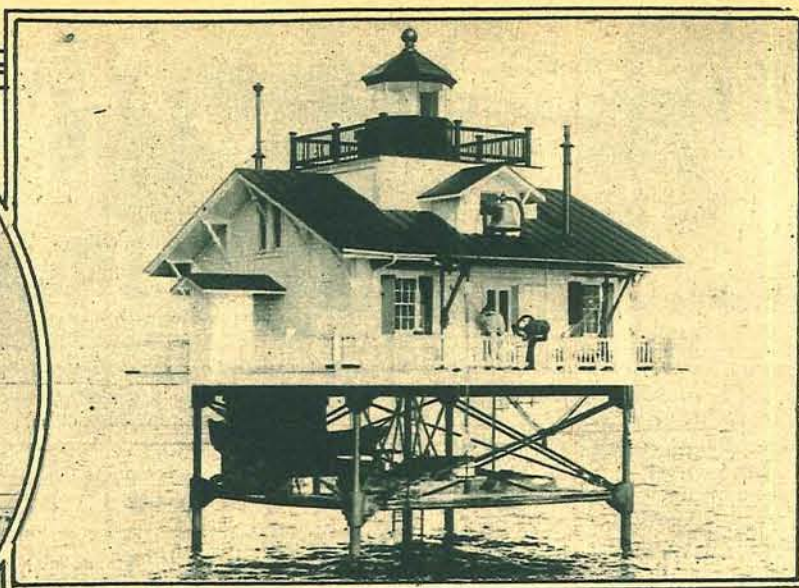


Todo progresa. El "auto-bar" compite en
el puerto con el tradicional carrito provisto
de bebidas y comestibles.



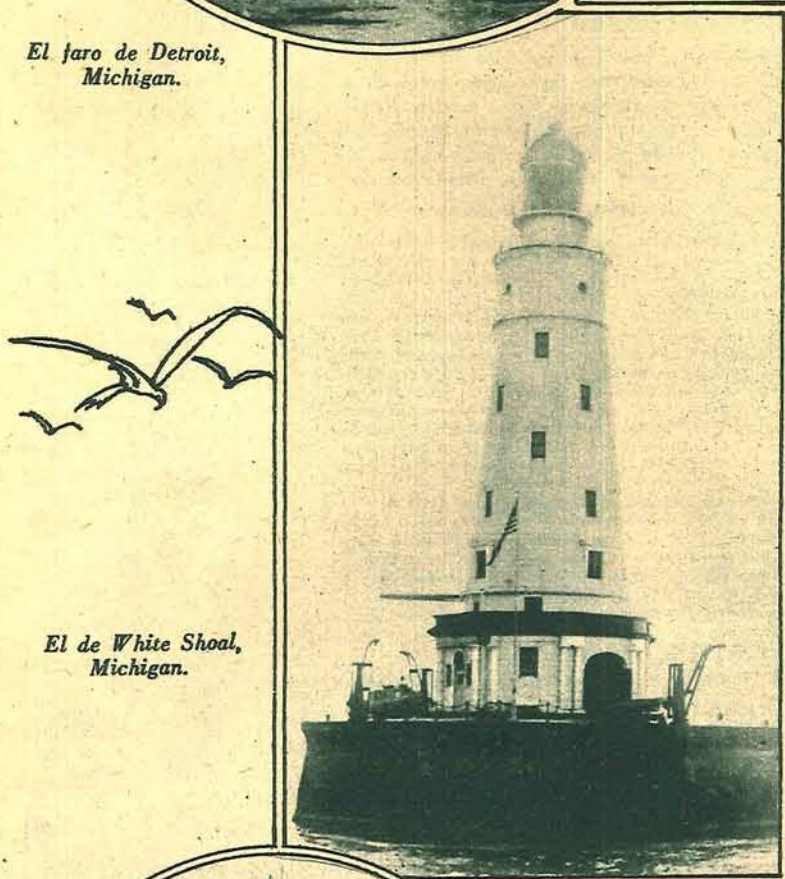


El faro de Detroit,
Michigan.



Luces
en el
agua

La casa faro de Croatan,
Carolina del Norte.



El de White Shoal,
Michigan.



El de Minot,
Massachusetts.



El faro de Cabo Hat-
teras, Carolina del
Norte.



Todo hombre desea dejar a su esposa e hijos una entrada suficiente que los libre de sufrir penurias.

Lea lo que sigue. Le dirá cómo usted puede hacer eso, y otras cosas que usted desea.

Ud.
puede tener
las cosas que desea!



Tenemos un medio para proporcionarle cualquiera de estos anhelos

Lea la lista de algunas de las cosas que por Ud. podemos hacer. Es indudable que habrán de interesarle. Esta información se la haremos llegar a Ud. sin compromiso alguno de su parte.

Nosotros tenemos la convicción de que el seguro de vida significa encarar con optimismo la VIDA, en las circunstancias que hacen más agradable el vivir, en librarse de preocupaciones, en conseguir mayor éxito.

Llene el cupón agregado y tendrá la información necesaria, sin que ello signifique compromiso alguno para Ud. Envíelo HOY MISMO.

Ud. no tiene interés alguno en morir. A Ud. le desagrada pensar en ello. Ud. no desea que se le hable al respecto.

Su interés está en vivir. En el éxito. En conseguir lo que desea. En obtener el máximo de la vida, con las menores preocupaciones. Como la mayoría de nosotros, Ud. desea tranquilidad y felicidad para Ud. y su esposa y un buen porvenir para sus hijos.

La Continental

COMPANIA DE SEGUROS GENERALES

Avenida Roque Sáenz Peña 555

Buenos Aires

PARA CONSEGUIR CUALQUIERA DE ESTAS COSAS.....

MANDE ESTE CUPON

Aquí hay algunas de las cosas que le podemos proporcionar:

- 1.—Un capital a los 50, 55 ó 60 años.
 - 2.—Ser realmente el propietario de su casa.
 - 3.—Educar a sus hijos a su gusto.
 - 4.—Tener reservas disponibles.
 - 5.—Una renta mensual en caso de incapacidad.
 - 6.—Dejar una renta garantida a su familia.
- (Marque el punto o los puntos que más le interesen con una X).

Señor Jefe de Consultas:

Nombre

Dirección

Ciudad

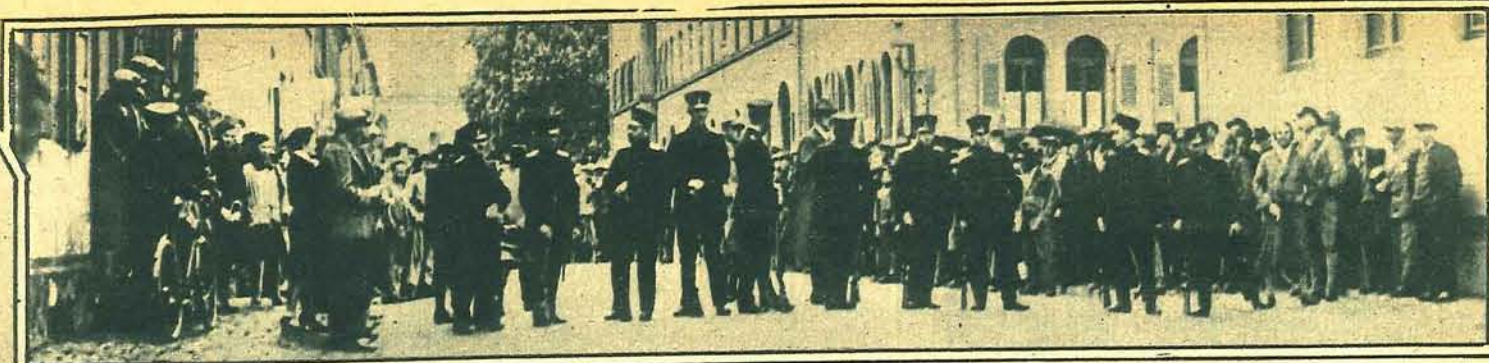
Provincia

Fecha nacimiento..... L. 5



María Elena Rawson, que obtuvo primer premio en el curso superior de L'Alliance Française.

De la exposición de Bellas Artes, de Madrid. Óleo de Sorin Haedo.



La policía de Gernersheim, Palatinado, ocupando una calle durante las manifestaciones tumultuosas promovidas por los vinederos de la región como protesta contra los altos impuestos.

Para alisar las arrugas y conferir al cutis blancura y lozanía.

De cada 5 actrices, cuatro siguen este encantador tratamiento

Es el moderno, a la vez que sencillo tratamiento cutáneo. Mire cómo las más conocidas actrices lo ponderan. Permite construir un cutis nuevo. Fácilmente, sin que nadie se percate del tratamiento, la piel de usted puede mejorar—conservarse joven siempre,—librarse de cualquier imperfección.

Un cutis límpido, liso y suave

Nada más que Crema de Oriente Vindobona le hace falta a Ud. para embellecer y rejuvenecer su tez. No es un astringente violento que estira la piel hasta ajarla, finalmente sin remedio, sino un vaso constructor. Sus valiosos ingredientes—sólo en ella contenidos—son absorbidos por la piel. Así ayudan y controlan su renovación. Diluye las pecas y cualquier alteración pigmentaria. Los paños y las manchas cutáneas desaparecerán como si Ud. las hubiese sacado con una toalla, simplemente. La piel adquiere perlina transparencia porque sana los barritos, acné, granitos y cualquier impureza. Se aclara, se blanquea—y nada hay más bello que un cutis blanco como la leche, fresco como el de una colegiala.

Cuando la piel está paspada o agrietada por el frío y la humedad, sólo entrar en contacto con Crema de Oriente Vindobona basta para que se sane de inmediato. Las aplicaciones sucesivas—como las practican la mayoría de las actrices, aquí y en el extranjero—tonifican la epidermis. Reafirman las partes flácidas, corrigen el contorno del rostro, y nutriendo, estimulando la piel, borran las arrugas, aun las más profundas, en la frente, en el cuello, junto a los ojos y a la boca.

Este tratamiento requiere sólo 3 minutos

Siguiendo el ejemplo de las bellezas de la escena, también Ud. introduzca, todos los días antes de acostarse, Crema de Oriente Vindobona en su piel. La librará de las pecas y manchas, de los granitos, barritos y otras impurezas cutáneas. Alisará sus arrugas. Le traerá un cutis tan bello y fresco como puede serlo el más hermoso de la más bella chica de 18 años.

"Crema de Oriente Vindobona es un verdadero bálsamo para fortificar el cutis. Los resultados son inmediatos y contundentes. Por eso la considero indispensable para todo tocador."

BERTA SINGERMAN.



"...revelaré un pequeño secreto de tocador muy mío: Crema de Oriente Vindobona aplicada profusamente todas las noches en el rostro, brazos, cuello y escote. ¿Por qué? Muy sencillo. Porque es una crema capaz de construir un cutis nuevo, hermoso, perfecto, aun donde antes hubiere uno deplorable."

AMELIA SENISTERRA.

Garantizamos los resultados

Por si no le bastaran a Ud. las manifestaciones que reproducimos en esta página, garantizamos a Ud. los resultados de la Crema de Oriente Vindobona. Los técnicos de los Laboratorios Vindobona, a quienes se debe la composición de la Crema de Oriente Vindobona, están seguros de que también a Ud. le traerá la dicha de poseer un cutis seductor. Si en Ud. no hiciera la Crema de Oriente Vindobona todo lo que aquí se afirma—le devolveremos el dinero gastado.

Se vende en todas las buenas farmacias y casas del ramo. Entre otras:

Farm. Franco-Inglesa	Perfumería Vislowna	Gath & Chaves	Farmacia Inglesa	Harrods
Sarmiento y Florida	Cabildo, 1589	Casa Centr. y Sucursales	Av. de Mayo, 900.	Florida y Paraguay
Farmacia Scannapieco	Casa Scherrer	Farmacia González	Farmacia Chialvo	Perfumería Rey
Esmeralda, 599	Suipacha y Cangallo	Rivadavia y Centenera	Sarm. y Talcahuano	Entre Ríos 129

FLORIDA 8, piso 1°

LABORATORIOS VINDOBONA

(Atendidos por señoritas)

BUENOS AIRES

Remitimos folletos gratis. Llene y envíe el cupón hoy mismo.

Pedidos del Interior se sirven en el día.

En Montevideo: Andes 1338, piso 2°

LABORATORIOS VINDOBONA L. N. O 36
Florida, 8, piso 1 - Buenos Aires

Sírvase enviarme gratis folletos explicativos sobre la Crema de Oriente Vindobona.

Nombre

Calle

Ciudad

Cuerpo esbelto—se obtiene por medio de baños

¿No ha observado usted que numerosas personas encontraron la forma de perder peso y conseguir esbeltez?

El exceso de peso, la gordura, son menos comunes. Esas personas se someten a un agradable tratamiento: dos "Baños Sarowal" por semana. En una bañera de agua caliente disuelva usted el contenido de un paquetito de Polvos para baños Sarowal. Sumérjase usted en el agua, caliente y descanse en ella. En seguida se iniciará un agradable proceso físico-fisiológico. Las grasas y los tejidos adiposos se disuelven, y son expulsados por los poros o reabsorbidos por el organismo. Tome usted dos baños Sarowal por semana. Pésese antes y después de cada baño. Comprobará que ha perdido uno o dos kilogramos. Con este tratamiento podrá comer lo que guste y no son necesarios los ejercicios violentos. Los Baños "Sarowal", al mismo tiempo que disuelven las grasas, estimulan la circulación, tonifican y refrescan la epidermis. La piel adquiere firmeza y suavidad y se alisan las arrugas.

Adquiera hoy "Polvos para Baños Sarowal". La balanza y la mayor sensación de bienestar físico le probarán los beneficios obtenidos.

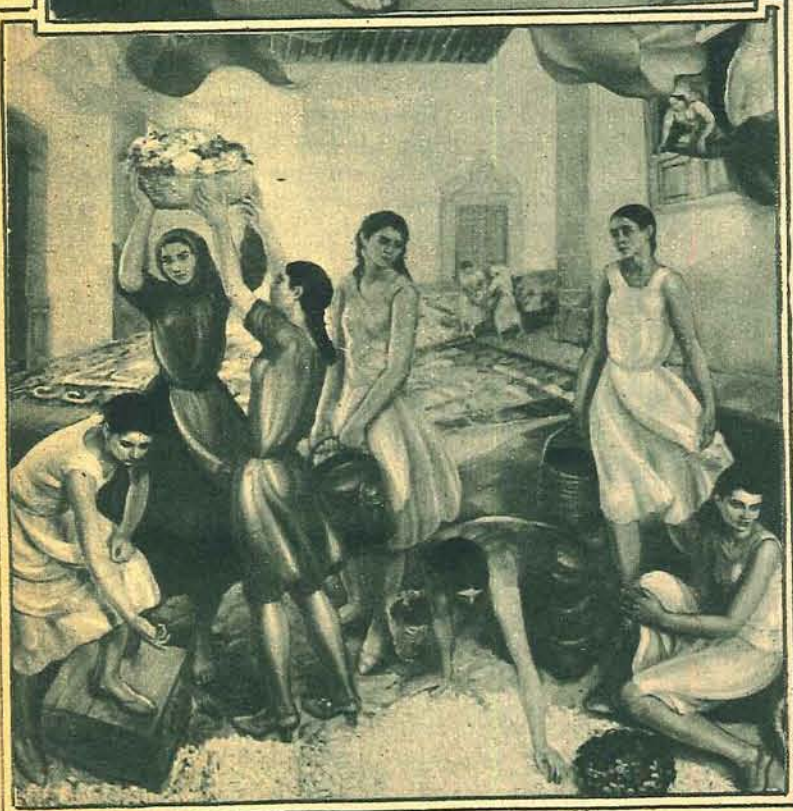
Se venden en las buenas farmacias, tiendas y perfumerías y en los

LABORATORIOS VINDOBONA

FLORIDA 8

Piso 1°

BUENOS AIRES



Uno de los trabajos expuestos por L. Aguiar.





El flamante campeón mundial de boxeo, Max Schmeling, practica con entusiasmo su entrenamiento y, como lo demuestra en la presente fotografía, no desdeña el conocido método de "hachar troncos de árboles", que hasta el presente parecía exclusivo de los púgiles vascos

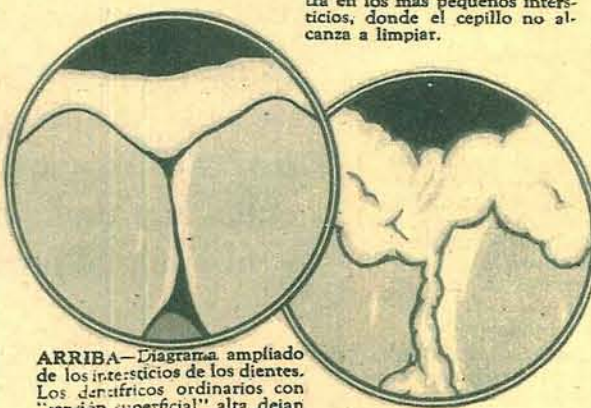


El club de golf recientemente inaugurado en Deauville estableció desde el comienzo un servicio perfecto de caddies, para que sean utilizados por los jugadores. Aquí aparece un grupo de ellos mientras se dirige al depósito con el fin de dejar las valijas de los palos

SPORT
EXTRAN-
JERO

No se engañe usted creyendo que sus dientes están realmente limpios

... a menos que usted haya limpiado las más pequeñas hendiduras, donde comienzan las caries. La espuma penetrante de Colgate se introduce en éstos lugares tan difíciles de alcanzar, eliminando todo residuo alimenticio y limpiando los dientes completamente.



ARRIBA—Diagrama ampliado de los intersticios de los dientes. Los dentífricos ordinarios con "tensión superficial" alta dejan de penetrar en el sitio donde comienzan generalmente las

ABAJO—Este diagrama demuestra como la espuma eficaz de la Crema Dentífrica Colgate con "tensión superficial" baja penetra en los más pequeños intersticios, donde el cepillo no alcanza a limpiar.

sus pequeñas hendiduras por completo y eliminando el peligro que existe en los dientes a medio limpiar.

Su dentista le dirá que ningún dentífrico puede curar la piorrea, corregir la acidez bucal ni fortalecer las encías. Le dirá asimismo que la misión de un dentífrico es la de limpiar la dentadura... y Colgate es el dentífrico que mejor la limpia. Es por esto que la mayoría de los dentistas lo recomiendan.

Colgate se fabrica también en polvo para quienes lo prefieran así. Pida el Polvo Dentífrico Colgate.

NO debe usted sentirse satisfecho al limpiarse únicamente la superficie de los dientes. Cualquier crema dentífrica puede hacer esto. Use la crema dentífrica que ha sido hecha expresamente para penetrar aun en los más pequeños intersticios, donde el cepillo no alcanza a limpiar.

La activa y penetrante espuma Colgate no solamente pule los dientes brillantemente, sino que les da una protección extraordinaria, limpiando



el tubo grande en la Capital



Para su nuevo intento de posesionarse de la copa América, Sir Thomas Lipton mandó construir un yate, el Shamrock V, cuyo precio estimase en la cantidad de 25.000 libras esterlinas. En los primeros ensayos realizados la embarcación demostró excelentes condiciones de rapidez y navegabilidad

Colgate Palmolive Peet Ltda.
Sgo. del Estero 1997. — Bs. As.

Sírvanse enviarme gratis un tubo de muestra de Colgate. — Acompañar 5 ctvs. para franqueo.

Nombre

Calle y N°

Localidad

F. C.

ECONOMICO

El tubo de Colgate que se vende a \$ 1.20 contiene más pasta dentífrica que cualquier otra marca conocida del mismo precio. Colgate Palmolive Peet Ltda., S. A. Ind. Bs. Aires.

CREMA DENTIFRICA COLGATE



Modelo de Patou, "l'enigme", en georgette; línea de escote original; cabuchón rodeado de brillantes en el hombro.—Vestido de Patou, en mousseline de soie blanco



Traje de calle de Joseph Paquin, en paño marrón adornado con pespunte



Traje de Maggy Rouff, en georgette negro; ramo de rosas rojas.—Vestido de Premet para comida, en satén lamé negro

La ELEGANCIA FEMENINA

LA DISTINCION EN LOS TRAJES DE CALLE

Por J. PAQUIN

LA nueva tendencia de la moda se nota, ante todo, en los trajes para usar durante el día. Los vestidos llamados de "una pieza" lo son en nombre solamente, pues cada vez es más intrincado su corte. Al mismo tiempo mantienen ese aire sencillo que les da el verdadero "cachet" parisiense. Este corte tan lleno de complicaciones es precisamente lo que lo adapta a todos los tipos. El cambiar de lugar una costura, aunque sea cinco centímetros; levantar o bajar un poco la línea del talle; aumentar en algo el vuelo de la falda, alterando el canesú o pretina sobre la cadera, para quedar bien a la forma, es el toque que hace que cada modelo siente a todos los cuerpos. Cuando apareció apenas el talle alto, todas se alarmaron porque nadie comprendía su poder infinito de adaptación. Después de casi un año de ensayos, se han llegado a convencer que esta moda es tal vez la que ofrece más probabilidad de sentar a cada figura individual.

Quien diga que la moda no es sentadora, es porque no ha estudiado la manera de adaptarla a su uso personal.

Es probable que el talle alto no favorezca a quienes lo tengan corto; se baja entonces el cinturón de dos a cinco centímetros; se deja ablusar el cuerpo y ya se verá cómo, modelando el traje sobre las caderas, la figura cambia completamente.

Para las de más edad, que no posean una figura muy delgada, no conviene un cinturón ancho en el talle, sino una línea suavemente "drapé" que achicará las caderas y será mucho más sentadora.

Hay muchos detalles de la moda actual que ayuda a personalizarla. Los boleros capas, peplum o falditas; las faldas de

largos diferentes, facilitan el disimulo de los defectos.

El largo de la falda es otro factor de mucha importancia en la adaptación individual. Unos centímetros más o menos pueden dar a la silueta una apariencia completamente distinta.

Lo mismo sucede con los ruedos desiguales; unas puntas pueden alargar y afinar algunas líneas. Todo modelo debe estudiarse bien antes de adoptarlo y haciéndole las alteraciones convenientes.

LA ULTIMA EXPRESION DE LA MODA REFLEJA UNA FEMINIDAD PRACTICA

Por Mme. YTEB

CONSIDERO que las proporciones de las tendencias de la moda han cambiado favorablemente. Con la línea alargada que trae el talle a su sitio y la falda corta más razonable, la silueta fina moderna alcanza su última expresión. Los vestidos más largos para el día se recibirán con agrado. Habiéndonos acostumbrado ya a los vestidos largos de noche, no parecerá éste un salto drástico, sino una evolución natural.

Las mejores cualidades de los dos estilos predominantes, el sport y el femenino, son los que afectan hoy la composición de los modelos.

Para la mañana y el sport, prefiero el tweed, tanto el tosco como el suave, dándoles una ligerísima forma en el ruedo.

Para los vestidos de tarde me gustan las mangas largas y angostas; para la noche, las elegantes que ya no son muy jóvenes pueden adoptar esos paneaux o godets vaporosos que caen hasta el codo o las mangas en encaje con volados sueltos cayendo desde el codo a la muñeca.

Me encanta el encaje fino y suave para la noche, sobre todo combinado con chiffón o georgette. El chiffón imprimé me parece precioso. Es tan juvenil y tan alegre; da una impresión verdaderamente artística.

Los tapados tres cuartos para la noche en lamé o terciopelo

DIBUJOS DE
PIERRE FOSSEY



Vestido de Premet, en georgette negro, con saquito de lo mismo

SON los polvos predilectos de la mujer argentina porque matizan la perfección de su cutis, son invisibles y huelen a jardín.

Use usted



POLVOS TRINI
del tono que prefiera.

PERFUMERIA
GAL
MADRID
BUENOS AIRES
LONDON
NEW YORK

CAJA
\$2



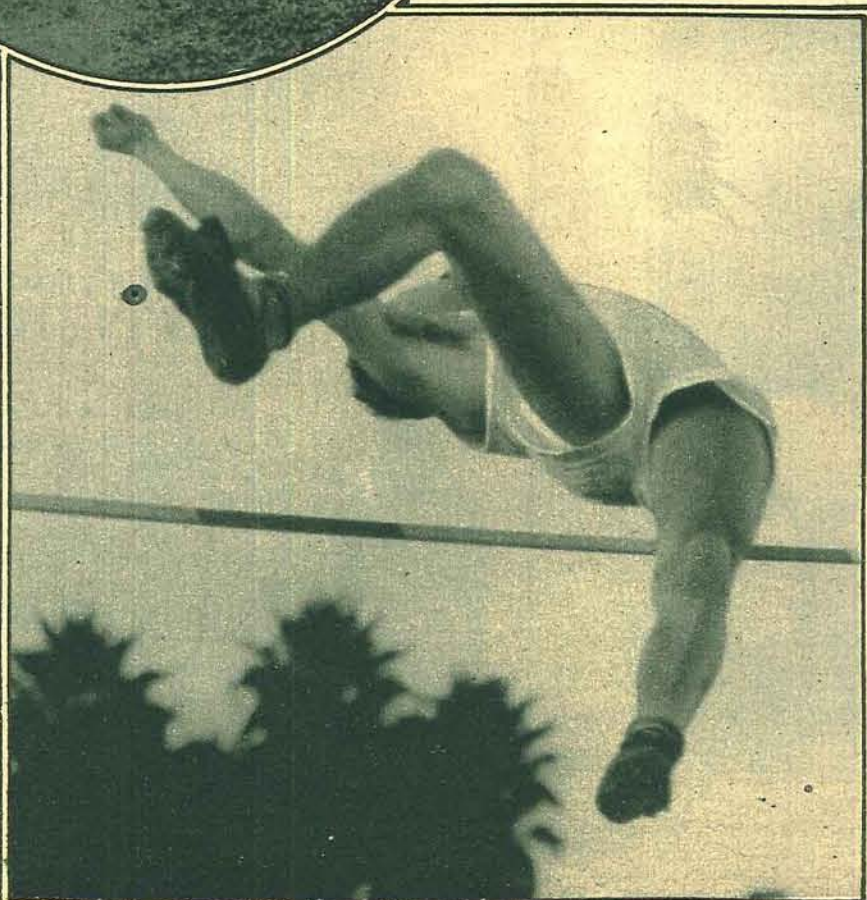
MOZAICO SPORTIVO



El San Isidro Golf Club inauguró el domingo su temporada. La concurrencia fué muy numerosa. Las Srtas. Sara Alvarez y Clara Mercado fueron sorprendidas por uno de nuestros fotógrafos en un breve aparte



Pablo Riesen dió la nota sensacional del campeonato rioplatense de atletismo al batir el record sudamericano con 1,90 metros. La fotografía lo muestra en esa magnífica performance



Lo común, aquí, es que el jugador de football salga a la cancha luciendo su camiseta. Estudiantes de La Plata ha proveído a los componentes de su equipo de primera división con sendos sacos, adornados con el escudo del club. Las fotografías muestran a los jugadores del equipo platense al entrar a la cancha de River Plate vistiendo la nueva prenda y al hombre encargado de recoger los sacos *



ES DELICIOSO



EL MEJOR DEL MUNDO

CUPÓN PARA MUESTRA GRATIS

La Nación 29/6/30.

Se entregará una muestra gratis del delicioso chocolate NESTLÉ para la taza a toda persona que entregue este cupón en la Casa Nestlé, Balcarce, 327, Buenos Aires.
Nota: Las muestras se enviarán por correo únicamente, a los residentes fuera de la Capital Federal o en el interior.



Pedro Quartucci, Carmen Carmona, Ada Pampín, Aurelia Padrón, Lila Valle, Carmen Méndez, Ana Orquín, Juana Becker, Zuquita Rolland, Fanny Álvarez, Margarita Ríos, Felisa Bonorino, Haydée Bozán, Ester Torday, Angela Maglio, Jenny Green y Noemí Dicenzo, del Sarmiento, en la revista "S. E. en el Colón"

KODAK
TEATRO



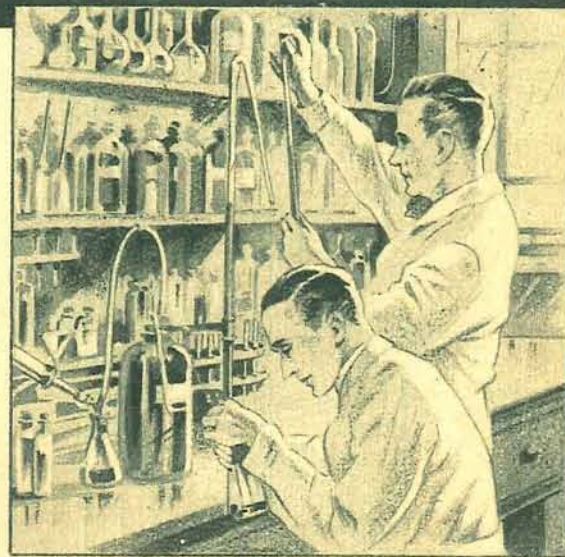
Leonor e Isabel Celindas, aplaudidas bailarinas españolas de los escenarios de variedades



Salvador Baccaloni, primer bajo cómico de la compañía del Colón



Concepción Martínez, bailarina solista del Teatro Colón



UN TONICO verdaderamente CIENTIFICO

KOLA CARDINETTE

...Y la mejor prueba de ello lo constituye el hecho de que es el que MAS RECETAN LOS MEDICOS DEL MUNDO ENTERO.

Pruébelo. Es buenísimo para estimular la reproducción de glóbulos rojos de la sangre, fortalecer los músculos, regular las funciones glandulares y entonar los nervios.

Como sabor, es un placer beberlo.

Tonifica y Sustenta



Kola Cardinette

The Palisade Mfg. Co. Yonkers — New York — E. U. A.

"MI VIDA"

POR

LEON TROTZKI

ILUSTRACION DE
PEDRO DELUCCHI

COMENZO mi segundo ciclo de prisión. Lo sufrí mucho más fácilmente que el primero, y por otra parte sus condiciones fueron incomparablemente mejores que en los ocho años precedentes. Me tuvieron algún tiempo en la cárcel "Cruz", luego en la fortaleza de Pedro y Pablo y al final, en la "Cárcel de Detención Preventiva". Poco antes de que nos desterraran a Siberia nos trasladaron a la "Cárcel de Tránsito". En total, sufrí quince meses de prisión.

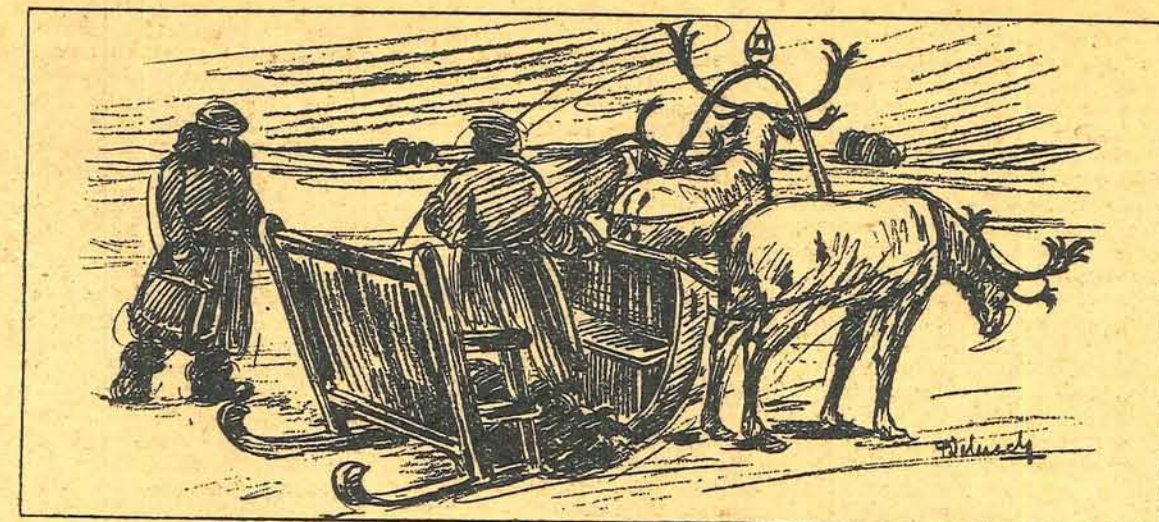
Cada una de las cárceles tenía sus características, a las cuales había que adaptarse; pero sería muy cansador describirlas aquí, ya que a pesar de la gran variedad de su disposición, todas ellas se asemejan mucho.

Pude consagrarme de nuevo al trabajo sistemático, científico y literario, dedicándome especialmente a la teoría de la renta de tierras y a la historia de las relaciones sociales en Rusia. Posteriormente se perdió un trabajo mío, extenso pero inconcluso, acerca del primero de estos temas. Fue ello la pérdida más penosa para mí después de la de mi trabajo sobre la historia de la francmasonería. Mis estudios sobre la historia social de Rusia se publicaron al cabo en mi libro "Totales y perspectivas", que contiene la doctrina de la revolución permanente en su expresión más cabal a la sazón.

Mis críticos, hoy tan numerosos en todas partes del mundo y secuaces de Stalin, y la mayoría de los cuales no se dio cuenta de la existencia de puntos discutibles sobre la revolución hasta fines de 1923, podrían en verdad tomarse la molestia de estudiar a fondo mi obra "Totales y perspectivas", escrita doce años antes de la revolución de octubre. Reza ello también plenamente con Stalin. Y a fin de facilitarles el trabajo, les prometo reimprimir mi viejo libro muy pronto, apenas me sea posible.

A raíz de nuestro traslado a la "Cárcel de Detención Preventiva", se nos permitió que nos visitaran nuestros abogados. La Primera Duma reavivó el mundo político. Los periódicos empezaron a hablar con mayor audacia. Los editores de los libros de Marx, andaban más atareados. Yo escribí mucho en la cárcel, y los abogados llevaban en sus carteras mis originales al impresor. Por entonces escribí mi opusculo "Peter Struve en Política". Lo redacté con tanta avidez que el ejercicio diario de la cárcel se me hizo enojoso. Enderezado contra el liberalismo, el opusculo era en substancia una defensa del Soviet de Petersburgo, del levantamiento armado de diciembre en Moscú y, en general, de la política marxista contra las críticas de los oportunistas. La prensa bolchevique lo acogió con algo más de simpatía, en tanto que la menchevique guardó un silencio de muerte.

Para entretenerme, leía los autores clásicos de la literatura europea. Huellas de estas lecturas pueden verse en todos mis escritos de publicista de aquellos días. Por entonces trabé amistad con los grandes maestros de la novela francesa. El arte de narrar cuentos es principalmente arte francés. Por más que, en general, dominé el alemán que el francés, leí con mayor facilidad las novelas y en general



la literatura de Francia que la de Alemania; y hoy conservo todavía afición por la novela francesa.

Al fin y al cabo no tengo motivos para quejarme de mi vida de preso. Mis prisiones fueron buenas escuelas para mí. Abandoné mi solitaria celda de la fortaleza de Pedro y Pablo con una leve nostalgia; ¡había tanta calma y tranquilidad allí, la vida fluía tan suavemente y era aquél un ambiente tan ideal para el trabajo del intelecto!

En cambio, la "Cárcel de Detención Preventiva" era muy populosa y alborotada. Albergaba a no pocos hombres condenados a muerte: casos de terrorismo y expropiación armada multiplicados a profusión en todo el país. A causa de la existencia de la primera Duma, el régimen de la cárcel era liberal. Las celdas no tenían cerrojos y los paseos de ejercicio se realizaban en común. Durante horas y horas solíamos jugar al "salto de la rana" en un patio. Hombres sentenciados a muerte doblaban el cuerpo y saltaban con la mayoría de nosotros. Mi esposa iba a visitarme dos veces por semana. Los guardianes de turno miraban a otro lado cuando cambiábamos cartas y manuscritos literarios. Uno de aquéllos, un anciano, era especialmente benévolo con nosotros. A pedido suyo, le observé mi libro con mi retrato dedicado en toda regla. "Tengo hijas estudiantes en la Universidad", me susurraba complacido, guiñando el ojo con expresión amistosa y misteriosa. Lo volví a ver bajo el régimen soviético e hice lo que pude por él en aquellos años de hambruna.

Parvus solía pasearse por el patio en compañía de Deutsch. Yo me juntaba a menudo con ellos. Anda por ahí una fotografía de los tres, tomada en la cocina de la cárcel. Aunque viejo, Deutsch, rebosaba energía y proyectaba la evasión de todo el grupo, en cuyo plan logró enrolar a Parvus e hizo mucho también para persuadirme a que los acompañase. Resistí porque me atraía la transcendencia política del proceso público a que debíamos ser sometidos. El plan llegó a ser conocido por demasiada gente.

En la biblioteca de la cárcel, que era una especie de cuartel general, el guardián encontró una colección de llaves ganzuadas. Las autoridades de la prisión lograron silenciar el suceso, pues sospechaban que las herramientas habían sido puestas allí no por uno de nosotros, sino por los gendarmes, a fin de conseguir que se modificara el régimen de la cárcel. Con todo, Deutsch había de efectuar su cuarta evasión, no de la cárcel, sino de Siberia.

Las divisiones intestinas aumentaron mucho en el partido, después de la derrota de diciembre. La disolución de la Duma por el Gobierno había planteado nuevamente todos los problemas de la revolución, acerca de los cuales traté en un folleto táctico publicado por Lenin bajo seudónimo. Ya los mencheviques ordenaban en to-

do su frente el "alto del fuego". En mi folleto, que aparentemente tenía por objeto tratar de la más o menos notoria Mme. Kuskov, castigaba yo a los mencheviques. "¿Qué capricho le dió — me dijo Martov con aspereza en una conversación posterior — de perder tanto tiempo en Mme. Kuskov"? Le repliqué casi brutalmente que mi propósito principal había sido deshacerme de Mme. Martov. Sin embargo, las disensiones entre los presos no tenían aún la gravedad de las que dividían a los compañeros libres. Nuestras relaciones amistosas nos permitieron publicar una relación colectiva de la obra del Soviet de Petersburgo, y en ella colaboraron hasta cierto punto los mencheviques.

La vista pública del proceso instruido contra el Soviet de los Diputados empezó el 19 de septiembre, durante la luna de miel de las belicosas cortes marciales de Stolypin. La explanada del edificio de las Cortes de Justicia y las calles adyacentes estaban convertidas en un campamento militar. Todas las fuerzas de policía de Petersburgo habían sido movilizadas; pero la vista se desarrolló en un considerable ambiente de libertad, porque la reacción ansiaba desacreditar, de una vez por todas, al conde Witte, poniendo al descubierto su liberalismo, su debilidad para con la revolución. Se citó en total a cuatrocientos testigos, más de la mitad de los cuales comparecieron y prestaron declaración.

Trabajadores, industriales, gendarmes, ingenieros, domésticos, gente humilde del pueblo, periodistas, mensajeros, altos funcionarios de policía, estudiantes, consejeros municipales, porteros, miembros de la Duma, profesores, soldados y otros más atestiguaron en el curso del mes que duró el proceso y hubieron de soportar el fuego de las repreguntas de jueces, fiscales, abogados defensores y de los propios acusados, muy especialmente de aquellos deseos de reproducir — lo cual en realidad consiguieron punto por punto, y detalle por detalle — toda la historia de la obra del Consejo de Obreros y Campesinos. Así realizamos nuestro gran objetivo. La Corte se negó a llamar a declarar al senador Lopukhin, quien, como director del Departamento de Policía, había organizado una gran imprenta destinada a difundir volantes invitando al pueblo a cometer pogromos. Luego, deliberadamente, impedimos la prosecución ordenada de las diligencias. La Corte se vio obligada a ordenar que se nos reintegrara a la cárcel y que el juicio prosiguiera en ausencia nuestra.

Apenas se nos volvió a encerrar, nuestros abogados arrojaron al canasto sus alegatos y el público y los testigos se ausentaron, quedando solos los jueces, en compañía de los fiscales del crimen. La sentencia se leyó en ausencia nuestra. Hasta hoy no se ha publicado el informe oficial taquigráfico de este proceso excepcional y, si no me engaño, ni siquiera ha-

sido posible hallarlo; pero los hechos esenciales quedan narrados en mi libro "1905", por lo cual no los repetiré aquí.

Mi padre y mi madre asistieron a la vista. Sus pensamientos y sentimientos eran confusos. Ya no podían explicarse mi conducta por exuberancia juvenil, como lo hicieron en mis tiempos de Nikolaev. Yo era director de diarios, presidente del Soviet, y tenía renombre como escritor, todo lo cual impresionaba mucho a los viejos. Mi madre solía conversar con los abogados defensores, procurando averiguar por boca de ellos nuevos detalles acerca de mí, alguna cosa que le complaciera. Durante mi exposición ante la Corte, de la cual muy poco se le alcanzaba, prorrumpía quedito en exclamaciones. Lloró más fuerte cuando, terminado mi discurso, un grupo de abogados se acercó a estrecharme la mano.

Entonces, uno de los abogados, Al S. Zarudny, logró arrancar a la Corte una orden de suspensión de la vista, a causa de la excitación general. Zarudny llegó a ser ministro de Justicia del Gobierno de Kerenski y ordenó mi encarcelamiento acusándome de alta traición. Pero ello ocurrió diez años después...

Durante la suspensión de la vista mis viejos me miraron con ojos felices. Mi madre estaba segura de que no sólo me absolverían, sino que hasta me condecorarían o me ascenderían de algún modo. Yo la convencí de que debía prepararse a escuchar una sentencia a trabajos forzados. Al oír esto, ella miraba azorada a los abogados defensores y a mí, procurando entender cómo podría ser así. Mi padre estaba pálido y silencioso, contento y abatido a la vez.

Fuimos condenados a la pérdida de los derechos civiles y al destierro por deportación, sentencia relativamente benigna, ya que esperábamos serlo a trabajos forzados. Sin embargo, el destierro por deportación en virtud de sentencia de una Corte de Justicia era cosa muy diferente del destierro por decreto administrativo, en el cual incurri la primera vez que fui deportado. El destierro por deportación era de por vida, castigándose además cualquier tentativa de evasión con tres años de trabajos forzados. Hacía pocos años aun que se había abolido el castigo adicional de cuarenta y cinco azotes por cada condena a trabajos forzados. Notificada que nos fué la sentencia, se nos entregaron trajes de penados, ciertos es que sin el "as" de diamantes en la espalda. Yo me di maña para conservar mis zapatos, cosa de gran importancia para mí, porque en la suela de uno había escondido un delgado pasaporte y en los tacos varias monedas de oro.

Nos enviaron a todos a la aldea de Obdorsk, mucho más arriba del círculo ártico, y se tomaron inusitadas medidas de precaución para custodiarnos. No se juzgó suficientemente seguro el convoy petersburgués, y es un hecho que el centinela que nos custodiaba con la espada desenvainada en la ma-

MI PROCESO, DEPORTACION Y FUGA

Subí a su más liviano trineo de renos con mi escaso equipaje

no en el vagón-cárcel especial en que éramos conducidos, nos canturreaba las últimas tonadas revolucionarias. En el vagón siguiente al nuestro viajaba un escuadrón completo de gendarmes y en cada estación donde parábamos rodeaban nuestro coche.

Al mismo tiempo, las autoridades carcelarias nos trataban con toda consideración. A la sazón las probabilidades de la revolución y contrarrevolución equilibrábanse exactamente, siendo inseguro quién inclinaría el platillo de la balanza. Viajamos en ferrocarril hasta Tiumen; pero desde aquí hasta Tobolsk nos llevaron en trineos, aguas abajo del río Obi. Este viaje duró más de un mes, en el cual atravesamos regiones que asolaba una epidemia de tifus, para llegar a Berezov, lugar al que fué desterrado el príncipe Menchikov, colaborador principal de Pedro el Grande, al caer en desgracia.

Fué allí donde decidí probar fortuna, evadiéndome. En la ruta escribía diariamente a mi esposa, a la vez que llenaba un diario que llevaba conmigo. Las cartas y el diario sirvieron de base a un libro mío publicado hace tiempo en ruso y también en otras lenguas extranjeras con el título de "Ida y vuelta"; por consiguiente, hablaré muy de pasada acerca de mi evasión.

En Berezov nos dieron un descanso de dos días. Teníamos aún que caminar unos 580 kilómetros para llegar a Obdorsk. Se nos permitió que paseáramos en libertad, porque las autoridades no temían ninguna tentativa de fuga en ese lugar. No existía más camino de regreso que la pista del helado Obi, a lo largo de los postes telegráficos, y cualquier fugitivo sería recapturado inmediatamente. En Berezov vivía desterrado el agrimensor Roshkovski. Le consulté acerca de algún otro medio de evadirme. "Puede arriesgarse — me respondió — a huir en dirección al Oeste, sobre el río Sosva, rumbo a los montes Urales. Allí no hay caminos, a no ser las huellas de los trineos de renos dejadas quizá por los Ostiakos nómades. La policía no podrá seguirlo por esos parajes; pero, naturalmente, corre usted el peligro de perecer entre la nieve. Estamos en febrero, mes de las borrascas de nieve".

El doctor Feit, un compañero de destierro, me enseñó cómo simular una ciática, a fin de lograr quedarme unos cuan-



Si ha dejado el Hábito de Afeitarse solo, por Molesto—

reanúdelo... pero usando Super Crema de Afeitar Mennen.

...No volverá a dejarlo porque con ella afeitarse es un placer, una delicia y una distracción.

Usar Mennen, es usar lo mejor.

MENNEN

Distribuidor para la Argentina: H. E. HERSZELD

Río de Janeiro 258 - 133 - Buenos Aires

tos días en Berezov. Desempeñé con buen resultado aquel modesto papel de la conspiración. Como es sabido, la ciática no puede diagnosticarse por síntomas externos. Me enviaron al hospital, cuyo reglamento era muy tolerante. Di largos paseos en una explanada, diciéndome después "muy aliviado". El médico fomentó mis paseos. Nadie tenía una tentativa de evasión de Berezov en aquella estación del año.

Roshkovski pidió consejo a mi respecto a un campesino del lugar, apodado "Pata de Cabra". El hombrecillo, enjuto como un hueso, frío e ingenioso, tomó a su cargo organizar mi evasión y obró con absoluto desinterés. Cuando se descubrió su complicidad fué castigado brutalmente. Después de la revolución de octubre, "Pata de Cabra" supo quién había sido el sujeto a quien él ayudara a escapar diez años atrás. Hasta 1923 no acudió a verme a Moscú y nuestro encuentro fué cordial. Se le vistió con un uniforme completo de soldado del Ejército Rojo, se le llevó a los teatros y se le obsequió un gramófono y otros objetos. Poco tiempo después, el anciano murió en su tierra natal del Extremo Norte.

Desde Berezov era necesario viajar con renos. El problema consistía en encontrar un guía que se arriesgase a acompañarme en tan dudosa jornada durante aquella estación del año. "Pata de Cabra" dió con un sirio, hombre ponderado y experto, pero borracho, como la mayoría de sus paisanos. Este hombre fué quien traicionó posteriormente a "Pata de Cabra", pero entonces me condujo con todo éxito.

Habíamos convenido en que mi partida se efectuaría a medianoche del domingo. Aquel domingo los funcionarios locales habían organizado una función teatral de aficionados. Yo me presenté en las barracas que servían de teatro y habiendo encontrado allí al jefe de policía del lugar, le dije que me sentía mucho mejor y que esperaba poder en breve proseguir mi viaje a Obdorsk. Era ello una deslealtad, pero absolutamente necesaria.

Al dar las doce de la noche el reloj de la iglesia, me encaminé al corral de "Pata de Cabra". El trineo aguardaba. Me acomodé en su fondo. "Pata de Cabra" me cubrió con paja congelada, la dispuso convenientemente y partimos. La paja empezó a deshacerse y sobre mi cara resbalaron hilos de agua helada. A los pocos kilómetros de recorrido, paramos. "Pata de Cabra" desató la paja y yo salí, arrastrándome, de mi escondite. Mi conductor silbó de

manera especial. Respondieron voces que evidentemente eran de borrachos. El sirio estaba más que un poco bebido y a mayor abundamiento, en compañía de sus amigos. Suponía ello mal comienzo; pero no cabía escoger. Subí a su más liviano trineo de renos, con mi escaso equipaje. Yo vestía dos abrigos de pieles, uno interior y otro exterior; llevaba medias de piel y botas del mismo material y tenía un sombrero doble y guantes también de piel, o sea la indumentaria completa de un viajero ostiako en invierno. En mi bagaje encerraba varias botellas de alcohol, que es el equivalente de la "moneda en circulación" más seguro y más comúnmente aceptado en el desierto.

Reanudamos la marcha, siguiendo el curso del río Sosva, con el propósito de alcanzar el ferrocarril de trocha angosta del Ural, frente a las fundiciones de Bogoslavsk. Mi guía cambiaba los renos, tomándolos de rebaños o manadas de centenares de ellos, y los animales desempeñaban su cometido a conciencia, a un promedio de diez o doce kilómetros por hora. El conductor borracho se quedaba dormido a cada rato, exponiéndonos a ambos a tremendas calamidades, y no respondía a mis pellizcos y sacudones, así es que me veía obligado a quitarle el sombrero de la cabeza: al poco rato su cabello se cubría de blanca escarcha y esto le hacía despertar sobresaltado.

Proseguimos. Era un viaje verdaderamente magnífico por el virgen desierto de nieve, entre abetos y huellas de animales. De muy buena gana lo repetiría, siempre que, naturalmente, se me garantizase la llegada a la meta. Los renos comían una vez al día y se buscaban su propio forraje. Se les ataba un madero al cuello y se les soltaba. Solían elegir lugares en los que husmeaban la presencia de musgo bajo la nieve; en seguida cavaban un hoyo profundo con sus cascos y se hundían en él casi hasta la cabeza, para comer. Aquellos animales me inspiraban igual sentimiento que inspiraría a un aviador su máquina, mientras volase a centenares de metros sobre el mar. El mejor de nuestros tres renos, el guía, quedó cojo. ¡Qué susto pasamos! Hubo que reemplazarlo. Buscamos algún campamento de ostiakos nómades, que andaban diseminados por el vasto territorio. A menudo mi guía encontraba su paradero merced a indicios apenas perceptibles como, por ejemplo, el olor del humo, que advertía a varios kilómetros de distancia.

Perdimos más de veinticuatro

horas en reemplazar al reno; pero me desquité hasta cierto punto con la vista de tres ejemplares cazados ya a lazo por los ostiakos, que al amanecer galopaban a toda velocidad entre un rebaño de centenares de esos animales.

Atravesamos selvas, pantanos cubiertos de nieve y enormes extensiones de bosques incendiados. Entre los trozos de hielo solíamos hervir agua de nieve para hacer té. Mi guía prefería beber alcohol, pero yo cuidaba de que no lo hiciera con exceso.

El viaje duró una semana. Habíamos recorrido más de 700 kilómetros y nos acercábamos a los montes Urales. Con frecuencia cada vez mayor nos cruzamos con convoyes de viajeros. Yo me hice pasar por uno de los ingenieros que acompañaron al barón Toll en su expedición al Polo. Cerca ya de la frontera Ural sucedió que nos encontramos con un hombre que había estado al servicio de esa expedición y conocía a todos sus miembros. Me abrumó a preguntas; pero felizmente no era hombre muy sobrio, así es que me apresuré a salir del aprieto mediante una botella de ron, que me acompañaba. Todo resultó a maravilla.

A partir de los montes Urales se podía viajar en coche tirado por caballos. Aquí me transformé en funcionario oficial de poca categoría, de nombre Vikentyef, y en compañía de un inspector que visitaba su vasta circunscripción, viajé hasta llegar al ferrocarril de trocha angosta. El gendarme de la estación me vió, indiferente, surgir de mis abrigos ostiakos de pieles. Al embarcarme en el ferrocarril a Perm, telegrafí a mi esposa que fuese a recibirme a una estación donde los dos trenes se cruzaban. Ella no esperaba el telegrama, por lo menos tan pronto; pero tampoco la sorprendió. Nuestra travesía a Berezov había durado más de un mes. Los diarios de Petersburgo rebosaban en relatos de nuestro avance hacia el Norte. Seguía llegando correspondencia al respecto y todo el mundo me creía en ruta a Obdorsk. En total, mi viaje de regreso no duró más que once días. Ni que decir tiene que a mi esposa le parecía increíble ir a recibirme no lejos de Petersburgo. ¡Tanto mejor fué nuestro encuentro!

De la estación de ferrocarril de San Petersburgo nos dirigimos sin tardanza a casa de nuestros buenos amigos de la Escuela de Artillería. No he visto jamás pasmo mayor que el de la familia del doctor Litkens ante mi presencia. Allí es-

taba yo en el amplio comedor como "fantasma viviente". Me miraban todos de hito en hito. Aún después de abrazarnos y besarnos, apenas si querían dar crédito a sus ojos. Poco a poco se convencieron de que era yo mismísimo. Todavía hoy siento las impresiones de aquel día: fueron horas muy dichas.

Pero el peligro no había pasado, ni mucho menos, como nos lo recordó antes que nadie el doctor. Por el contrario, en cierto sentido, acaba de empezar. Por supuesto que ya habían llegado telegramas anunciando mi evasión. En Petersburgo me conocían de vista demasiadas personas, por mi figura al frente del Soviet de Diputados. La evasión del destierro estaba penada con trabajos forzados. Decidimos ir a Finlandia, donde sobrevivía mucho más que en Petersburgo la libertad conquistada por la revolución. El momento más peligroso de toda esta aventura ocurrió en la estación del ferrocarril a Finlandia, en Petersburgo. Poco antes de partir nuestro tren, varios oficiales de gendarmes que inspeccionaban a los viajeros entraron en nuestro compartimento. Por el rostro de mi esposa, que vigilaba la portezuela del coche, comprendí el peligro que habíamos corrido. Vivimos un minuto de intensa ansiedad nerviosa. Los gendarmes nos echaron una ojeada indiferente y siguieron de largo.

Tanto Lenin como Martov se habían ausentado de Petersburgo desde hacía algún tiempo y vivían en Finlandia. En la unión de las fracciones efectuada en la conferencia de Estocolmo, en abril de 1906, se advertía ya un hondo cisma. La marea revolucionaria subía. Los mencheviques se arrepentían de sus ligerezas de 1905. Los bolcheviques no se arrepentían de nada, pero no apartaban la vista de la revolución venidera.

Fuí a visitar a Lenin y a Martov que vivían en aldeas cercanas. Como de costumbre, en la pieza de Martov reinaba el más completo desorden. En un rincón se veía una pila de diarios de metro y medio de alto. En el curso de nuestra conversación, Martov se levantó una y otra vez, buceó en aquel mar y pescó lo que buscaba. En su mesa yacían manuscritos cubiertos de polvo y ceniza de cigarrillos. En su nariz se balanceaban unos lentes de vidrios empañados. Como siempre, el cerebro de Martov rebotaba de brillantes ideas, finas e ingeniosas; sólo le faltaba una — la más importante de todas —: saber lo que haría.

La habitación de Lenin, en cambio, demostraba el orden más perfecto. El no fumaba. Los ejemplares de los diarios que precisaba estaban colocados en el sitio en que se les necesitaba. Y, sobre todo, había en aquel rostro gris, opaco y prosaico, aunque muy singular, una certidumbre invencible, si bien expectante. No se discernía, sin embargo, si ésta se debía a la marea creciente de la revolución o simplemente a un halago pasajero ante el nuevo movimiento ascendente. De todos modos, era necesario luchar con la gente escéptica, probar las teorías en la piedra de toque de la experiencia de 1905, educar a nuevos trabajadores para el nuevo reflujo de la marea de la nueva revolución.

En nuestra conversación, Lenin aprobó la obra que yo escribiera durante mi prisión, pero me reprochó el que no hubiera sacado las conclusiones necesarias en punto a organización, en lo cual tenía razón. Al partir de Helsingfors me dejó direcciones, que resultaron valiosísimas, de personas amigas residentes en esa ciudad. Esos amigos de Lenin me ayudaron a radicarme en forma modesta en Oglbu, cerca de Helsingfors, donde vivió Lenin posteriormente. El jefe de policía de esta capital, que era un "activista", esto es, un revolucionario nacionalista finlandés, me prometió avisarme en caso de que me amenazara algún peligro desde San Petersburgo. Pasé en Oglbu varias semanas con mi esposa y nuestro nene, que nació mientras yo estaba en la cárcel. En aquel solitario retiro fué donde escribí el relato de mi viaje con el título de "Ida y vuelta", y el dinero que me pagaron por este libro me permitió marcharme al extranjero, vía Estocolmo.

Hasta que crucé la frontera me acompañó una muchacha finlandesa "activista". A la sazón los activistas finlandeses eran amigos nuestros. En 1917 se volvieron fascistas y enemigos jurados de la revolución bolchevique.

El barco escandinavo me condujo a una emigración que iba a durar diez años.

(Continuará).

Nota del autor: En mi libro "1905" hice adrede una relación falsa de este incidente de mi fuga. A la sazón me era absolutamente imposible poner a la policía del Zar en la pista de mis auxiliares. De todos modos, confío en que Stalin no los perseguirá, sobre todo por haber pasado muchos años desde que cometieron ese crimen. Por lo demás, en mi última etapa, me ayudó el propio Lenin, como se verá.

EL ARTE DE AMERICA

(Continuación de la pág. 13)

autorizado—debe verse la realización de un tipo único y definido de arte plástico, correspondiente al grupo humano surgido en el suelo de la Nueva España después de una evolución relativamente lenta. Federico Mariscal, arquitecto y escritor, señala el carácter churriguera de la capilla de Pocito y la influencia oriental que lo transforma. Diez Barroso, por su parte, la juzga como el más interesante ejemplo de combinación de influencias platerescas y mudéjares sobre una construcción de estructura netamente barroca. El doctor Atl, erudito en materia de historia del arte en México, la señala como un prototipo de "arte de acumulación", creado sobre la base de elementos y enseñanzas de variado origen, e influido por un sentimiento que tiene mucho de veneciano por lo libre y por lo armónico. Cita corroborando esta tesis, el efecto que producen los remates de las fachadas

de San Marcos y la impresión de similitud que se recibe cuando se mira desde el Cortile Rizzi del Palacio Ducal, hacia el lado de las cúpulas de la basílica. Añade, por último, que no es difícil que el arquitecto Guerrero Torres se haya inspirado en la contemplación de los remate de los muros y de los arcos del baptisterio de Pisa.

Si se atiende a estas opiniones y si se quiere establecer la filiación arquitectónica de una obra semejante y tan bella, preciso será convenir en que priman las condiciones de conjunto sobre las particulares de naturaleza mudéjar o plateresca. En tal corriente de ideas puede afirmarse que la capilla del Pocito es de arquitectura mejicana, por no decir de arquitectura típicamente mejicana. Hay en ella algo más que simples elementos de tal o cual procedencia. Es una obra en la cual colaboraron todas las clases sociales, en cuya construcción no vacilaron en prestar su mismo concurso manual hasta las damas más encumbradas, y en la que, evidentemente, el arquitecto se hallaba poseído de las

ideas de su tiempo en lo que respecta a la religión y al arte. De ahí que, en forma espontánea, tanto la planta—deducida tal vez de plantas italianas—como el alzado y los detalles decorativos exteriores e internos, se ofrezcan a nuestros ojos como trasunto de una vida espiritual inconfundible. ¡Cuán lejos se halla la magnífica construcción de remedar ejemplos exóticos o de constituir una vulgar agrupación de elementos más o menos plagiados!

El tezontle, material genuinamente azteca, es la base de la construcción y de su policromía. Esta última, además del empleo de azulejos de vivos colores, cuya utilización fué tradicional en todas las obras neoplaterescas y mixtas de Nueva España, cuenta con el uso y abuso de tonalidades y del dorado en la ornamentación interior. Digna de notarse, por otra parte, es la portada lateral de la capilla, de estilo borrominiano y exenta de las influencias que dominan en el conjunto de la fábrica.

La mayor dimensión de la planta, medida sobre su eje

longitudinal, alcanza a 27 metros, comprendiendo la sacristía, que se halla en la parte posterior. Interesante es el resalte de los fondos de las capillas en los muros exteriores, resalte que da expresión inconfundible a las fachadas. Las nervaduras de la cúpula y sus apoyos revelan estudio acertado, proporcionando una sensación de equilibrio y armonía.

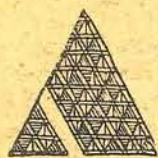
¿Pertenece esta obra a la última etapa de la evolución del arte español transplantado al suelo americano? Innegable resulta, por cierto, este hecho, que se confirma con solo examinar las circunstancias en que fué construida. Pero, si bien se mira, fácil resultará advertir en la armoniosa claridad y maestría de la composición, en la sultura de las formas, que ya no responden a aquellas que dócilmente se aceptaron, procedentes de España, en la transformación de las ideas artísticas que adquieren un sello personal e inconfundible, en la fijación de ese "algo" superior que anima, vivifica y embellece la propia labor del espíritu y en la liberación plena y deliberada de los cánones de la escuela netamente española de

arquitectura, un positivo y verdadero milagro de afirmación espiritual y estética. La capilla del Pocito, construida, en efecto, veinte años antes de la gesta emancipadora, resulta ser ahora, ante la historia, una prueba concluyente de la madurez de un pueblo que, formado en la cultura hispana, había logrado ya su emancipación intelectual y artística. Esta natural y coherente liberación se había anticipado a la emancipación política. Lamentable resulta, por cierto, que las crueles y caprichosas circunstancias que acompañaron en todo tiempo al pueblo levantisco de México, ocultaran casi por completo el horizonte a sus arquitectos y a sus pintores del siglo XIX. Digno broche que cierra todo un amplio período de la arquitectura y del arte americanos, la capilla del Pocito, con sus aguas milagrosas y su silueta grácil y bella, parece surgir ahora, por obra también de un milagro, como expresión de una cultura de la cual nos hallamos, por cierto, distantes, pero a la que, por momentos, nos sentimos íntima y permanentemente ligados.

"MASCARA BLANCA"

FOR
EDGAR WALLACE

CAPITULO XVIII



L llegar Quigley a la comisaria había una absoluta falta de noticias. La ausencia de informaciones positivas bastaba para indicar que la busca del taxímetro desaparecido estaba muy lejos de haber resultado fructuosa.

Para matar el tiempo, vagó de una calle a otra, tornó a visitar el escenario del asesinato y se hubiera acercado de nuevo al Gallows Court en procura de noticias, si el Gallows Court no le saliese al paso.

Michael, aburrido, se dedicaba a remover el fango en la canaleta con los botines, cuando advirtió la lamentable figura del loco, que cruzaba el camino. Este extraño sujeto ofrecía una característica curiosa. Evitaba la luz y no bien caía bajo el radio luminoso de un foco, se paraba e inmediatamente huía de los rayos indiscretos.

—¡Venga acá, periodista! Tengo algo que contarle.

—Puede usted decirme su nombre, para empezar.

El pajarraco ahogó una carcajada.

—No tengo nombre. Mis padres se olvidaron de ponérmelo. (Michael descubrió posteriormente que esta sorprendente declaración era verídica). La gente me llama lo que le parece... "Zapatón", algunos, porque yo usaba zapatos negros.

—¿Qué tiene usted que contarme?—preguntó Michael.

—Se llevó al doctor.

Dijo esto con ronca entonación.

—¿Quién?... ¿"Máscara Blanca"?

"Zapatón" asintió rudamente.

—He adquirido todos los derechos de la noticia. Se lo llevó en su automóvil... ¡estaba extendido allí, sobre el suelo, y nadie lo sabía!

Se encorvó, presa de una risa sorda, y se dio unas palmadas en las rodillas, en el límite de su júbilo.

—¡Me hace gracia! ¡Mason no lo sabe! ¡Todos esos sabuesos de Scotland Yard andan a la rastra y no lo saben!

—¿Qué significa eso de "todos los derechos de la noticia"?—interrogó el periodista.

Mason había declarado que, en ocasiones, este raro sujeto se aproximaba a la verdad más que una persona equilibrada.

—Elk lo sabe.

El hombre sin nombre puso el dedo índice, sucio, en el pecho de Michael, para recalcar lo que aseveraba.

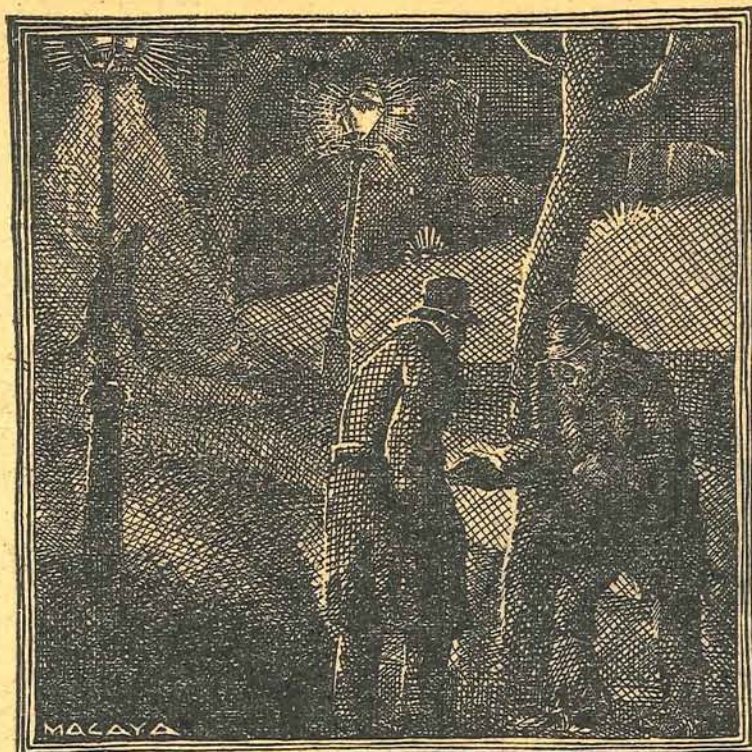
—Este tipo, Elk, es muy despierto. ¡Apostaría a que estuvo enterado en todo momento! Lo que pasa es que le gusta guardar reserva sobre los asuntos hasta que él, por su cuenta, los ha aclarado completamente. Oí decir a Bray que... ¡Bueno, Bray no tiene más sesos que un conejo!—añadió.

Alguien venía por la acera en dirección al lugar en que se encontraban.

—¡Ahí está!—cuchicheó el loco y desapareció a lo largo de la calle.

Bray se encontraba a una distancia tal, que parecía imposible que nadie pudiese reconocerlo. Semejaba caminar apesadumbrado.

—Tan pronto como se liquide este asunto, voy a poner los puntos sobre las íes—expresó agresivamente—. ¡En realidad, Mason no debería hacerlo! Comprenda usted, Quigley, que un funcionario de mi ca-



tegoría tiene que mantener su posición, y ¿cómo he de mantenerla si las pesquisas importantes las colocan en manos de mis subordinados? ¡Insubordinados, les llamo yo!

—¿Qué pasa con Elk?

No era preciso preguntar por el causante de aquel enojo.

—Mason es una buena persona—prosiguió Bray—, uno de los mejores hombres del cuerpo y uno de los más aptos. Si alguna vez se le presentara la oportunidad de deslizarse en una crónica que yo declaré esto se lo agradeceré, Quigley. No necesita repetir la conversación; mencione mis palabras al pasar... Mason acostumbra informarse de lo que usted escribe. Pero está equivocado por completo respecto a Elk. El diablo—adujo en términos poéticos—se equivoca tanto por falta de reflexión como por falta de corazón...

—¿Shakespeare?—murmuró Michael.

—Ya lo creo—repuso Bray, quien no tenía la menor idea de que los ciudadanos norteamericanos escribiesen poesías.

—Mason efectúa estas cosas irreflexivamente. Le comuniqué que me proponía interrogar a esa mujer no bien recobrase el sentido y estuviese en disposición de hablar. ¡Pues no! ¡Elk ha de encargarse del interrogatorio! Elk la conoce, según parece. Pero yo le pregunto a usted, Quigley, ¿es necesario conocer a una persona antes de interrogarla? ¿Fui presentado yo oportunamente a Lamborn?... He ahí otro escándalo: ¡lo han puesto en libertad!

Para que las quejas no se prolongasen, Michael sugirió iniciar juntos el regreso a la comisaria. Llegaron en un momento interesante; es decir, en un momento irritante para el inspector Bray, porque Lorna Weston se había decidido a hablar.

La mujer se negó a entrar en el despacho del inspector. Se sentó en el salón público con el vendado Elk, imponente, al lado.

Una expresión ceñuda, diabólica, se dibujó en el rostro del sargento al observarlos. Michael se percató de que a Elk no le molestaba su presencia, sino la de Bray.

—Sí, sí, perfectamente; que se deje paso franco a los representantes de toda la prensa—habló el sargento con brusquedad—. ¿No quiere usted que pasemos a un despacho particular, señora Weston?

—No; no quiero—. La mujer se mantenía inflexible en este punto—. Lo que tengo que decir lo diré aquí.

—Bueno, bueno—contestó Elk áspidamente. Se encará con Shale, el taquígrafo del interrogatorio:—Anoté. Se le conoce a usted por el nombre de Lorna Weston, y ¿es usted la esposa de...?

—¡Me hace gracia! ¡Mason no lo sabe! ¡Todos esos sabuesos de Scotland Yard andan a la rastra y no lo saben!

Abrió ya ella la boca para hablar, cuando Mason irrumpió jovialmente en la sala. Le seguían dos agentes de investigación, que escoltaban al detenido.

Lorna Weston se puso de pie, clavados los ojos en el hombre sonriente que aparecía entre los dos agentes, tranquilo, desenvuelto, sin que el menor pestaño traicionase la peligrosa situación en que se veía envuelto.

—¡Ahí está! ¡Ahí está!—exclamó, señalándolo—. ¡El criminal! ¡Tú lo mataste! ¡Tú prometiste matarlo si te tropezabas con él y has cumplido tu promesa!

Mason observó con curiosidad al detenido, quien no respondió a las acusaciones de la mujer.

—No le odiabas por mi culpa. No le odiabas porque me hubiese arrancado de tu lado... Lo odiabas por tu hermano, que murió en presidio. El hombre asintió.

—Por eso le odiaba—expuso con llaneza—. Y si volviese a la vida y yo estuviera en libertad, le mataría nuevamente.

—¿Le oyen?—chilló Lorna Weston—. ¡Es mi esposo... Tommy Furse!

—¡Lámame por mi verdadero nombre—contestó el otro.

—¡Tomás Marford! Es un nombre bonito, aunque lo hayan llevado algunas personas de avería.

Se volvió con una sonrisa hacia Mason.

—Me imagino que usted no precisará a esta señora. Yo puedo contarle todo lo que desee saber y aclararle los puntos que conceptúe oscuros.

Michael estaba como petrificado, incapaz de hablar o de moverse. ¡Marford! Este hombre de sangre fría... "Máscara Blanca"... asaltante, asesino... Creía soñar. Pero no, no había duda; se hallaba frente a la realidad.

Marford se conservaba tan imperturbable como el grupo de funcionarios de investigaciones que le rodeaba. Jugaba con la cadena del reloj y, con expresión medio alegre, medio conmovedora, contemplaba a la mujer que se llamaba a sí misma su esposa.

Evidentemente, reflexionaba sobre algo que no atañía a su particular situación de detenido.

—Espero que el doctor Rudd no sentirá ningún malestar posterior por esta desgraciada aventura—manifestó—. Como le dije a usted esta mañana a primera hora, me parece que no sufrirá nada peor que un dolor de cabeza, dolencia que remediará fácilmente. Permaneció en mi "garage" durante toda la noche. Vea usted: Rudd

TOMAS MARFORD, PERSONAJE CENTRAL

ILUSTRACION DE LUIS MACAYA

sostenía una teoría que me resultaba muy peligrosa en boca de un hombre locuaz, más bien, y no terriblemente despierto. Su opinión, que desarrollaba en forma desagradabilísima para mí, estribaba en que sólo una persona podía haber matado a Bateman... ¡y esa persona era yo! El creía que me gastaba una broma pesada, pero a mí no me hacía gracia. Y cuando se le ocurrió venir a mi clínica, de paso para la comisaria, adonde iba a exponer a usted sus ideas, advertí de pronto el considerable peligro que significaban sus palabras. Advertí algo más que esto—añadió—; que yo ya había realizado mi obra, que mi clínica y mi hogar para convalecientes, y mi nuevo instituto de Annerford... A propósito, ¿cómo orientaron sus investigaciones hacia Annerford? Bueno; acaso no les guste explicármelo... son cosas del pasado...

Lanzó una mirada a su alrededor y, al encontrarse con la de Elk, movió la cabeza tristemente.

—Tuve que hacerlo, Elk. Lo lamento enormemente. Es usted una persona a quien por nada del mundo quisiera lastimar en sus sentimientos.

Con sorpresa de Mason, Elk esbozó un gesto amistoso.

—No conozco a nadie de quien hubiera admitido un chisme referente a usted—dijo generosamente.

—Usted era, también, un hombre peligroso—expresó Marford con una sonrisa—, pero yo no podía suministrarle un whisky con soda mezclado con unas gotas de alguna droga, tal como hice con el doctor Rudd. Le puse las gotas suficientes para que se desvaneciese unos minutos. En seguida lo trasladé al "garage". Temí que más tarde me denunciase, pues le oí refunfuñar. Ustedes le oyeron, asimismo, probablemente... ¿No me lo mencionó usted?

Se dirigió al periodista y Michael recordó el ruido que oyó al circular por Gallows Court en su visita nocturna.

—Hay otro asunto que me afecta, ¿cómo sigue el viejo Gregorio? Tengo temores de que haya empeorado.

Hablaba con fluidez, pero con voz levemente opaca. Hasta entonces no reparó Mason en que el doctor tenía un defecto que le obligaba a cecear un poco.

—Me agradaría muchísimo que me tomasen declaración ahora.

Convino Mason.

—Una pregunta previa, doctor Marford... Supongo que usted es médico, ¿no?

Marford hizo una inclinación afirmativa de cabeza.

—Sí; tengo título. ¡Acúsenme de lo que quieran menos de ser un curandero! Confirmarán esta aseveración mía haciendo una visita a mi clínica, donde encontrarán los diplomas.

—Debo advertirle—le explicó Mason—que cuanto usted diga en estos momentos puede ser anotado y utilizado en contra suya.

—Eso entiendo—dijo Marford.

Miró a su esposa. Se había acercado ésta más a él; sus ojos negros despedían odio, su boca breve estaba exangüe.

—¡Se te colgará por esto que has hecho, Tommy!—gritó entrecortada—. ¡Oh, Dios mío, te doy las gracias!... ¡Se te colgará por esto que has hecho, Tommy!

—¿Por qué no?—preguntó Marford friamente. Y, girando sobre sus talones, siguió a Mason al despacho de la inspección.

—¡Una linda mujer!—Fue su único comentario al estallido verbal de su esposa—. Su

lealtad para con su infortunado amigo es casi emocionante... ¡Claro que la lealtad siempre es emocionante! No puedo dejar de pensar en el pobre anciano Gregorio Wicks.

Era sincero. Mason no lo dudaba. No había inflexión cínica en su tono. Fuese lo que fuese, Tomás Marford no era un hipócrita.

Mason le ofreció un vaso de agua, que el médico rechazó. Se sentó a un lado del escritorio. Pidió solamente que se abriese una ventana, ya que el cuarto estaba demasiado lleno de gente. En seguida empezó a narrar su historia. No se negó a aceptar un cigarrillo, a pesar de que en el curso de su narración se limitó a tenerlo, lo mismo que otros cigarrillos que se le ofrecieron, entre los dedos y nada más que por excepción lo llevó a sus labios.

—¿Está usted preparado?—interrogó.

El sargento Shale, que había abierto un nuevo cuaderno, probó el funcionamiento de su estilográfica y asintió.

AFRICA EUROPEA

(Continuación de la pág. 11)

lonial, el más extenso hoy después del de Gran Bretaña.

★ ★ ★

Cien años más tarde es justo reconocer que el esfuerzo de Francia ha producido resultados de primer orden, y tal vez en ningún otro sitio sean tan visibles los efectos de la colonización tipo siglo XIX. Una tierra antes dominada por la barbarie, es en la actualidad un trozo de Europa. La urbanización, la riqueza de los cultivos, la valorización del suelo en todos sus aspectos es algo muy visible y muy halagüeño para la metrópoli. La vida universitaria e intelectual es sumamente estimable. Todo, sin embargo, no está hecho, porque queda en pie el Islam, que Francia ha tenido que respetar, tanto por humanidad como por propio interés. Y el Islam, en tanto no siga el camino de redención que le señala desde Turquía Kemal Pachá, es algo que no merece ningún respeto, no es sino mugre y atraso.

Acompañemos al lector a la Alcazaba de Argel, recinto en donde se apoltona y agazapa la gusanera moruna. Francia ha abierto en la parte baja de este barrio indígena, vías de alguna amplitud, y ha intentado urbanizar este medio oriental. Pero el moro sigue arrojando al suelo las inmundicias, se instala en zaquizamis lóbregos

(Continúa en la pág. 41)

Las COCINAS MALUGANI



son las más
ECONÓMICAS

SOLICITE
CATÁLOGO "N"

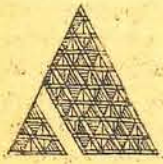
Visiten la Exposición

HUMBERTO 1° 1084 AL 86

Buenos Aires

P O R ANA MARIA BENITO

"No habían adoptado el voto sólo como un símbolo de igualdad. Para mí, no cabía duda de que tenían la intención de servirse de él después de obtenerlo, tal vez con animosidad y ceguera como de un arma contra muchas cosas a las que odiaban con sobrada razón".—WELLS.



NA VERONICA hizo su aparición en 1909. El dato resulta por demás significativo. En la misma

fecha tuvo lugar una de las más curiosas manifestaciones políticas de que se guarde memoria: la de las sufragistas.

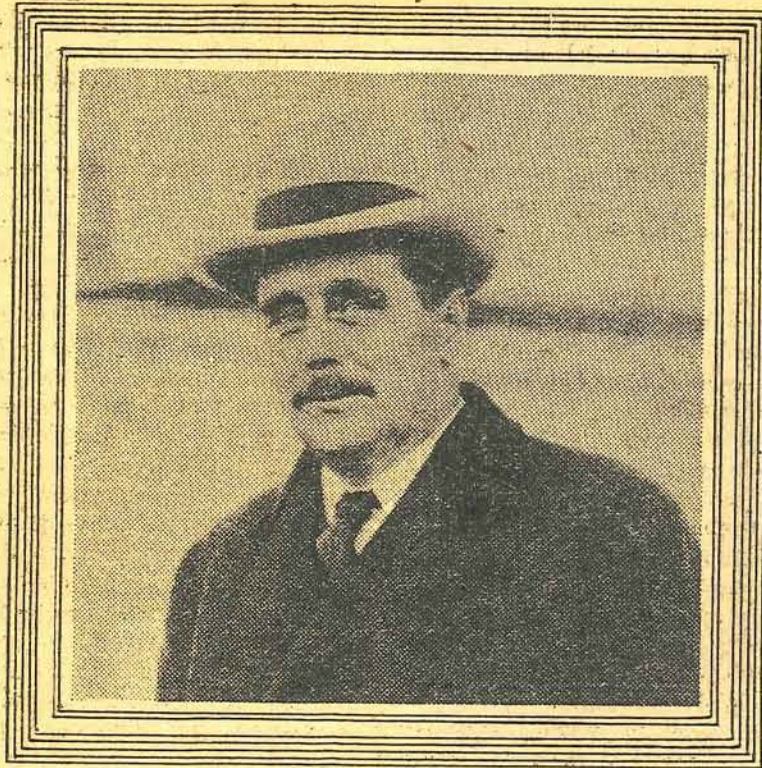
El movimiento venía gestándose desde años antes y estalló con violencia: una enorme columna de mujeres se extendió desde Whitehall hasta el puente de Westminster; inundó la Plaza del Parlamento y silenciosa pero fieramente estacionada ante la Cámara de los Comunes, dió a los diputados la peregrina impresión de que estaban sitiados.

Todas las categorías sociales, diferentes edades y condiciones estuvieron representadas en este primer acto de una campaña que debía prolongarse obstinadamente. Hubo en ella, como en todo movimiento, pasos de tragedia y de sainete, violencia y heroísmo. La policía entró a actuar, y un grupo considerable de sufragistas sufrió el encierro. ¿Qué finalidad las movió a dejar sus hogares, su trabajo y, desafiando la opinión pública y el ridículo, afrontar el riesgo del castigo? Toda la honda inquietud femenina cristalizaba en esa fecha en torno al voto, tras el cual se presentaría una serie de concesiones ulteriores, y "Voto para las mujeres" fue, en consecuencia, el grito de guerra de esa generación.

Receptor ultrasensible, el espíritu de Heriberto J. Wells, no podía menos que recoger los ecos dispersos de esa efervescencia social. "Ana Verónica", "La esposa de Sir Isaac Harman" y en parte otras, reflejan la inquietud de un momento — inquietud en las cosas y en las almas —; las doctrinas, principios y teorías sustentadas por una generación; la represión violenta que quiso detener su avance y la actitud expectante de los políticos en cuyo espíritu, a la larga, la semilla encontró terreno favorable.

Ana Verónica y Elena, respectivas protagonistas de las obras citadas, padecen el ahogo del horizonte estrecho que las circunda y quieren superarlo. El voto, por consiguiente, no es para ellas otra cosa que el medio que les permitirá actuar en ambientes espirituales más hospitalarios.

Los incidentes siempre curiosos de una lucha cuyas contingencias sufren las dos mujeres citadas, están presentados con vivo relieve; no así los caracteres de aquellas, cuya ideología se resiente de inseguridad. Hay en el espíritu de ambas la misma confusión e idénticas vacilaciones respecto al verdadero fin que persiguen. En Ele-



Heriberto J. Wells, el gran escritor inglés que mientras sus colegas menores debaten complejas cuestiones de estética, sigue año tras año enriqueciendo las letras de su patria y del mundo con creaciones magistrales. Espíritu preocupado por todos los problemas verdaderamente vitales para la humanidad, el autor de "Ana Verónica" y de "El padre de Cristina Alberta", al margen de su labor de novelista y de cuentista, viene desde hace años contribuyendo al esclarecimiento de esos problemas en una serie de libros cuyas páginas iluminan la esperanza de un vidente y anima la fe de un apóstol.

na, este hecho resulta más evidente, y la evolución intelectual que convierte a la muchacha tímida en mujer celosa de su independencia no aparece claramente definida.

Sir Isaac, en cuyo hogar las nuevas ideas se infiltran misteriosamente hasta conseguir perturbarlo, nota algo anormal en la conducta de su pacífica esposa, pero no consigue precisar la causa. Hasta ese momento ha sabido defenderla de toda proximidad masculina susceptible de impresionar su corazón. No sospecha que la manzana que compromete su paraíso es esa cosa prosaica que se llama voto...

Wells no nos lo dice, pero nosotros adivinamos que el entusiasmo repentino de Elena por las ideas feministas, es consecuencia de un prematuro y nada feliz matrimonio...

La situación de Ana Verónica es otra; es el caso, por lo demás común, de la mujer soltera, emancipada legalmente y detenida dentro de la familia, en primer término, por lo que podríamos llamar barreras psicológicas y en segundo, por la falta de autonomía económica.

Educada entre un padre para quien "las mujeres están hechas como los cacharros de alfarería: para un servicio divino o para un servicio vergonzoso. En cualquier caso, cacharros frágiles..." y por una tía de limitado miraje intelectual, descubre que su hogar, más que tal, le resulta una cárcel. Ve fiscalizados sus menores actos, discutidas sus decisiones y, lo que más la rebela, insatisfecha su acendrada vocación por el estudio científico. Su vida familiar es exactamente la que pinta Bernard Shaw cuando, después de hacer la apología del hogar considerado en el mejor de sus aspectos, dice: "Pero hay otra clase de vida familiar, una vida en que los maridos abren las cartas de sus mujeres y les piden cuenta del gasto de cada centimo y del empleo de cada momento; en la que las mujeres hacen lo mismo con sus hijos; en la que no hay habita-

ción reservada, ni hora alguna sagrada; en la que la obligación, la obediencia, el afecto, el hogar, la moralidad y la religión son tiranías detestables y la existencia es una vulgar cadena de castigos y mentiras, esclavitud y rebeldía, celos y sospechas, engaños y recriminaciones".

A raíz de una escena violenta con el padre, salta por sobre todas las conveniencias y decide emanciparse. Lo que persigue ella, es el respeto a su persona, a su libertad individual; el voto es el medio por el que cree conseguirlo, e ingresa en las filas sufragistas.

En su espíritu, sin embargo, hay una lucha de tendencias encontradas. La duda nace de ver sostenidas, por personas que no están a su altura moral, ideas que considera grandes y hermosas. Intereses bastardos se agitan en torno de ellas. Las teorías extremas que sostienen las sufragistas, los procedimientos que adoptan, la repelen. No puede impedir que un disgusto creciente se apodere de su alma, y el ver usar los grandes argumentos del feminismo en boca de un Ramage, vulgar tenorio que no persigue otra cosa que fines personales, termina por desmoralizarla.

Una serie de experiencias, de contrariedades y de fracasos, restablece el equilibrio en el espíritu de Ana Verónica. Ya ha conquistado, a fuerza de sacrificios y de lecciones duras, su verdad; el concepto de autonomía femenina, tan fieramente sostenido por ella, acaba por admitir limitaciones: "Quiere ser libre, económica y legalmente a fin de no verse obligada a depender de un hombre indigno, pero Dios que hizo el mundo es sólo el ser capaz de cambiar las cosas para impedir que sea la esclava del hombre digno de ella".

Esclavitud voluntaria y por consiguiente gozosa.

"Bonitas cosas enseñan ahora en los colegios con tu arte y tu ciencia. No dejan nada para la imaginación. Si cuando yo era muchacha, hubiese preguntado a mamá qué había dentro de cualquier

LA MUJER EN LA OBRA DE WELLS ~ II

animal, me hubiera dado un buen cachete".—WELLS.

En "El padre de Cristina Alberta", nos presenta Wells dos generaciones de mujeres radicalmente opuestas. Cristina Alberta y su progenitora constituyen el documento más ilustrativo de la diferencia de ambiciones, cultura intelectual y principios morales que las separan.

Cristina Alberta es el resultado de una pasajera debilidad de la madre, quien ante la inminencia del escándalo, no halla otro medio de evitarlo que seducir, engañar y casarse con mister Preemby, ya que el hombre por quien se encuentra en esa situación trágica ha desaparecido.

Pero no nos apresuremos a compadecer al incauto esposo: el engaño no llega a herir a mister Preemby. Mister Preemby está colocado fuera del alcance del engaño, el ridículo y la compasión. Este curioso hombrecillo de ojos azules, ha realizado la más maravillosa de las evasiones de la realidad. No vive en el verdadero de "Límpida Corriente" entre una esposa tiránica y una hija inquieta; aun antes de que se realizara en él ese extraño desdoblamiento de la personalidad merced al que se creará Sargón, rey de reyes, vive soñando en "swásticas", en la fabulosa Atlántida, y en la legión de sumisos discípulos que, como los del Maestro, seguirán alucinados el perfume de su palabra. El reino de mister Preemby, como se ve, no es de este mundo.

Dicha conducta, lejos de tranquilizar a la esposa, tiene la virtud de exasperarla. Vive esta mujer amargada, presa de oscuros resentimientos, en el seno de la familia que su astucia creó; extraña para aquel marido, para aquella hija, a quien su mentira unió con el más íntimo de los parentescos.

Una especie de odio involuntario contra Cristina Alberta, comienza a germinar en su corazón. Para aumentarlo, descubre en la niña la fuerza de voluntad del hombre por quien su vida ha debido ser una constante mentira, del hombre que la obligó a cimentar su hogar sobre el fraude. Pero no es sólo eso. Es la diferencia fundamental de hábitos, conducta, pensamiento, como si sus cerebros estuvieran hechos de distinta substancia, sus espíritus de distinta esencia. Le producen tanta ira la tranquilidad, el aplomo y el talento de la muchacha, como la insolencia de su melena y sus polleras cortas. Late entre ellas, en una palabra, la antipatía sorda con que dos generaciones opuestas se encaran.

Esta mujer timorata se escandaliza ante un grabado de la Capilla Sixtina y ante el esquema que ilustra la disección de una rana. Critica la educación moderna con ira reconcentrada; es necesario que la directora del establecimiento en que se educa la hija intervenga

para llevar la tranquilidad a esa conciencia escrupulosa. Si por ella fuera, la muchacha abandonaría los estudios para reducir toda su actividad al lavadero.

Para luchar contra la rígida autoridad materna, Cristina Alberta tiene su fuerza de voluntad que le permite manejarlo todo. Todo menos su conciencia, "una conciencia grande y cristalina, lo único de su vida que no podía manejar; por el contrario, la manejaba a ella".

En ningún momento de su vida ha de desmentirse esta su transparente condición interior. Por otra parte, Cristina Alberta no tiene necesidad de buscarse a sí misma; es tan lúcida, que jamás ocurre que el "yo" se le extravíe entre la maraña de deseos o tendencias contradictorias. La conciencia de su verdadera personalidad cuenta, casi, tantos años como ella misma. Ha trazado su camino en la vida y por nada ni nadie se apartará de él. Quiere leer, trabajar, abarcar todo el conocimiento científico posible porque, en esta mujer extraordinaria, la ansiedad interior y la energía física corren parejas.

Aunque el amor no entra en el programa de Cristina Alberta, no logra escapar a sus asechanzas. Por fortuna, rompe el hechizo que la aprisionó y escapa a él con un poco de vergüenza y un mucho de desencanto. De esta breve experiencia — episodio que el novelista toca con delicadeza — la muchacha saca el convencimiento de que "el amor no tiene la importancia que se le ha conferido".

Pero el tiempo de amar verdaderamente llega para Cristina Alberta; su afecto, repartido entre el padre que le adjudicaron las leyes y el que le dió la naturaleza, no alcanza a colmar su necesidad de amor; necesitaba "alguien que la quisiera más que a sí mismo", y llega Roberto. A su solicitud, tierna y respetuosa, la muchacha responde con una confesión, la confesión que no supo hacer la madre.

Entre la verdad de la una y el engaño de la otra, median apenas cuatro lustros. ¡Pero qué cambio de valores evidencia la confrontación de sus conductas!

En esos veinte años, la mujer ha conquistado el voto, ha invadido el comercio y las oficinas públicas, el laboratorio y el foro, el periodismo, el arte, la literatura; ha escalado los puestos políticos, pero ha sentido también, gravitar sobre sus hombros una enorme responsabilidad.

La conducta de Cristina Alberta no podía ser otra. Mentir hubiera sido reconocerse esclava de algo o de alguien. Cada mentira es como un eslabón más en la cadena de la servidumbre moral. Verdad — vale decir, responsabilidad — ¿qué significa, en suma, sino el reverso de la libertad bien entendida?

"La verdad — dice uno de

los personajes de "La llama inmortal" — es el más alto triunfo del espíritu humano, y ése es el triunfo de Cristina Alberta.

La escena es soñada y llena de sugerencias. — "¿Lo amaba usted?" — pregunta el hombre apenas repuesto de su emoción. Las explicaciones de la muchacha lo apaciguan. Perdona, promete olvidar. Pero Cristina Alberta lo rechaza a los pocos días. Ferozmente individualista, no puede avenirse a una menoscabada su personalidad. "Yo quiero ser yo misma — dice —. No soy la mujer ni la humanidad". La perspectiva de los hijos la llena de horror: "A mí me parecen una nube de escondidos enanos dispuestos a caer sobre mí y a devorar toda mi existencia".

No le interesa, como a la Ann Whitefield de Shaw, ser la madre del superhombre, quiere ser la supermujer, fuerte, ajena a toda debilidad. Y lo consigue, pues no está poseída por lo que James Stephens llama: "ese demonio denominado Piedad que a menudo interrumpe la batalla de los sexos para dar indefectiblemente la victoria al hombre rescatándolo, muchas veces, al borde de la derrota".

Hija predilecta de Wells, Cristina Alberta es, en su obra, como un árbol hermoso y solitario que se prodiga en opulenta floración.

■ ■ ■

"Man is a marrying animal..." — WELLS.

Bertrand Russell, en uno de los capítulos de su obra "Marriage and morals", de reciente publicación, anota entre los males propios de la época, la decadencia del sentimiento del amor en las relaciones sexuales. Este fenómeno, según parece, asume proporciones alarmantes en la sociedad norteamericana, donde el ansia desmedida de éxito, sea cual fuere la actividad emprendida, obliga al hombre a rehuir todo cuanto pueda menoscabar su energía, distraer tiempo o interés a lo que para él reviste capital importancia. "En el mundo moderno — añade — hay otro obstáculo más psicológico para el desarrollo pleno del amor, y es el temor que muchas personas sienten de no conservar intacta su individualidad. Terror insensato y de preferencia moderno".

Insiste asimismo el filósofo anglo-sajón en la peligrosidad de un fenómeno como éste que, al debilitar la verdadera esencia del amor, amenaza concluir con todo afecto serio y substituyéndolos por experiencias efímeras, precipitar la sociedad en un caos moral. Contemplado el caso desde este punto de vista, Russell llama la atención sobre el hecho de que los sociólogos, en sus planes de reforma, soslayan el estudio de un asunto como el de referencia, piedra angular de toda organización.

Con el pensamiento de Russell coincide Wells — se le anticipa — en dos de sus libros de contenido más denso: "El nuevo Maquiavelo" y "El mundo de William Clissold", apare-

cidos en 1911 y 1926, respectivamente.

Tanto Sir Remington, el moderno Maquiavelo, como William Clissold, pretenden conservar "intacta su personalidad" y entregarse por entero al ejercicio de la carrera que han elegido. El mito de Hércules, hilando a los pies de Onfalia, parece insinuar un eloquente ¡alerta! en el espíritu de estos profesionales del éxito.

El primero de ellos, en especial, se propone ajustar su vida a un plan fríamente trazado. Es un hombre en quien la "pasión blanca" de la política anula todo otro sentimiento. Mas, ¿cómo conciliar su imperativo fisiológico con el severo programa que se ha impuesto? Una inquieta y dispersa curiosidad amorosa, le hace temer que aquél se verá perturbado con frecuencia. Fiel a su propósito, busca la solución de su conflicto y cree hallarla en un matrimonio en que el amor no interviene sino a medias, en que las afinidades no cuentan para nada. Así, comienza a poner en práctica su estricto plan; pero, al trazarlo, se olvidó de contar con la Vida, la pródiga, la ubérrima, que da a manos llenas pero también, inexorable, exige el tributo correspondiente a todas sus criaturas. Y el amor se presenta de pronto a complicar una situación cómoda y fácil: Sir Remington, casi sin advertirlo, se deja seducir por el encanto dulce de Isabel, quien, a su vez, pasa insensiblemente de la admiración que le inspira el gran político a un sentimiento más íntimo.

Aquí, Wells tiene ocasión de revelar sus raras dotes de conocedor de almas. Todo el proceso de este amor, tímido y callado en un principio, contenido en los puros límites del sentimiento; avaro de sí mismo después, exigente, insaciable, que arrastra a sus víctimas más allá de lo que previeron, está magistralmente seguido.

Y los primeros momentos de felicidad, aun no turbados por el remordimiento o el temor: "Un corto instante estuvimos los dos como en una celda mágica, asombrosamente separada del mundo y llena de su propia luz. Y luego empezamos a descubrir que no estábamos separados del mundo que nos rodeaba y nos oprimía, limitaba y amenazaba, posesionándose de nosotros".

Y los sofismas con que intentan acallar la voz de la conciencia, y el continuo recelar, y las sorpresas del amor cuyo proceso se cumple en el espíritu de los amantes exigiéndoles algo más que el pacto extralegal no permite: la unión carnal, el hijo...

Así comprenden ambos, un poco tarde, que hay necesidades de orden espiritual que el amor a salto de mata no alcanza a satisfacer y que van surgiendo a medida que la vida teje en torno de ellos su inmortal urdimbre.

Y de esta manera se desenvuelve el drama, primero sorrido, callado, en la conciencia de los culpables, hasta adquirir tan trágica intensidad que trasciende con sus funestas secuelas: "Nuestra celda se había abier-

to al mundo y en ella penetraban una claridad cruda y un viento glacial".

Como consecuencia del escándalo, queda trunca la brillante carrera política de Sir Remington, quien tampoco encuentra toda la felicidad que esperaba junto a Isabel, pues el aislamiento a que la sociedad los condena, los obliga a expatriarse: "Querían compartir un hogar, no una soledad".

William Clissold también ha querido, como Sir Remington, alejar de sí las complicaciones pasionales. Su prematuro matrimonio, realizado con tal finalidad, resulta un fracaso; fracaso sus subsiguientes aventuras amorosas. Clementina vendrá, en el ocaso de su vida, a alegrarla con tibios resplandores de ternura.

Aunque probablemente Wells no pretende hacer de estas dos novelas obras de tesis, dedica algunos de sus capítulos a exponer sus ideas sobre las relaciones sexuales.

¿Matrimonio? ¿Amor libre? No se pronuncia abiertamente ni por el uno ni por el otro; presenta casos y a través de ellos dictamina. No parecen preocuparle tanto las fórmulas, corruptibles, deleznales, como la esencia íntima de las cosas. He aquí su admirable acierto.

Crítica unas veces las instituciones, la legislación en vigencia, otras, nuestros propios errores y debilidades. Por la forma en que encara el asunto parece cifrar su esperanza, más que en la evolución de aquéllas, en el mejoramiento individual. Comparte, de esta manera, con otros grandes pensadores, la creencia de que la perfección ha de proyectarse del interior al exterior, del espíritu sobre las cosas.

La expresión "amor consciente" que se repite a menudo en sus páginas, nos da la pauta de lo que para él es esencial en esta clase de relaciones: la simpatía intelectual, el acuerdo de los espíritus. La causa de las uniones desgraciadas, en gran parte reside para Wells en el espíritu que las ha presidido: razones de conveniencia, caprichos pasajeros. (Algunas de las "muchas locuras breves" de que habló Nietzsche).

Dadas las condiciones actuales de vida, afirma el escritor, el concepto de hogar ha cambiado fundamentalmente; ahora la mujer y el hombre exigen de esta unión mucho más que antes: ella quiere significar algo más que un mueble bonito o una simple necesidad fisiológica; él pretende establecer, entre las actividades que le son habituales y el hogar, un lazo que la afinidad recíproca anude apretadamente.

■ ■ ■

"He descubierto los misterios más profundos de la vida, mirando por el ojo de la cerradura..."
"Los mismos salvajes de Australia inician mejor a sus hijos que los ingleses de hoy..." — WELLS.

El problema de la importancia de las relaciones sexuales palpita en casi todas las obras de Wells. Apenas insinuado en algunas, parece sumergirse y discurrir por cauce subterráneo en otras, para aflorar en determinado momento y constituir el nudo de la acción. Desde "Tono Bungay", esbozo

del conflicto que no llega a cuajar en drama, pasando por "El amor y el señor Lewisham", "La esposa de Sir Isaac Harman", "Los rincones secretos del corazón", "El padre de Cristina Alberta", hasta adquirir toda su potencia dramática en "El nuevo Maquiavelo" y "El mundo de William Clissold".

En ninguna de las citadas existe, sin embargo, lo que Bernard Shaw llama "lucha de sexos". Mientras en las obras del genial dramaturgo irlandés, el hombre intenta por todos los medios evitar a la mujer, en las de Wells casi no la tiene en cuenta; los héroes de aquél tratan de no enajenar su libertad, los de éste de no enajenar el corazón. El conflicto en este caso tiene raíces más hondas: no se trata de evitar o crear situaciones, sino estados de conciencia.

Sir Remington, en quien este propósito se muestra con mayor intensidad, pretende realizar varias transacciones. Primero con la naturaleza: en este hábil escamoteo deja a salvo el corazón. Luego con las leyes. En ambas ocasiones fracasa: en la una por haber omitido el amor: "El amor me ha conducido al desastre porque no admití en el plan de mi carrera su valor y posibilidad". En la otra por desdén al deber, deber que en su caso no es una mera palabra: significa la felicidad de la esposa.

Este drama profundo abre en el espíritu del protagonista horizontes insospechados. Su dolorosa experiencia lo lleva a analizar prolija y lúcidamente las causas de su fracaso en la vida, y entre ellas anota una deducción sexual falsa: "Cuanto nos muestran como consejos



Una de las numerosas caricaturas de H. J. Wells

morales, sólo son sumisión mezquina, prudencia vil, subordinación abyecta a preceptores desprovistos de razón; servil abandono del espíritu y del cuerpo a los consejos de los pedantes, de las solteronas y de los imbeciles. No nos enseñaron, nos embaucaron".

Este caos, esta confusión que la imagen del mundo ofrece a Wells, hiere si cabe con más fuerza, todo lo que se relaciona con la moral sexual. ¿Qué idea del deber nos inculcan? — se pregunta —. Una idea errónea, fundada en argumentos tontos, en prejuicios necios, débiles vallas fáciles de traspasar, pues el temor lejos de contener la corriente desbordada de las pasiones, esteriliza un posible esfuerzo: "Existe, sin duda, el orgullo indomable de vencerse a sí mismo y la no-

bleza de la castidad, pero sólo para los que ven, piensan y obran sin trabas y sin miedo".

Pero el deber existe. Lo reconocen ambos protagonistas de la obra, cuando miden las consecuencias que su conducta acarrea a la esposa. ¿Tuvieron derecho a prescindir de ella, a pisotear su tranquilidad? Este argumento no se presentó a sus espíritus en el primer momento; creyeron que sólo debían saltar por sobre dogmas más o menos vacíos y, en todo caso, más débiles que su pasión. "Si hemos sido desdén con el deber, ha sido porque la idea del deber se nos presentó muy mal vestida. En frente del "no harás esto o aquello", hay que poner: "no lo harás porque..."

Y esto lo lleva a realizar una crítica profunda de todo cuanto a las relaciones sexuales se refiere y a ratificarse en la idea de que a los reformadores políticos y sociales corresponde estudiar este problema y preocuparse "de esa cosa indomable y sombría que palpita en el fondo del corazón humano: del amor con que hay que contar como todavía no se ha contado si el Estado debe vivir".

■ ■ ■

He tratado de presentar, a grandes rasgos, algunos de los aspectos de un problema que actualmente monopoliza la atención del gran novelista inglés. Su acierto al contemplar los proviene de la actitud que ante ellos asume: colocado al margen de todo sistema determinado, puede poner en juego, libremente, sus ricas facultades de filósofo y observador.

Jamás permanece indiferente a las sollicitaciones del medio social. Tiene la visión panorámica, el espíritu siempre pronto a recoger las más apagadas resonancias del exterior, que destilará luego quintaesenciadas, enriquecidas por el poder de su pensamiento, envueltas en el ropaje de su opulencia verbal, en páginas de un vigor admirable.

Si se excede en la crítica en ocasiones, si en otras recarga de veneno la pluma para atacar una moral, a la vez estrecha y elástica, es porque ve que el andamiaje de prejuicios sobre que está sostenida amenaza derrumbarse, es porque siente la necesidad de sustituirla con otra.

No basta negar el mal para que el mal deje de existir; negándolo se cierran las puertas a la solución salvadora. Y el autor de "El mundo de William Clissold" que así lo entiende, se lanza a la doble tarea de crítica y reconstrucción con entusiasmo y fervor juveniles.

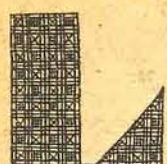
Concepción a la vez de un pensador y de un poeta, el universo de Heriberto J. Wells constituye la esperanza más cara de quienes sueñan en el advenimiento de una humanidad mejor... Pero día llegará en que nuestra raza salga de esta embrujada prisión de ignorancia, desconfianza e indisciplina, a la luz del sol, a una dulce atmósfera de comprensión, a una libertad sin recelos, y a una abierta vida creadora por los siglos de los siglos".

MONOGRAFÍAS ETIMOLÓGICAS

OVERO

POR

LEOPOLDO LUGONES



A palabra overo designa en toda América el pelo manchado de diversos colores, especialmente de negro y blanco, que llaman "pío" y "remendado" en España. La primera de estas voces, pues la otra es un mero tropo, vendría, según Monlau, de "picus", el pico, pájaro manchado de blanco, tal como la urraca, que es "pica" en latín, y a la cual llaman también "picaza" en la Península. De aquí el genérico "picazo", color caballar. Según el Diccionario de la Academia, "overo" aplicase a los animales de color parecido al del melocotón; y nada más. Procedería de "hove-ro", que a su vez proviene "del latín 'fulvus', amarillento; en portugués 'fouveau'".

Dada la liberalidad con que el mencionado cuerpo acogió en la última edición de su Diccionario, que es la de mi referencia, cuanto americanismo le cayó a la mano, debió hallarse muy seguro de la etimología y acepción de overo, para no admitirlo como nosotros lo usamos; no obstante, repito, su difusión continental (1). Monlau afirma a su vez que "la ortografía overo responde a la creencia de una derivación del latino 'ovum', huevo; y las formas 'hove-ro', 'hobero', al origen árabe que dió el P. Guadix y patrocina Dozy". Añadiré que respecto a estas dos últimas formas, dice lo propio Eguilaz en su Glosario Etimológico (2).

Entre los americanos, quien con más detalle ha estudiado la voz es el arcediano don Manuel Antonio Román en su Diccionario de Chilenismos; pero afanado en conformar las grafías con y sin hache, perdió el hilo etimológico, aun cuando estaban poniéndoselo a la mano cinco de los textos que él mismo cita. He aquí tres, que como luego se verá, contienen una indicación directa: "El texto de la Biblia, equi rufi, 'vari' et albi (Zacarías I, 8) fué traducido por Valera: caballos bermejos, hoveros y blancos; por Scio: bermejos, manchados y blancos; y por Amat, rojos, manchados y blancos". (Román, D. Ch. loc. "overo").

Los otros dos textos pertenecen a dos autores americanos: Valbuena y Garcilaso el inca; pues aunque el primero fué nativo de España, crióse y escribió en Méjico, procediendo de su poema "Grandeza Mejicana", precisamente, la cita traída por monseñor Román: "el remendado overo". No es menos evidente en Garcilaso la acepción de dicha voz: "ahoverados de prieto y blanco". Ambas citas permitennos establecer, además, la variable ortografía de la época: "overo" y "hove-ro", respectivamente, lo cual enseña el escaso valor de las grafías cuando se trata de aquellos textos. Así, la be y la ve, nunca tuvieron—ni tienen—diferencia fonética. La hache era muda unas veces; otras de aspiración gutural; otras soplada como la efe; pero sin que esto obedeciera a regla ninguna. La pista etimológica no está ahí.

Ahora, como la acepción y la ortografía americanas de overo son las buenas, según lo demostraré, esto comprueba una vez más que, conforme lo tengo dicho, nuestro castellano es más castizo que el de España—pronunciación inclusive—por la sencilla razón de haber variado menos bajo la influencia culterana y académica, manteniéndose, en consecuencia, más próximo al idioma de los conquistadores; de suerte que podemos considerarlo verdadera lengua nacional, y seguir habiéndolo como lo hacemos, sin vasallaje purista. Afirmando, pues, que tal cual sucede con frecuencia en materia de castidad, la razón está de nuestra parte. Las cosas, como va a verse, son más sencillas y complicadas a la vez.

La voz latina "varius", apli-

cada al color, había engendrado una numerosa familia de la baja latinidad, compuesta de cuatro ramas a cual más interesante para nuestra investigación. Aquella palabra procedía a su vez del griego "baliós", manchado, abigarrado, sobre todo cuando se trataba de caballos, pues designaba especialmente el color que nosotros denominamos picazo; y así se llamaba uno de los corceles de Aquiles.

Corresponde a la primera de las cuatro ramas antedichas el concepto general de colores mezclados, como "variascere" y "variare", que designan el fenómeno de ir pintando las frutas: de donde "envero" en castellano; "vaiolare" en italiano; "vairé" en patuá borgoñón; y con acepción extendida a toda cosa diversamente coloreada, "vair" y "vairon" en antiguo francés. La forma análoga "variegare", ha hecho también "variegado" en nuestro idioma. "Variola" y "vayrora", nombres de la viruela, tuvieron el mismo origen; y por igual razón llamaron "varius": manchados, a los leprosos. Hasta la voz "verano", significa radicalmente multicolor por lo florido, y designaba en latín la muda de las culebras.

El lenguaje popular costarricense (Gagini), Dicc. de Costarriquenismos) suministra dos voces de análogos significados, que deben ser dos arcaísmos: "varete" (por vareta) significa, además de lista de color, verdugón y roncha; y "veraguarse" la ropa es llenarse de manchas pequeñas, cuando la doblan húmeda. Nótese también, de paso, que "verdugo" y "verdugón" significan roncha en castellano.

Todo esto nos suministra el vínculo con la segunda rama, a la cual pertenecen las voces que designan colores de animales, procedentes, en esta parte, del nombre de la onza o pantera llamada "varia" en latín clásico por las manchas de su piel. Así, los animales de pelo mezclado, recibían la denominación de "varios", proporcionándonos la baja latinidad textos referentes a carneros, bueyes y naturalmente caballos con particular abundancia. "Equus varius" fué una denominación corriente que pasó a todas las lenguas romanas, aplicada especialmente al pelo negro manchado de blanco. En la poesía de los trovadores, tanto de lengua de "oc" como de lengua de "oil", los adjetivos "vair" y "vairon" aplicados al caballo, son comunísimos. La designación "cheval vair" encuéntrase en la leyenda de Tristán, considerado el personaje más antiguo de los romances de la Tabla Redonda; y todas esas formas llegarían a España por medio de los trovadores provenzales cuya influencia fué tan grande en la Península (3). Existe, por último, un poema cuyo título da completa aquella designación: "Le Vair Palefroi" de Huon le Roi, poeta del siglo XII. El palafreñ mencionado era picazo precisamente.

Por otra parte, los animales de piel fina recibían genéricamente los nombres de "vare", "vayre" y "vair", siempre que tuviesen más de un color: así el hurón, la comadreja, la cibulina que es "veyre" en antiguo gallego, el armiño y la ardilla. Muy luego dióse estos mismos nombres a los vestidos adornados con dichas pieles, formando tal división la tercera rama del tronco latino "varius". Así distinguiéronse de los pellicos ordinarios los mantos llamados nobles, cuyas mejores pieles eran húngaras y eslavas. Hasta los gorros de piel llamáronse "vara" y "vayrus", orígenes etimológicos de birrete. En castellano medioeval el capote recibía los nombres de "vero" y "birro", que en esta última forma concurren derivada del latino "birrus", gabán. Hallamos todavía un rastro importante en la voz rumana

"baiera", que significa cinta y lista de color, constituyendo un vínculo con las castellanas "vareta", en la cual concurre la acepción diminutiva de vara (bastón es también lista de color) "bayeta", que fué, quizá, "pañeta" y "bayo", derivado de "badius", lo cual refuerza y completa la acepción; mientras la susodicha "baiera" significa también, como adjetivo, lo pintado de colores diversos: overo en una palabra.

Entre todas esas pieles, la más usada, y por tanto la que tomó acepción genérica, fué la de ardilla: animal cuyos nombres románicos "vero" y "vair" figuran significativamente en el blasón.

Las heráldicas española y francesa blasonan, en efecto, un cuartel llamado respectivamente como queda dicho, y que se denomina a su vez "vaio" en italiano: forma que lo acerca al ya citado "vaiolare" y a nuestro "bayo", que es un co-



lor de animal. Aquella pieza es un espinape compuesto por filar alternadas de torrecillas rectilíneas: unas azules y de-rechas, las otras blancas e invertidas. Así reproducía simbólicamente los mantos de piel de ardilla o de rata almizclada que daban los reyes como distintivo señorial; sucediendo igual cosa con los armiños, también piezas de blasón: cuando unas y otras están invertidas, llámanse "contraveros" y "contrarmiños". Recuérdese que en antiguo gallego la ardilla era "veyre", y que el capote llamábase "vero" en castellano medioeval.

Ardillas y ratas almizcladas tienen el vientre blanco y el lomo ceniciento. Este último color obscurécese mucho en invierno, que es cuando por hallarse más pobladas resultan mejores las pieles. Abiertas por el vientre o por el lomo, cosíanlas formando parches alternativos, mientras las colas orlaban bocamangas y ruedos; y lo mismo úsanlas actualmente en Inglaterra. La figura así formada es lo que representan aquellas torrecillas del blasón. El azul heráldico, o azul, es por lo demás muy obscuro.

La combinación de azul y blanco, llamada precisamente "vair" en lengua de trovadores, llévanos a estudiar la cuarta rama del tronco latino "varius", revelándonos también el origen de otra expresión: la de "ojos overos", como llaman en nuestra campaña central a los que tienen un color gris azulado. Para el Diccionario de la Academia y los que aceptan sus definiciones, ojo overo es "el que por abundar o resaltar mucho en él lo blanco, parece que no tiene niña".

Rara será la poesía de trovador en la cual falte el calificativo de "vair" dado a los ojos de las damas; y esto, no como se ha creído por la variedad de su matiz o de su expresión, sino porque, en el sentir de aquellos poetas, asemejában-

se a los del gavilán. Así un anónimo provenzal:

"Jex vairs comme I faucon [mue]z" (4)

Y otro español:

"El cuello tengo de garza", "Los ojos de un esparver."

O todavía otro italiano del siglo XIII:

"Igli occhi belli come di gir-[falco]."

Donde figuran, corroborando el carácter genérico de la expresión, el halcón, el esparver o gavilán y el gerifalte. En un poema de "Las mil y una Noches" (noche 675a.) hallo esta invocación poética: "¡Oh, tú la hermosa de la mirada de halcón!" Quizá los cruzados introdujeron esta expresión oriental.

Atribuíase, pues, a los ojos de las damas un parecido con los de aquellas aves de presa, sin duda por lo vivaces y arrogantes que en ellas son; porque en la poesía de los trovadores, el tipo ideal de la dama fué siempre altivo y dominante. Dichas condiciones veíanlas ellos de preferencia en los ojos nobles que eran los azulados o garzos. Es del caso advertir, aun cuando resulte digresivo en apariencia, que esta última voz, transparente metátesis de "zarco", nada tiene que ver con la garza, como podría suponerse a primera vista. Así lo demuestran, conciliando las acepciones, los siguientes versos de romance:

"Los sus ojos tenía garzos" "Como los de un esparver."

El P. Alcalá, en su "Vocabulista", dice lo propio y con mayor precisión: "zarca o garza de ojos". En el patuá de Bordighera, "garso" significa tuerco. No hay, pues, tal "carduus", cardo, como dice la última edición del diccionario académico, enmendando mal la mala etimología anterior, que era garza, naturalmente. "Carduus" fué, como tantas otras, una socorrida invención de Diez para explicar la voz "garzón" de origen completamente distinto. Pero abundemos todavía, que vale la pena. La voz "esgar", ojo, y desde luego ojo azul, figura en la poesía de trovador y vive en el castellano actual bajo las formas "esguardar", "esguarde"; así como en el italiano "guardare" y en el francés "égard", miramiento. Esta última lengua poseía antiguamente la voz "esgarder", que es el actual "regarder", de la misma forma y familia que el castellano "resguardo". Bajo estas acepciones predomina ya la radical "warten": estar en guardia, que es del antiguo alto alemán y que concurrió, sin duda, con el arábigo "zarco" de mi referencia. El seudónimo poético de la dama del trovador Arnaldo Marull era "Belhs-Esgards": lindos ojos.

Tal vez el sonido de la palabra esparver, que es también "esparvel" en castellano, y "éprevier", "épervier" en francés, indujera a recordar la voz "vair" con acepción errónea; fuera de que siendo dudosa su etimología, si no procede de "pravus", como parece indicarlo la forma "éprevier" (5), podría venir del latín "sparus", saeta, o del celto-latino "sparr", garfio, zarpa, y de "vair", gris azulado, el cual es efectivamente su color. "Pravus" significa, por otra parte, corvo, ganchudo. En la lengua nórdica de las Sagas, halcón era "haukr" y "vair" ("varius"), porque su plumaje varía con la edad hasta ser muy distinto en el joven y en el viejo. Esparaván, en la misma lengua, era literalmente pájaro-halcón: "sparrhaukr"; pues "sparr" es la forma con que el "passer" latino emigró a las lenguas del Norte. De aquí que gorrión sea "sparrow" en inglés. "Passer" era pájaro genéricamente, y a la vez gorrión en latín, como en italiano actual lo es "passero". En grie-

go, a su vez, pájaro ("ornis") es ave rapaz, por antonomasia; y nuestros paisanos llaman pájaros a los cuervos y buitres, cometiendo igual figura. El esparaván tiene además azulado el lomo. Y en todas esas voces: esparaván, esparavel, esparver, aparecen así las dos formas latinas "passer" y "varius".

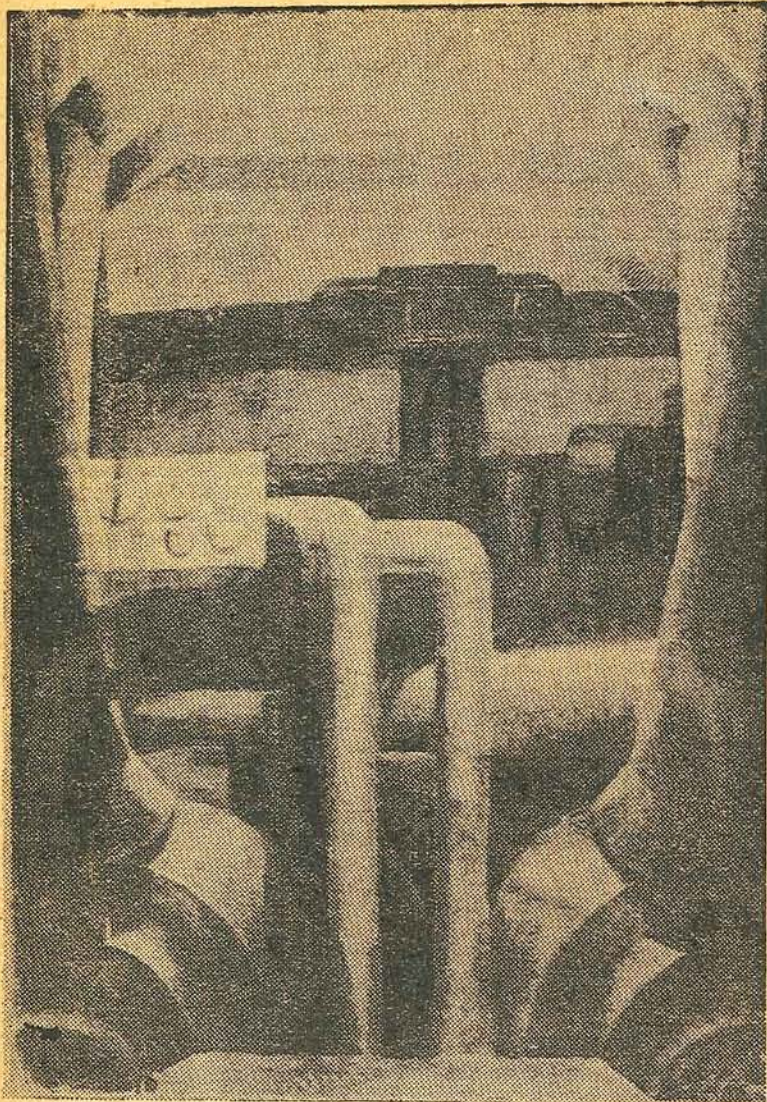
Nada extraño tendría tampoco el supuesto error fonético si se considerara que en Portugal y en España, los imitadores del gay saber provenzal tradujeron "olhs vairs" por "ojos verdes", dándose a elogiarlos de este color, nunca apreciado en aquellas tierras. Pero la poesía de los trovadores fué siempre y por doquiera convencional en sus descripciones, pues elogiaba a la mujer bajo un tipo convencional que no admitía variación. Así duraron las cosas hasta el tiempo de Camoens y de Cervantes (6).

Como los gerifaltes y halcones eran aves nobles por serlo de cetrería, arte tan especialmente señorial, puede que de ahí provenga la esparcida metáfora. Sancho Panza jáctase de zapatear "como un gerifalte", es decir, muy bien; y bajo este mismo significado emplea otras veces la locución para alabarse de su capacidad gubernativa (7).

He dicho ya que la denominación de ojos garzos tuvo un origen semejante, siendo garzo la metátesis de zarco que es el ojo azul. A este respecto hay todavía cosas notables. Así, para no salir del tema "vair", verde. Amadis recibe por ahí el sobrenombre de "caballero de la verde espada" ("verte espée"). Esta acepción proviene de "virgultum", vara, verga, que ha formado en castellano la voz "verdugo": vástago y estoque, así como en italiano y en francés "verduco" y "verdum". En el antiguo bretón la voz "brath" significaba sentencia; y el ejecutor de ellas recibía el nombre de "vergo brethus". Verde espada quería decir, por otra parte, espada justiciera, y esto es muy de notar; pues en materia de armas, las lenguas célticas suelen ser madres. El moderno irlandés conserva con igual acepción la citada voz bretona. Por último, en castellano, "verdugo", además de las acepciones antedichas, tiene las de fusta, cardenal que ella levanta, tormento y persona cruel; y, desde luego, la más usada de ejecutor de la justicia.

Aun cuando esto último venga a redundar, en suma, he querido ponerlo para que se vea cómo una misma palabra puede tener distintos orígenes según sus acepciones; cómo se forman éstas y cómo se asocian aquéllas. En todo eso consiste la investigación metódica, gracias a la cual podemos concluir que "overo" procede de "varius" (8) transformado en "vair" y en "vero". Traducido "cheval vair" por "caballo vero", la voz habrase formado por prótesis de la o de caballo en vero, o por aglutinación del artículo gallego-portugués "o", como en "oportu"; o por ambas cosas.

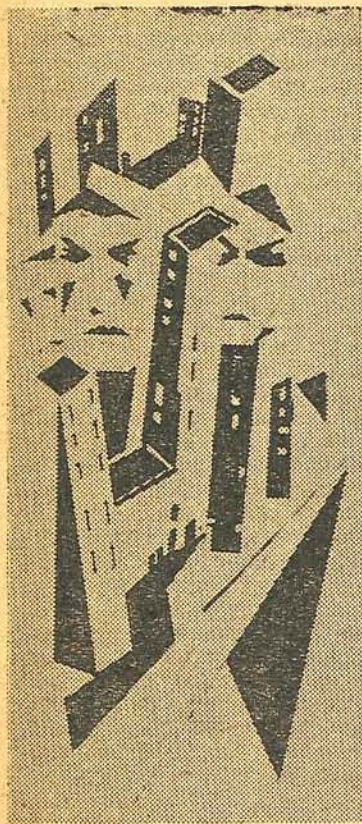
En cuanto a la forma "hobero", sinónima del portugués "fouveau" y del bable "xove-ru", como dice Cuervo en sus "Apuntaciones", es verdad que la usaron con nuestra acepción escritores picados de humanismo, aunque estuvo siempre dominada por la más popular overo, cuya grafía no fué menos antigua, contra lo que creía el citado autor. Hove-ro, o color de melocotón: vale decir amarillento, procede de "fulvus", como los antedichos sinónimos, y el "fauve" francés, que es el melado, en concurrencia presumible con el bajo latino "for-va", yegua. Ignoro si lo emplean aún en España, es decir, si está anticuado; pero, suceda esto o no, trátase de una voz distinta. El francés "aubère", que es nuestro rosillo: pelo mezclado de rojo y blanco, pro-



Mario Lepore: "Máquinas en reposo"

OR razones de organización, la Sociedad de Aficionados y Cultores de las Bellas Artes se fusionará próximamente con el Sindicato de Artistas del Lacio. La exposición actual es, por lo tanto, la última de una serie de muestras que se sucedieron durante un siglo (1830-1930), y por este motivo, la comisión organizadora ha querido pasar revista a casi todos los artistas que se reve-

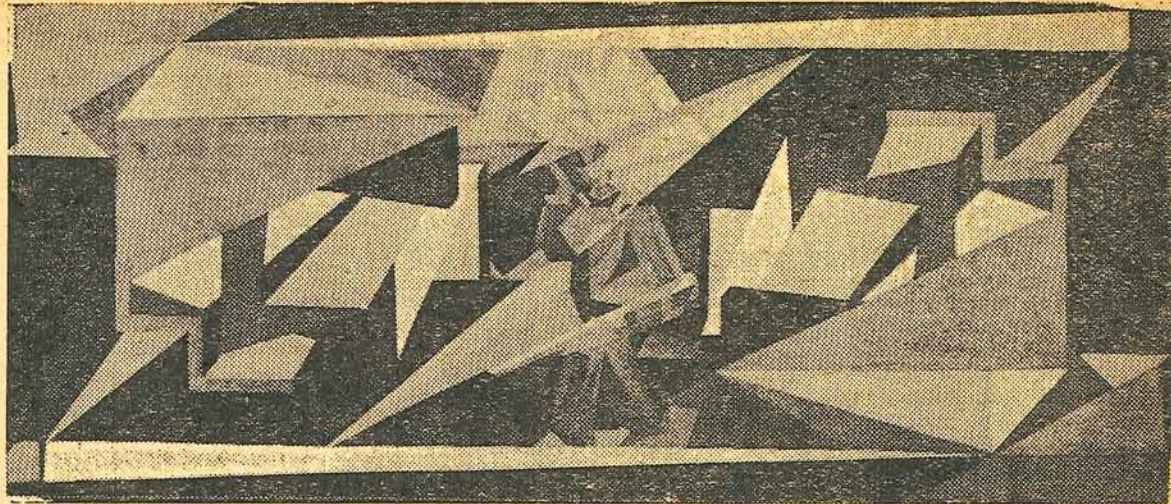
G. De Rosa: "Vendetta"



cede, según Littré, de "albus", lo cual nada tiene que ver con el melocotón, aunque sí con su flor; por lo cual llámanle también "fleur de pêcher": flor de durazno. Todo lo cual acércalo mucho más a nuestro "overo" americano, permitiéndonos suponer una concurrencia de "albus" con "varius". La voz arábiga "hubary", que Dozy atribuye como origen a "aubère", pareceme insostenible y fantástica: un verdadero arabismo a todo trance. En cuanto al "falb" alemán, parece evidente

que provenga de "fulvus". Hovero procedería de esta voz y overo de "varius".

(1) E insular; pues en Cuba llaman overos "a los mulatos que tienen la epidermis con manchas blancas". Constantino Suárez, "Vocabulario Cubano". (2) Con todo, su referencia al "Vocabulista" del P. Alcalá, nada resuelve, porque éste escribe tan sólo: "hobero, color de caballo", sin decir cuál. Añadiré que el Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano adopta el melocotón académico, reforzando la etimología con la voz alemana "falb" y con la france-



G. Balla: "Instante"

UNA MUESTRA DE PINTURA FUTURISTA

AL MARGEN DE LA EXPOSICION DEL CENTENARIO DE LA SOCIEDAD "AFICIONADOS Y CULTORES" EN ROMA

P O R
FRANCISCO
ORLANDO

(Para LA NACION)
ROMA, mayo de 1930

Marinetti a la Academia de Italia. Algunos han afirmado que el futurismo ha perdido muchos adherentes, pero no conviene olvidar que cada día adquiere nuevos adeptos y que —si se computa el número de los que salen y de los que llegan— la tendencia futurista ve aumentar sensiblemente sus fuerzas. También conviene tener presente que los hombres que han abandonado el futurismo son individuos de temperamento marcadamente crítico, mientras que los nuevos adherentes son artistas creadores.

El futurismo italiano es, como iba diciendo, una oposición al siglo XIX, por cuanto, agotadas ya las investigaciones técnicas y coloristas a que se limitó en suma ese siglo, ha iniciado la exploración profunda de los problemas del arte. Las conquistas técnicas han sido conservadas como una adquisición por el movimiento, pero se ha dado un salto adelante y se busca en la vida un significado profundo, bajo las simples apariencias veristas.

Después del Renacimiento, el arte italiano se afanaba en experimentos substancialmente formales y vivía de motivos pictóricos importados. No se había comprendido claramente, en suma, que la nueva orientación del genio humano que abrió el gran ciclo de los inventos, debía tener necesariamente repercusiones en materia de arte. La revolución provocada por la ciencia en el mundo natural, la penetración en las leyes de la materia, la conquista de las fuerzas—antes ocultas—del universo, y la organización de estos elementos en la nueva realidad científica—pura expresión de la libre genialidad humana—no podía dejar de advertir al espíritu de la necesidad de una libertad más grande en la interpretación del mundo y de las cosas.

Una vez rebasados los límites de la estática verdad naturalista, el espíritu artístico comprendió—lo mismo que el espíritu filosófico—que ninguna barrera podía oponerse al fervor de su lirismo.

Concretamente, se ha sentido la necesidad de expresar las cosas en su aspecto dinámico por medio de las vibraciones que les imprime la percepción artística; de colmar las distancias que separan a los objetos cuando se sienten hermanados por una relación lírica—mediante la superación de las rígidas leyes perspectivas—y, finalmente, de expresar los objetos, no en su simple apariencia, sino como consecuencia de una indagación substancial.

Estos principios, que han constituido durante veinte años los argumentos de la propaganda futurista y han determinado una renovación profunda en el campo artístico italiano—y notables repercusiones en el arte de todas las naciones—se manifiestan en diversa medida en la actual exposición romana. Llama principalmente la atención la elasticidad y la originalidad con que logran expresarse los artistas italianos de vanguardia, a pesar de mantenerse dentro de una orientación homogénea. Balla, de la guardia vieja, presenta cuadros de gran sentido decorativo y manifestaciones de pintura abstracta; Dottori nos ofrece interpretaciones brillantes y dulces de su mística tie-

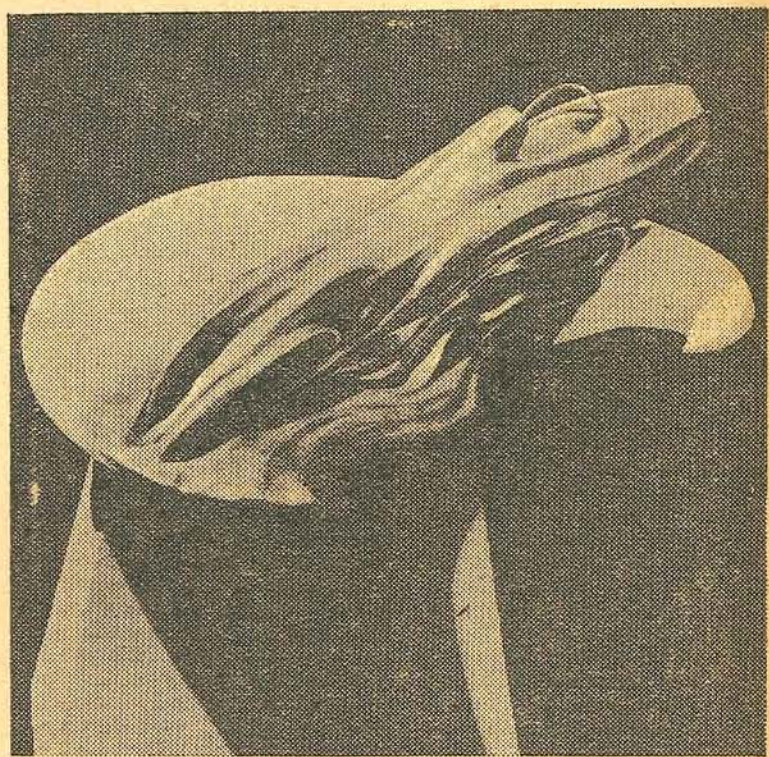
rra, Umbria, además de una notable "Crucifixión". Hay una "Tarantella Napolitana" poderosa por el color, el movimiento y la fuerza plástica, obra de Prampolini. Fillia expone un paisaje bastante delicado y original. Conviene señalar un grupo de jóvenes y valerosos artistas napolitanos: Pepe-Díaz, Lepore, Deambrosio, Peirce y Cocchia, considerables por la seriedad de su conducta artística y por la excelencia de los resultados obtenidos. También conviene citar al joven escultor De Rosa quien, con Pepe-Díaz, que es escultor igualmente, reanima la escultura con su estilo poderoso y lleno de movimiento: pueden ambos considerarse como los continuadores de la originalidad de Umberto Boccioni, gran revolucionario de las artes plásticas.

También exponen los pintores Belli y Tato, y la joven pintora china Dotty. En cambio, faltan las producciones de muchos artistas futuristas como Marasco, Pannaggi y De Pistoris.

F. T. Marinetti, miembro de la Academia de Italia, se ha prodigado en la organización de la exposición.

Los artistas italianos de vanguardia enviarán sus obras a la próxima exposición del Animal en el Arte que se realizará en el Jardín Zoológico, y se preparan ya para la Exposición Bienal Internacional de Venecia.

Pepe-Díaz: "Velocidad en curva"



aves, son más hermosos y vivaces después de la muda.

(5) "Bravo", cuya etimología ignora la Academia, remitiéndose a la idéntica voz italiana, procede de "pravus", como lo indican sus acepciones en italiano antiguo precisamente: espantoso, terrible.

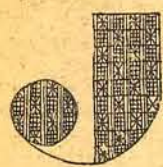
(6) Véase la erudita nota de Rodríguez Marín en su edición crítica del Quijote, cap. XI de la segunda parte (11) relativa a los ojos verdes de Dulcinea, que a mejor decir, eran también "de esmeraldas" en Preciosa. (La Gitanilla, edición crit. del mismo autor, pág. 25). En aquella nota es de particular interés la cita de Lope que defi-

ne por el color la nobleza de los ojos. El soneto CCCXXX de Camoens (recopilación de Juro-menha), escrito por cierto en castellano, pone ojos de esmeralda a la estatua de la perfección femenil.

(7) Así, en el romance más arriba recordado: "ojos garzos como los de un esparver", tomase la voz "garzo" por antonomasia de hermoso, elogiando con el símil referente al ave noble; y no porque ésta tenga los ojos azules.

(8) Por donde se ve que al traducir Cipriano de Valera "equi vari" por "caballos hoveros", según la cita de Román, estuvo en lo justo

EL DESCARTE



UGANDO "con triunfo", un jugador que desea fallar un palo en tercer término, debe descartar primero la mayor de las dos cartas que posee en ese palo y la menor después. El descarte de una carta relativamente alta es un pedido al compañero para que insista en el mismo palo.

Tal es la convención reglamentaria, pero en la práctica presenta ciertas dificultades sobre la apreciación de la oportunidad de su aplicación, su peditada, en la mayoría de los casos, a un fino razonamiento. Este descarte convencional tiene el inconveniente de indicar demasiado la maniobra que se prepara al adversario, quien se informa al mismo tiempo del peligro y procede de acuerdo a sus conocimientos.

La finalidad práctica de una convención debe consistir en informar al compañero mientras éste posea los medios de hacer útil semejantes datos, pero, positivamente, no puede resultar esta clase de indicaciones cuando el adversario tiene los medios de desbaratar las consecuencias inmediatas.

No conviene, pues, hacerse un reglamento con esta convención y es necesario saber interpretar el momento de aplicarla, para no brindar al contrario una información que carezca de utilidad inmediata para el compañero. Hay que tener presente que los descartes no tienen carácter privativo y que el contrario—que también los observa atentamente—pue-

Por LEON

de sacar de ellos ventajas apreciables.

Los buenos jugadores pretenden aplicar este descarte convencional jugando "sin triunfo". Yo entiendo que es un error, pues el dato resultante de él tiene que ser, en la mayoría de los casos, de más provecho al declarante que al compañero. La información, sobre todo, resulta negativa para el compañero y positiva para el adversario: una carta alta en primer término



♠	
♥	J-10-9
♦	J-10-9
♣	8-7

indicará carencia de elementos en ese palo (información relativamente útil para el compañero y preciosa para el contrario); la carta pequeña puede no decir nada.

Estudiamos dos casos prácticos con resultados diferentes para el jugador invariablemente convencionalista.

Sur —K-J-2
Oeste —A-7-6-3
Norte —Q-10-8-4
Este —9-5

BRIDGE

Jugamos "sin triunfo". Norte no tiene entradas. Sur, que posee la mano, juega el Rey. Este, sobre esa baza, trata de informar al compañero que es-



♠	6-4
♥	4-3
♦	4-3
♣	

NORTE	
Triunfo es pique. Sur tiene la mano. Norte y Sur deben hacer todas las bazas contra cualquier defensa de Este y Oeste.	
(En la edición de mañana publicaremos la solución de este problema)	
SUR	

♠	A-2
♥	A-2
♦	A-2
♣	3-4



que decir, sino únicamente escuchar, cosa que es difícil y para la cual no mostraba ninguna aptitud. Yo me había enfadado con uno de sus camaradas, al que hacía trabajar insistentemente, sin ocuparme, mientras tanto, del debutante en cuestión. Ya he dicho que estaban varios médicos en escena, unos sentados y otros de pie. El, sentado, debía interesarse simplemente en lo que decía aquel a quien yo daba la réplica. Comprendí el asombro de los demás cuando me di cuenta de que el muchacho, aburrido sin duda de estar tanto tiempo callado y sin acordarse de mis indicaciones, había extraído de su bolsillo un libro de álgebra, abismándose en su lectura... Estaba perdido. Sus camaradas hubieran prescindido de él, pero a mí no me era antipático. Una noche rogó al empresario que le substituyese con otro, pues deseaba marchar a una provincia para tomar parte en un match de tennis.

Decididamente, para él, el teatro era un juego y nada más que eso. Después partió como soldado, dejó el Conservatorio y creo que no volvió a empezar. No había experimentado el impulso del trampolín. Si recomienza otra vez será sólo por algunas horas y no de modo definitivo...

Figuraos que la escena es en Meaux, Melun Coulommiers, donde hay uno de esos señores florentinos que el buen François Coppée dibujó amablemente en "Severo Torelli" y que los jóvenes aprendices de cómicos, hacia 1890, gustaban de interpretar para creerse dignos del Odeón.

Un minuto después de penetrar en la zona luminosa de la escena y al sentirse en medio de profesionales, nuestro principiante es arrebatado por un delirio sagrado... Nada de lo que antes hizo se parece a lo que hace en este momento, revestido como está de un traje más bien ridículo, con el maillot bien agujereado, jubón de lustrina y gorro florentino orna-

CONVENCIONAL

CASABAL

tá corto en ese palo y descarta el nueve. Sur insiste con el valet, Oeste no toma todavía y Este juega entonces el cinco. La información de Este, en este caso, resultará preciosa, pues Este y Oeste habrán conseguido dos cosas: primero, que Norte no tome la mano; segundo, habrán bloqueado un corazón de Norte.

Peró supongamos ahora:

Sur —A-K-2
Oeste —J-7-6-3
Norte —Q-10-8-4
Este —9-5

♠	
♥	K-Q
♦	K-Q
♣	K-Q-J-10



Sur juega exactamente como en el caso anterior: el Rey. Este pretende también informar al compañero y repite su jugada, descartando el nueve. Sigue Sur jugando el As y observa que Este descarta un cinco, recibiendo así una preciosa indicación que le permitirá hacer cuatro bazas seguras en el palo. Resultado desfavorable para el convencionalista, que ha dado un dato de suma importancia al adversario.

Hay otra razón de peso que invita a no aplicar la convención que trato, jugando sin triunfo. Un descarte de una carta relativamente alta podría no ser la menor, pues puede estar acompañada de una mayor (indicación que sería utilísima para su compañero si no fuera hecha por un convencionalista), o puede también estar sola.

Como lo he dicho, hay que evitar el informar al declarante sobre la posibilidad de ciertos fallos, mientras éste no pueda hacerse efectivo por la parte interesada, porque ello sería una alarma inútil. Es esta una razón por la que los adversarios del declarante no deben tener invariablemente en cuenta descartes efectuados sobre bazas pertenecientes al declarante, tendientes, en algún caso, a tratar de engañarlo. Es claro que éste debe ser el caso de excepción y no conviene hacer de él un método, pues entonces dejaría de ser prácticamente útil: su carácter de jugada aislada y extraordinaria en casos desesperados puede conducir a buen resultado.

El descarte tiene que ser infaliblemente verídico sobre la mano del compañero, y allí no cabe engaños de ninguna especie. Pero tampoco conviene pedir al compañero una jugada determinada cuando creemos que no conviene al desarrollo favorable del juego, por ejemplo: si no deseamos fallar, aunque esté en nuestras manos el hacerlo, se debe prescindir de la convención, que no es obligatoria en caso alguno, bis a bis, del compañero.

LA VOCACION

(Continuación de la pág. 18)

den expresar, al igual que los intoxicados por una droga imperceptible e inanalizable. Ningún otro oficio ofrece una mística parecida. Se aceptan con facilidad, puesto que es necesario complacer al público y a la presunta publicidad, las mentiras verdaderas sobre las transformaciones que realiza la escena. Se les acepta o, más bien, se les tolera. Pero muchas de estas transformaciones se desvanecen en el momento de nacer y los mejores de entre nosotros permanecen fieles a esos misteriosos y lejanos tabladitos de andamio que aparecen en el origen del teatro.

Acababa de poner los pies sobre el tablado, iniciándome en pequeños papeles al amparo de mis maestros, escapándome a las clases para saborear el goce de los bastidores, cuando ya me sentía asaltado por emociones que son las mismas de hoy. Me comprenderán todos aquellos que se hayan sentido enfermos y afiebrados por amor a la escena, arrebatados por la mentira ideal en su iniciación. Cuando más tarde se desvirtúa ese embuste y aparecen otras ambiciones, la escena se torna amarga para el hombre vivo. Aquel que no haya sentido ese miserable hechizo de los principios no ha amado nunca el teatro o no ha experimentado nunca el loco contagio del comediante, enfermedad que puede afectar también, en cierto grado, a los iniciados del teatro.

Hace tres o cuatro años se presentó un muchachote de aspecto reflexivo e inteligente que quería trabajar en "L'Oeuvre". Su espíritu habíase sentido inclinado hacia las ciencias, pero poseyendo aptitudes, insistía sobre el interés que le merecía el teatro. Y "L'Oeuvre" le parecía un lugar propicio para los comienzos. Había encontrado tantos individuos así, que ello no me asombró gran cosa, pero estimando muy poco las audiciones—que casi siempre son ridículas y no aclaran nada las posibilidades

de un cómico—substituí esa prueba por unos minutos de charla, siempre preferible y durante los cuales, a mi juicio, se revela mejor el comediante. El muchacho manifestó: "Además, este año me he recibido en el Conservatorio..." Esto era más grave, puesto que el examen del Conservatorio rebasa en solemnidad y en impresiones colectivas todo lo que pueda imaginarse.

Interrogado, después de un concurso del Conservatorio, a los miembros del jurado—me refiero a los concursos de dicción—y quedaréis asombrados ante lo que os dicen. Únicamente los insinceros mantienen un humor inalterable.

—Si, señor—continuó mi interlocutor—, me he recibido, siendo clasificado, ignoro por qué, en primer lugar. Estoy trabajando con X., quien no me enseña gran cosa.

—Y con qué escena hizo usted su prueba?

—Con la fábula del "Mono que muestra la linterna mágica".

Me interesaba el novicio que sin preparación—pues era visible no salía de la oficina de un repetidor del Conservatorio, que no le hubiera permitido presentarse ante el jurado con una fábula—, debió asombrar a esos desgraciados que acostumbraban a reunirse alrededor de una mesa para valorar las cualidades de los concurrentes y que experimentan cierto encanto—¿cuál?—en la temeridad de sus funciones.

Aquel muchacho, alumno de ciencias en la Escuela Normal Superior, debía poseer ciertas virtudes. Quedé seducido por él, de la misma manera que antes lo fui cuando Lardé me escribió por vez primera. Aquel muchacho hizo su prueba con un papel que no interpretó del todo mal, pero no tardó en asustar a sus camaradas y al jefe. Entre bastidores parecía inepto, mas sin embargo su dicción era excelente, precisa. En una interpretación del "Dilema del doctor", de Bernard Shaw, encarnaba uno de los médicos, y durante algunas escenas su papel no tenía nada

de un cómico—substituí esa prueba por unos minutos de charla, siempre preferible y durante los cuales, a mi juicio, se revela mejor el comediante. El muchacho manifestó: "Además, este año me he recibido en el Conservatorio..." Esto era más grave, puesto que el examen del Conservatorio rebasa en solemnidad y en impresiones colectivas todo lo que pueda imaginarse.

Interrogado, después de un concurso del Conservatorio, a los miembros del jurado—me refiero a los concursos de dicción—y quedaréis asombrados ante lo que os dicen. Únicamente los insinceros mantienen un humor inalterable.

—Si, señor—continuó mi interlocutor—, me he recibido, siendo clasificado, ignoro por qué, en primer lugar. Estoy trabajando con X., quien no me enseña gran cosa.

—Y con qué escena hizo usted su prueba?

—Con la fábula del "Mono que muestra la linterna mágica".

Me interesaba el novicio que sin preparación—pues era visible no salía de la oficina de un repetidor del Conservatorio, que no le hubiera permitido presentarse ante el jurado con una fábula—, debió asombrar a esos desgraciados que acostumbraban a reunirse alrededor de una mesa para valorar las cualidades de los concurrentes y que experimentan cierto encanto—¿cuál?—en la temeridad de sus funciones.

Aquel muchacho, alumno de ciencias en la Escuela Normal Superior, debía poseer ciertas virtudes. Quedé seducido por él, de la misma manera que antes lo fui cuando Lardé me escribió por vez primera. Aquel muchacho hizo su prueba con un papel que no interpretó del todo mal, pero no tardó en asustar a sus camaradas y al jefe. Entre bastidores parecía inepto, mas sin embargo su dicción era excelente, precisa. En una interpretación del "Dilema del doctor", de Bernard Shaw, encarnaba uno de los médicos, y durante algunas escenas su papel no tenía nada

de un cómico—substituí esa prueba por unos minutos de charla, siempre preferible y durante los cuales, a mi juicio, se revela mejor el comediante. El muchacho manifestó: "Además, este año me he recibido en el Conservatorio..." Esto era más grave, puesto que el examen del Conservatorio rebasa en solemnidad y en impresiones colectivas todo lo que pueda imaginarse.

(Continúa en la pág. 41)

LA VERDAD ACERCA DE RODOLFO VALENTINO

Por NATACHA RAMBOVA

los cementerios de Italia. En el otro extremo aparecía un mueble de forma oblonga con una silla a cada lado. Natacha me dijo que aquel era su dormitorio, pero a mí me pareció más bien una capilla de morgue.

"Al entrar en su cuarto de baño, de porcelana blanca, me encontré de improviso con un cachorro de león, que rugió.

"—Es Zela—me explicó Natacha, mientras yo retrocedía lanzando un grito—. Rudy y yo la compramos en el Zoológico. Tiene las uñas cortadas, de modo que es incapaz de hacer daño ni siquiera a una criatura. Después se acercó a la fiera para acariciarla. Me dijo que era la compañera inseparable de Rudy y de ella, pero que siempre permanecía encerrada cuando había visitas en la casa.

"Luego me condujo al "garage", a través de una cocinita, para presentarme al resto de la familia: dos enormes cachorros de perros daneses, que le había regalado Valentino. Sufrían en esos momentos las consecuencias de la dieta vegetariana que les había impuesto su ama.

"Momentos después, llegó Rodolfo Valentino. Fui presentada a un hombre con cara de muchacho, una especie de Adonis de contextura atlética, aunque esbelto, con ojos oscuros de mirada soñadora. En su rostro se dibujaba una sonrisa franca, y que no tardó en ganarse mi voluntad. De acuerdo con la costumbre italiana, nos abrazó a mi marido y a mí y nos besó afectuosamente en ambas mejillas. Era imposible no sentir cariño por ese muchacho impulsivo, con cara de inocente.

"La mesa de la cocina fue llevada al "living-room", y nos sentamos y nos fué ofrecida una comida deliciosa".

Tal fué la descripción que hizo mi madre de la casita donde Rudy y yo pasamos los días más felices de nuestra vida. Quizá teníamos demasiados animales para el gusto de las visitas en general; pero, tratándose de Rudy y yo, el caso era el siguiente: "Si me quieres a mí, debes querer también a mi perro". Los dos sentíamos mucho cariño por los animales; una de nuestras más caras ambiciones consistía en llegar a ser dueños de un zoológico. Muchas horas empleamos en trazar estos planes, que nos proponíamos poner en práctica tan pronto como pudiéramos.

Siempre que nos era posible, visitábamos algunos de los zoológicos próximos a Los Angeles. El viejo jardín Selig constituía nuestro paseo favorito, pero nos gustaba singularmente visitar el de Curley Stecker, jefe de los entrenadores de animales de la Universal. Curley nos contaba siempre en qué forma milagrosa había escapado muchas veces de los ataques de las fieras en la selva, y luego nos llevaba frente a Joe Martín, el famoso chimpancé de las comedias de la Universal, y nos mostraba a Ethel, la leona mansa que presenta un aspecto feroz en la pantalla. Después nos conducía a ver a Tom, Dick y Harry, los tres grandes leones, mientras les daban de comer.

Cierta día, Curley anunció que nos había preparado una sorpresa, y nos condujo en seguida detrás de las jaulas de los leopardos. Allí en un extremo de una jaula, nos mostró cuatro hermosos cachorritos de león, que no tenían más de seis semanas. Rudy y yo quedamos encantados, e insistimos en comprar uno de ellos inmediatamente.

Pero Curley se negó en redondo a aceptar nuestra pro-

posición. Nos dijo que los leones no eran animales con los que se podía jugar, pues hasta en su infancia son caprichosos y muy poco afectos a la amistad. Insistimos, sin embargo, y Curley, luego de protestar durante un buen rato, salió en busca de una jaula, en tanto que nosotros elegíamos al cachorro que íbamos a llevar a casa.

En esa forma adquirimos la leona que encontré mi madre al abrir el cuarto de baño de mi casita.

Mientras rugía y se encrepaba, metimos a Zela en la jaula y la subimos al automóvil. Curley, tras de predecirnos un desastre, nos aseguró que la devolveríamos antes de que transcurriera una semana; pero no sabía de lo que éramos capaces Rudy y yo.

"Pobre Curley! Hace ya tiempo que ha muerto, víctima de uno de sus leones.

Al llegar a casa, lo primero que hicimos fué cortar las uñas de nuestra fiera. Logramos esto después de amordazarla y atarle las patas, y luego Rudy la bautizó en una bañera llena de agua y espuma de jabón. Después dejamos libre a la leona, y empezó la diversión. Jamás he visto una furia tan grande en un animalito tan joven. Saltó con un rugido sobre nosotros. Pero tenía las uñas cortadas y no podía arañarnos. Nos limitamos a reírnos de ella.

Zela poseía una personalidad destacada, bastante carácter y orgullo. Se resistía a ser castigada, pero no era insensible a las caricias. Cuando Rudy leía algún libro, sentado tranquilamente en un sillón, la leona saltaba como una gata a sus rodillas, para recibir una caricia. Llegó a aficionarse mucho a nosotros, y sobre todo a Rudy, a quien seguía como un perro fiel.

Lo malo era que Zela crecía con excesiva rapidez. A la edad de cuatro meses tenía unas fauces enormes y grandes dientes, y adquirió la peligrosa costumbre de abrir las puertas y las ventanas, para escapar a la calle. Los paseos que daba por las tardes no tardaron en sembrar la consternación en el barrio, y los vecinos protestaron indignados, exigiéndonos que nos separáramos de Zela.

Con gran pesar nuestro, decidimos llevarla a la estancia del entrenador de Nell Shipman, a cincuenta kilómetros de Los Angeles. La vimos por última vez unos cuatro meses más tarde, cuando miss Shipman se disponía a ir a Oregon con todos sus animales, para sacar películas. Rudy y yo quisimos despedirnos de Zela.

El entrenador nos advirtió que no nos acercáramos mucho a su jaula, pues la leona había-se vuelto traicionera y, además, no nos recordaría. Y en seguida, con el fin de distraer nuestra atención, nos condujo a otra parte, para mostrarnos unos lindos oseznos. Mientras yo jugaba con los animalitos, descubrí que Rudy había desaparecido. Lo llamé, pero no me contestó, y fui en su busca.

Lo encontré dentro de la jaula de Zela, sentado en el piso, hablando con ella y llamándola por todos los nombres que le daba cuando era pequeña; mientras tanto, la leona, que había crecido casi hasta adquirir el tamaño máximo, permanecía acurrucada en un rincón y lo contemplaba con aspecto feroz. Pero no tardó en arrastrarse hacia él, en la misma forma en que lo había hecho antes con tanta frecuencia cuando quería ser acariciada. Luego colocó la cabeza sobre sus rodillas y lanzó rugidos de satisfacción. Con lágrimas en los ojos, Rudy le prodigó palabras y mimos, hasta que el entrenador le advirtió que debía marcharse. Nunca volvimos a ver a Zela.

VALENTINO SE CASA IMPENSADAMENTE CON JEAN ACKER

RODOLFO y yo queríamos casarnos, pero él ya había contraído enlace con Jean Acker, y ésta dificultaba en todas las formas posibles su propósito de conseguir el divorcio. Durante la "filmación" del "Sheik" se inició el juicio de separación y se acumularon las dificultades, de modo que aquel fué un período de prueba para nosotros dos.

Este matrimonio prematuro se había realizado poco después que Rudy llegó a Hollywood, cuando no era más que un personaje desconocido. Aquello había constituido una equivocación desde el principio, pero en esa época, todo el mundo estaba loco en Hollywood; la gente actuaba impulsada por arrebatos, y más tarde tenía que lamentar su conducta.

Valentino y miss Acker apenas se conocían. Se habían visto una noche en la casa de Pauline Frederick, y allí concertaron un paseo a caballo, durante el cual se comprometieron. Pocas horas después, Rudy entró en el Hotel Hollywood, donde encontró a May Allison y a los esposos Maxwell Garger. Con el entusiasmo de un muchacho enamorado, o que, por lo menos, así lo creía, les confesó que iba a casarse. Los esposos Garger preparaban para la noche siguiente una demostración de despedida en honor de Mr. Richard Rowland, presidente de la Metro. Propusieron a Rodolfo que consiguiera su licencia inmediatamente, a fin de celebrar la boda en la misma noche. Valentino, que era un muchacho despreocupado, convino en ello.

Después de la ceremonia y de la cena, se bailó hasta las dos de la mañana, y la flamante esposa lo abandonó sin mayores explicaciones. En aquella época, Jean Acker trabajaba en la compañía de Fatty Arbuckle ("Tripitas"), y cuando el marido desilusionado fué en busca de ella esa mañana, descubrió que había salido para Los Angeles. Se trasladó inmediatamente a aquella ciudad, pero allí le notificó que ella jamás volvería a su lado. Rudy partió en seguida para Nueva York, con objeto de empezar los ensayos de "Los cuatro jinetes", y Jean pidió la anulación del matrimonio. No volvie-

ron a verse hasta cuatro meses después.

Pero cuando el éxito asombroso de su Julio en "Los cuatro jinetes", convirtió a Valentino de un desconocido sin recursos en un astro que nacía, con fama y fortuna aseguradas, Jean cambió su demanda de anulación por la de separación con una mensualidad fija. Rudy entabló entonces contra ella acción de divorcio, porque, mientras tanto, me había conocido a mí. Pagó muy caro el error de su juventud, aun después de haber obtenido el divorcio y legalizado nuestro matrimonio. Más tarde, cuando el solo nombre de Rodolfo Valentino atraía grandes cantidades de dinero a las ventanillas de las boleterías, Jean Acker inició una jira de "vaudeville" con el nombre de Mrs. Rodolfo Valentino, que reportó dificultades de orden financiero. Rudy no podía comprender por qué unas cuantas horas de matrimonio podían capacitarla para hacerse pasar por su esposa.

Pero nos adelantamos a los acontecimientos, y conviene volver atrás. Después que Rodolfo y yo nos comprometimos (cuando él no había llegado a ser famoso y su nombre no significaba nada para el público), decidí dar indirectamente la noticia a mi madre, Mrs. Richard Hudnut. Se encontraba ésta entonces en Nueva York y se disponía a embarcarse para Europa. Le escribí recomendándole viera "Los cuatro jinetes" y que me contestara dándome sus impresiones acerca de la película. En su respuesta se expresó con mucho entusiasmo respecto del protagonista, el joven Rodolfo Valentino, y me preguntaba quién era aquel actor, pues jamás había oído hablar de él.

EL CONSENTIMIENTO DE LOS PADRES MODERNOS

Apenas habían llegado a París mi madre y su marido, Mr. Hudnut, recibieron un cablegrama mío, en el que les anunciaba mi compromiso con el señor Valentino, y les pedía su consentimiento para casarme con él. Enviaron en seguida su conformidad, haciendo notar que eran padres modernos que no contrariaban las decisiones de sus hijos. Siempre podía yo confiar en la buena voluntad y en el cariño de mi madre.

Esto sucedía en el mes de mayo de 1921. En el mes de octubre siguiente, mis padres

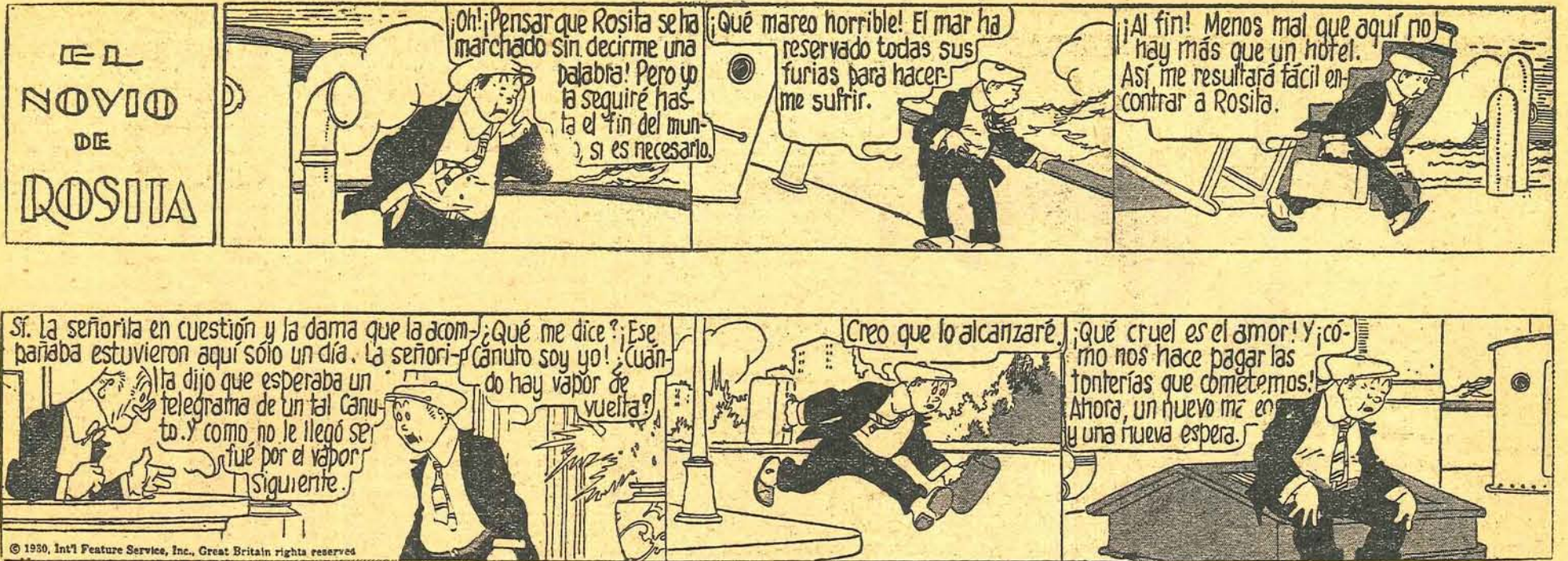
El amor de Rodolfo Valentino por los niños: el héroe de "Monsieur Beaucaire" con dos pequeños que fueron a saludarlo, a su llegada a San Francisco, en uno de sus últimos viajes a esta ciudad

regresaban a su hogar en San Francisco, y se detuvieron en Hollywood para verme y conocer a su futuro yerno. Pero las impresiones recibidas por mi madre durante su visita a mi casa quedarán mejor descritas si cito algunos párrafos de una carta que más tarde envié a mi tía. Decían como sigue:

"Natacha me había escrito frecuentemente, describiéndome con mucho entusiasmo la hermosa casita que había amueblado con el dinero que le procuraba el puesto de directora artística de Mme. Nazimova. A través de sus descripciones, llegué a figurarme que su residencia podía compararse ventajosamente con la mansión de John Jacob Astor. Natacha nos recibió en la estación a las siete de la tarde, advirtiéndonos que Rudy se encontraba todavía trabajando, pero que llegaría a las ocho, para la comida. Recorrimos en automóvil el bulevar Sunset y nos detuvimos frente a una casita que, según creí, estaba desocupada... —Entren—nos dijo Natacha alegremente—. ¡Esta es mi casa!

"En medio de la obscuridad, apenas podíamos orientarnos, pues desde la acera descendimos varios escalones para entrar a un angosto corredor que conducía a la "mansión", la cual era tan diminuta, que la tomé por un garage. Natacha tocó la campana, y la puerta fué abierta por una criada vestida muy limpiamente.

"Entramos a una casita de cuatro compartimientos pequeños, que hacían de habitaciones. La del frente era lo bastante grande para que cupieran cuatro personas, aunque no con mucha comodidad. Cubría el piso una alfombra de colores brillantes y lindos dibujos. Cuatro sillas de cocina pintadas de rojo, un sofá, dos mesas pequeñas con lámparas adornadas con hermosas pantallas de papel, y bibliotecas de color rojo, hechas con restos de cajones, formaban el único mobiliario de aquel cuarto. Luego, dirigiéndome hacia la derecha, entré en una habitación de ventanas guarnecidas con cortinillas de tafetán y piso cubierto por una alfombra oscura. En un ángulo se veía una mesa de cocina pintada de negro, con un gran espejo encima. Sobre esta mesa había dos canastos de flores de vidrio llenos de flores, hechas también de cuentas, como las que suelen verse en

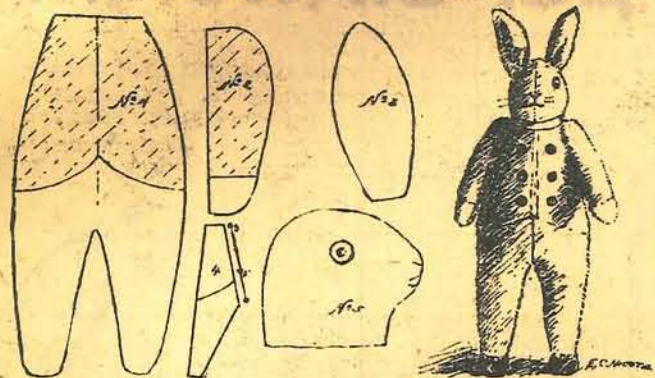


EN LA RECEPCION

Dibujos de GEO McMANUS



COMO SE HACE UN JUGUETE SENCILLO



CONEJO: De un pedazo de cibelina, cortad dos trozos iguales, semejantes al molde No. 1. Unidlos a máquina dejando una abertura en la parte superior, donde irá la cabeza (figura 5) para cuya confección (lo mismo que para las orejas) se procede de la misma manera que con el cuerpo. Para hacer los brazos, se coloca el género doble, y sobre él se marca el molde No. 2. Se recorta y se cose. Se rellenan las distintas piezas y se unen como indica el modelo ya terminado. Con cartulina o paño negro se hacen los zapatos. Si queréis podéis hacer el muñeco a dos colores: la parte rayada de los moldes 1 y 2, en género verde y lo restante, en cibelina blanca. (Podéis también cortar el molde del cuerpo, colocando el género doble y utilizando el molde No. 4. Se cortan dos iguales y se unen por SS').

EL JUICIO DEL GRAN CANCELLER

HACE muchos años, caminaba por los jardines de su palacio, una hermosa y noble dama a quien llamaban Lady Alice. Como era costumbre en aquella época, iba seguida por un bufón. La dama atravesó el puente que limitaba su propiedad y se encaminaba hacia la iglesia de la aldea, cuando vio que un perro mestizo, de color amarillo vetado, cruzaba la calle corriendo, arrastrando detrás suyo una cacerola vieja, que llevaba atada en la cola.

—Esto es una maldad hecha por algunos chicos — exclamó indignada la dama.

—Tele-Tele —, llama a ese perro y tráemelo — ordenó, dirigiéndose al bufón.

No sin dificultades pudo el bufón ejecutar la orden, desatando en seguida la cacerola.

—¡Pobre animal! — dijo acercándolo a su ama — ¡No tiene nada más que el pellejo y los huesos! Más vale echarlo al río para que se muera de una vez.

Lady Alice miró detenidamente al desgraciado animal, que fijaba en ella sus grandes ojos tristes.

—Tele-Tele —, llévalo inme-

diatamente a casa — ordenó Lady Alice.

El pobre animal encontró muchos amigos entre los habitantes del castillo y no tardó en encontrarse allí, como si fuera en su casa. Todos le hacían fiestas, pero él prefería decididamente a Lady Alice, pareciendo comprender que era a ella a quien debía su cambio de vida.

Pasaron varios días, hasta que cierta noche, el dueño de casa se encontraba en lo alto de la torre, contemplando las estrellas que brillaban en el firmamento, cuando sintió el ruido de voces que gritaban. Asomándose entonces, llamó al bufón para preguntarle qué era lo que pasaba.

—Es una pobre mujer que insiste en entrar, diciendo que mi señora le ha robado su perro —, explicó el hombre.

El caballero bajó precipitadamente y se dirigió al lugar de donde partían las voces.

—¿Qué es lo que pasa, señora? — preguntó a su mujer.

—Esta mujer pretende que le dé mi perro, asegurando que es el suyo, pero por nada en el mundo me separaré de él. Es a mí a quien quiere más que a todos en la casa. Aquí pasa una vida cómoda y tranquila, no quiero dárselo.

ras cuestiones que el atardecer nos va dejando en el ánimo mientras discurrimos por estos bulevares, análogos a los de Lyon o Marsella. Impresión análoga experimentaría el romano que discurriera durante los siglos imperiales por el foro o junto a las termas y bibliotecas de Timgad o de Djemila, las maravillosas urbes que Roma instaló, junto a otras muchas, en el corazón de la Mauritania. Dirijamos a los dioses de los destinos un ruego ferviente para que así no acontezca.

LA VOCACION

(Continuación de la pág. 38)

tantes el que liga con grados diferentes al actor, al autor y aun al pobre tipo que desempeña ahora un papel en el oficio: el crítico.

Se creería poder saltar, lanzarse, cuando, por el contrario, uno es aplastado. En eso consiste el error, el embuste, la condenación demasiado temprana del ser humano. Es ser dominado por la droga.

Sin embargo, algunos comediantes imaginan que son hombres como los demás y que tienen las mismas necesidades sociales, los mismos derechos. ¡Tonterías! Puede ser que haya algunas excepciones entre aquellos que nunca fueron más que "funcionarios" del oficio teatral, pero éstos son los menos y carecen de interés.

Más aquel que quiso ser del teatro, bañarse en sus luces y en sus sombras, impregnarse de ellas, exaltarse hasta dejar su piel y su cabeza, como el que escribe estas líneas, ¿adónde va a parar?

LECTURAS INFANTILES

—¿No se hará justicia en casa del Gran Canciller? — preguntó el amo —. ¿Acaso, Sir Thomas More permitirá una injusticia? Colocaos en aquella extremidad del "hall" —, ordenó a su señora — y Vd., buena mujer, esperad en aquella otra. Llamad al perro cuando yo baje la mano, él decidirá cuál será su patrona.

Tomando entonces al animal en sus brazos, Sir Thomas More se dirigió hacia el centro de la enorme habitación y al llamado de ambas mujeres lo soltó.

¿Hacia quién se dirigió el animal? ¿Hacia la noble dama que le había brindado una vida regalada? No, él se dirigió corriendo hacia la pobre mujer en cuya casa había sufrido más de una vez de hambre y de frío.

Lady More sacó entonces una bolsita llena de oro que llevaba en su cintura y tendiéndosela a la pobre mujer, murmuró:

—Para que nunca le falte comida ni abrigo...

POR QUE LOS CUERVOS TIENEN LAS PLUMAS MAS NEGRAS

(Según una leyenda india)

HACE muchos, muchos años, los cuervos tenían el plumaje de color blanco.

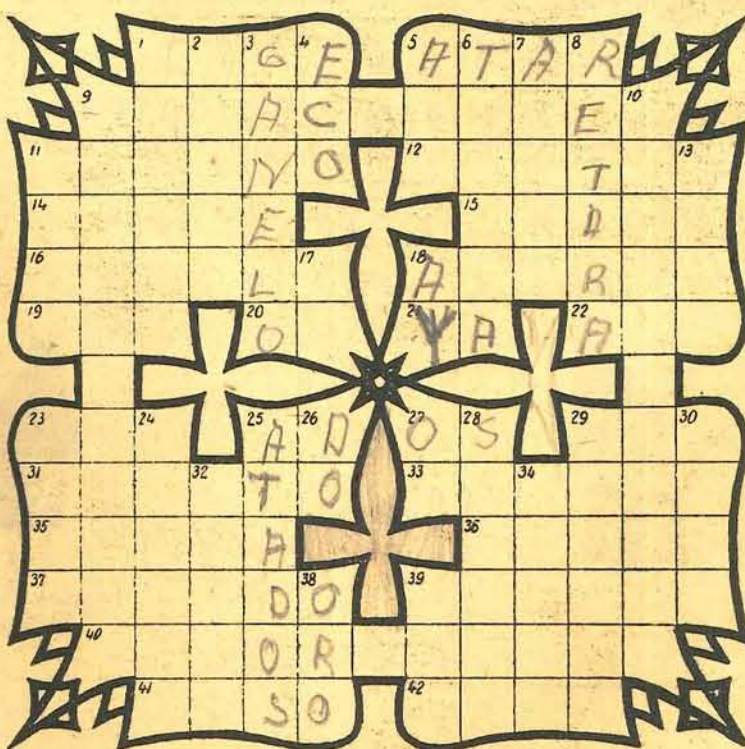
Un día, un cuervo apostó con una cigüeña a cuál de los dos volaría más alto.

El cuervo se remontó por el aire; volaba más ligero que la cigüeña. Voló tanto y tan bien, que llegó hasta el mismo sol. Pero al acercarse demasiado a este astro, su plumaje se quemó, poniéndose negro.

Al ver esto, la cigüeña pensó que sería una tontería de parte suya tratar de volar aún más alto y comenzó a bajar rápidamente.

He aquí la razón por la cual las plumas de la cigüeña siguen siendo blancas, mientras que las del cuervo se transformaron en negras.

PROBLEMAS DE PALABRAS CRUZADAS



REFERENCIAS

Horizontales

- Tabaco en polvo, más grueso y más obscuro que el ordinario, elaborado con hoja cortada algún tiempo después de madurar.
- Envolver una cosa, sujetándola, por lo común, con papeles, cuerda, cinta, etc.
- Que hacen fe en juicio.
- Bueno, perfecto y excelente en su especie.
- Por alusión al fiel amigo de Eneas, en el famoso poema de Virgilio, persona muy fiel.
- Protege, ampara.
- En los peces, parte anterior e inferior del cuerpo.
- Abrazadera de metal que se pone por remate o por adorno en algunos instrumentos, como navajas, bastones, etc.
- Atraganten, atasquen, obstruyan.

Verticales

- Indio del sur de la Argentina.
- Preposición inseparable que significa por causa, o en virtud, o en fuerza, de.
- Luego, inmediatamente.
- Nombre de mujer.
- Ruega, pide, suplica.
- Preposición inseparable que denota proximidad o encarecimiento.
- Dativo y acusativo del pronombre personal vosotros.
- Igual, semejante o de la misma forma o figura.
- Cachorro del lobo.
- Cualquier viento suave y apacible.
- Cueva donde se recoge el oso para abrigarse y para criar a sus hijuelos.
- Tribunal donde se tratan los negocios contenciosos.
- Cualquier vehículo de ruedas.
- Flacas o enjutas y con poca o ninguna grosura.

COMO HACERSE PRESTIDIGITADOR



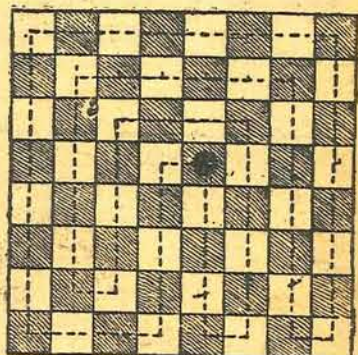
Para ejecutar esta prueba se necesita un vaso, un pedazo de papel blanco y una moneda.

Coloque el vaso boca abajo sobre el papel. Cuando la cubre con éste la moneda desaparece inmediatamente y vuelve a aparecer cuando retira nuevamente el vaso. ¡Sin embargo, es transparente!



El secreto consiste en colocar un papel blanco en el borde del vaso. Como éste estará siempre boca abajo no se notará el papel y la moneda desaparecerá así fácilmente.

ROMPECABEZAS



Solución

Hemos dicho en el número anterior que la prueba consistía en hacer recorrer al viajero, en diez y seis jugadas, todos los cuadrados del tablero, volviendo luego a su punto de partida. He aquí el recorrido que tiene que hacer para lograrlo.

- Sujetáis personas o cosas a la dependencia de otras.
- Agraviado, lastimado, ofendido.
- Barro fino, cocido y barnizado de que se hacen diversos utensilios domésticos.

Verticales

- Cualquier cosa que detiene, embarga o suspende.
- Aprieto, congoja o aflicción grande.
- Excédalo, aventájelo, supérela.
- Repetición de un sonido reflejado por un cuerpo duro.
- Entérese de lo escrito.
- Estimula a uno para que ejecute una cosa.
- Senda o paraje por donde se abrevia el camino.
- Reprenderá, tachará, echará en cara.
- Delinquentes habituales.
- Aplicase a las vidas de poca agitación o movimiento.
- Enfermedad cutánea semejante a la tiña.
- Sincera, de buena intención.
- Preposición inseparable que denota separación, intensidad o exceso de acción.
- Interjección con que se expresa aflicción o dolor.
- En sentido figurado, esperanza, promesa u oferta de una cosa.
- Arbol de la familia de las betuláceas, de cuya corteza se obtiene un aceite esencial con que se curte y aromatiza la piel de Rusia.
- Juntos o sujetos con ligaduras o nudos.
- Nota musical.
- Lengua que antiguamente se hablaba en el mediodía de Francia, llamada también provenzal o lemosin.
- Tierra de labor que no tiene riego, y sólo participa del agua llovediza.
- Manía o tema contra uno, oponiéndose a él en cuanto diga o hace.
- Elogias, celebras con palabras.
- Natural de la vasta península al oeste del Asia meridional, cuya capital es La Meca.
- De muy corta duración.
- Metal precioso.
- Cantidad.

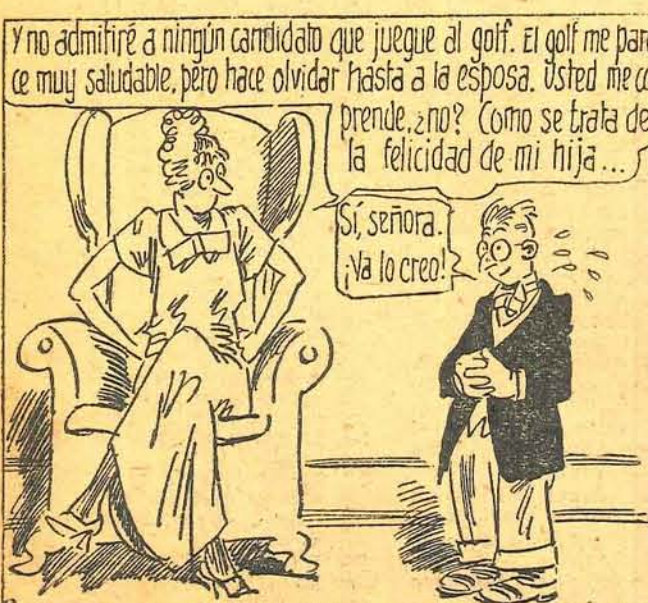
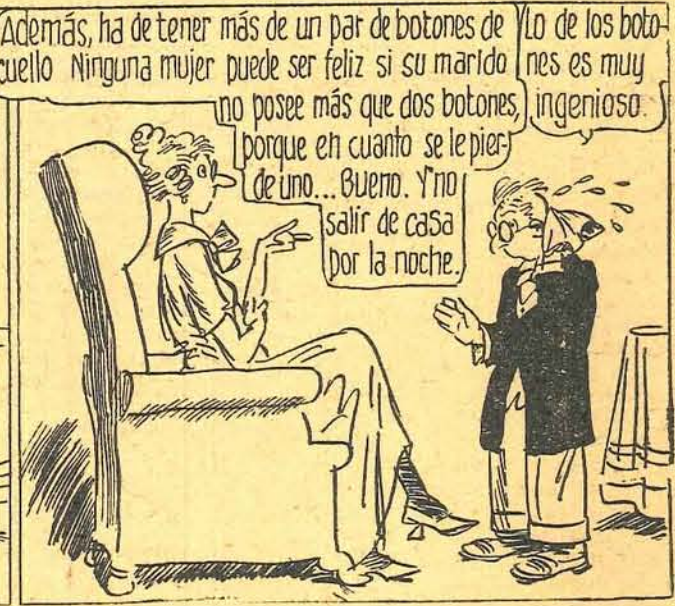
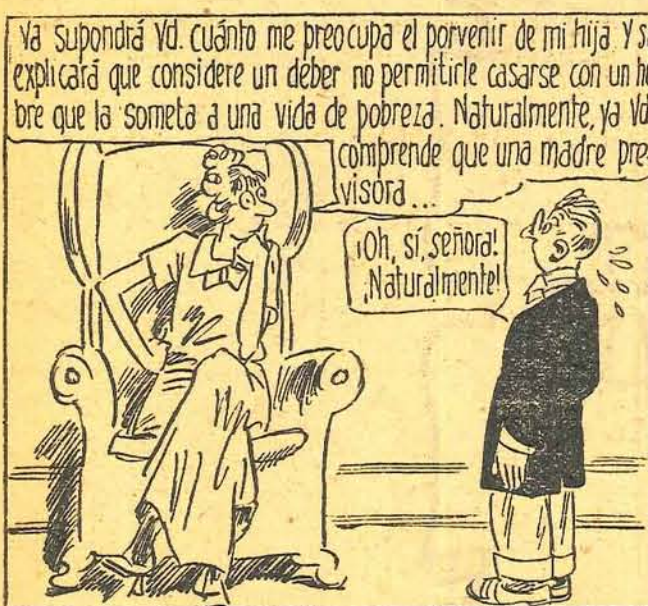
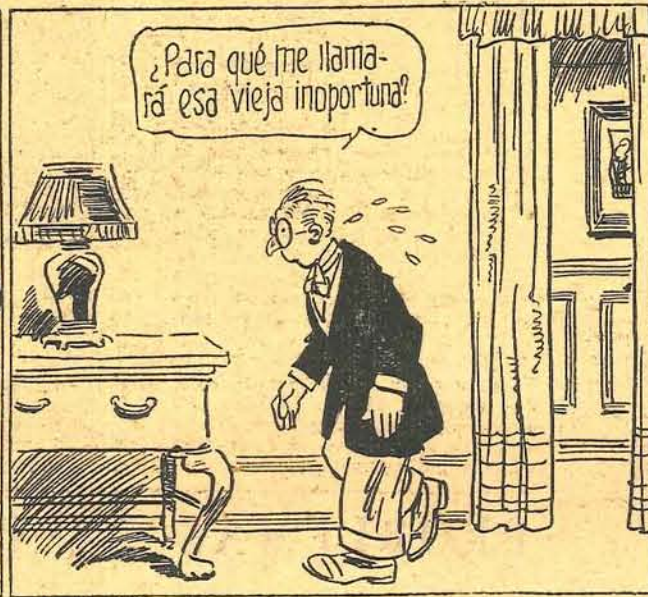
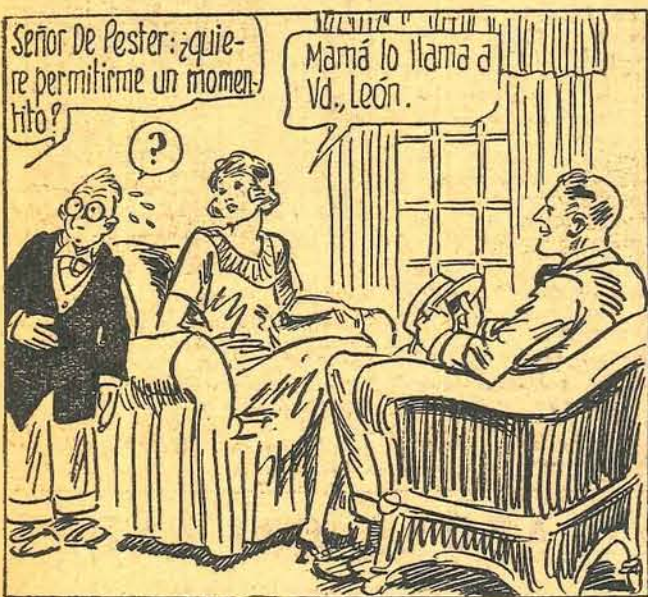
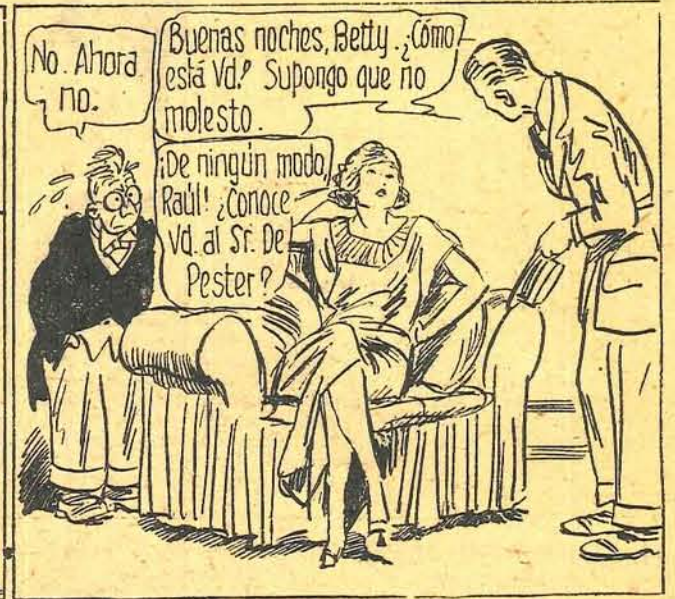
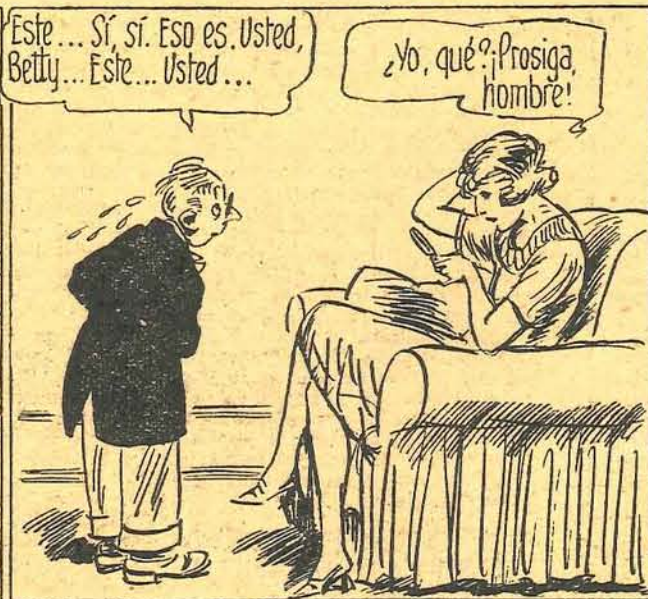
BETTY

por C.A.Voight

© 1929 N.Y. TRIBUNE, INC.

OTRA DECEPCION

(DERECHOS EXCLUSIVOS PARA LA ARGENTINA ADQUIRIDOS POR "LA NACION". CUALQUIERA OTRA REPRODUCCION DE ESTA HISTORIETA EN NUESTRO PAIS DEBE CONSIDERARSE ILEGITIMA)





-¿.....?

-La nena está encantada con la Caja LE SANCY Tricolor que le evita tener que usar coloretes, tan perjudiciales para el cutis.

-Yo también uso el polvo LE SANCY Rachel y para retoque tengo la Caja LE SANCY Tricolor.

(Esto es lo que se oye en todas partes)

Perfumeria
Dubarry

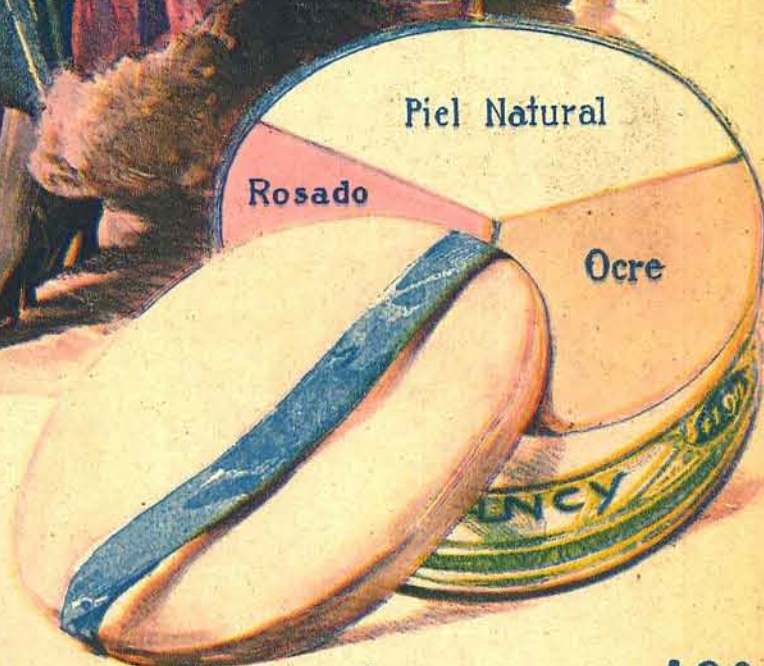
FUNDADA EN 1903

LE SANCY

Unico jabón perfumado con el
"Bouquet de Lavanda de Dubarry"
"que huele a limpio"

"El más barato de los jabones finos,
y el más fino de los jabones baratos"

35 centavos la pastilla de 115 gramos



Caja Grande \$ 1.90

Caja Media \$ 0.70



Galletitas

"Express"

(Para sandwiches y para toda hora...)



**Con sólo una caja de un kilogramo
se da usted este mismo "lujo"...**

- aceptando este vocablo como sinónimo de buen gusto - de presentar en su mesa, al igual que en las grandes oportunidades de palacio, un plato inicial realmente delicioso:

las "EXPRESS" en sandwiches

a base de caviar, pâté-foie gras, fiambres en general, pasta de anchoa o jamón, etc.

Y, además,

**las "EXPRESS" en reemplazo
del pan.**

**Verá usted cómo con insignificante gasto
¡cuántos halagos recibirá así por las "EXPRESS"!**



No diga:
"galletitas para sandwiches"...
Diga y exija:
"EXPRESS" de TERRABUSI
que son algo más...

Pídalas hoy mismo a su proveedor.

Se venden en todo el país, en cajas de 1/4, 1 y 2 kilogramos.